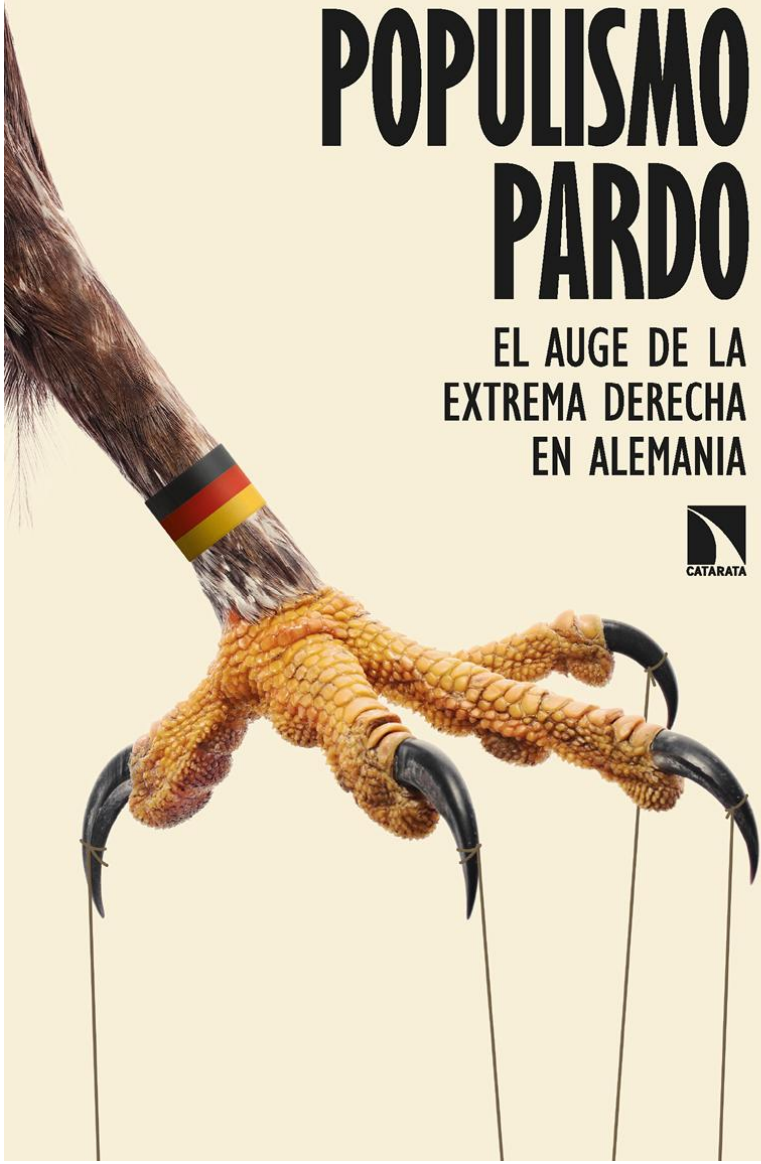
PILAR REQUENA DEL RÍO

POPULISMO PARDO

EL AUGE DE LA EXTREMA DERECHA EN ALEMANIA

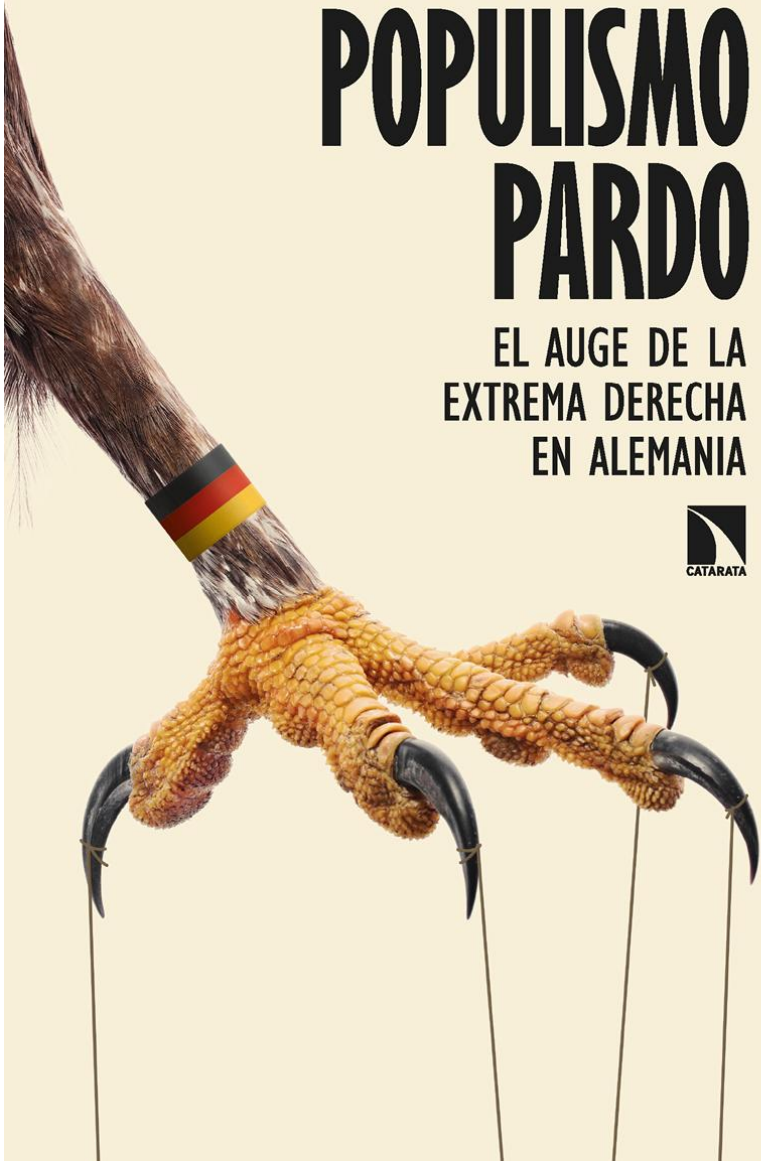


CATARATA

PILAR REQUENA DEL RÍO

POPULISMO PARDO

EL AUGE DE LA EXTREMA DERECHA EN ALEMANIA

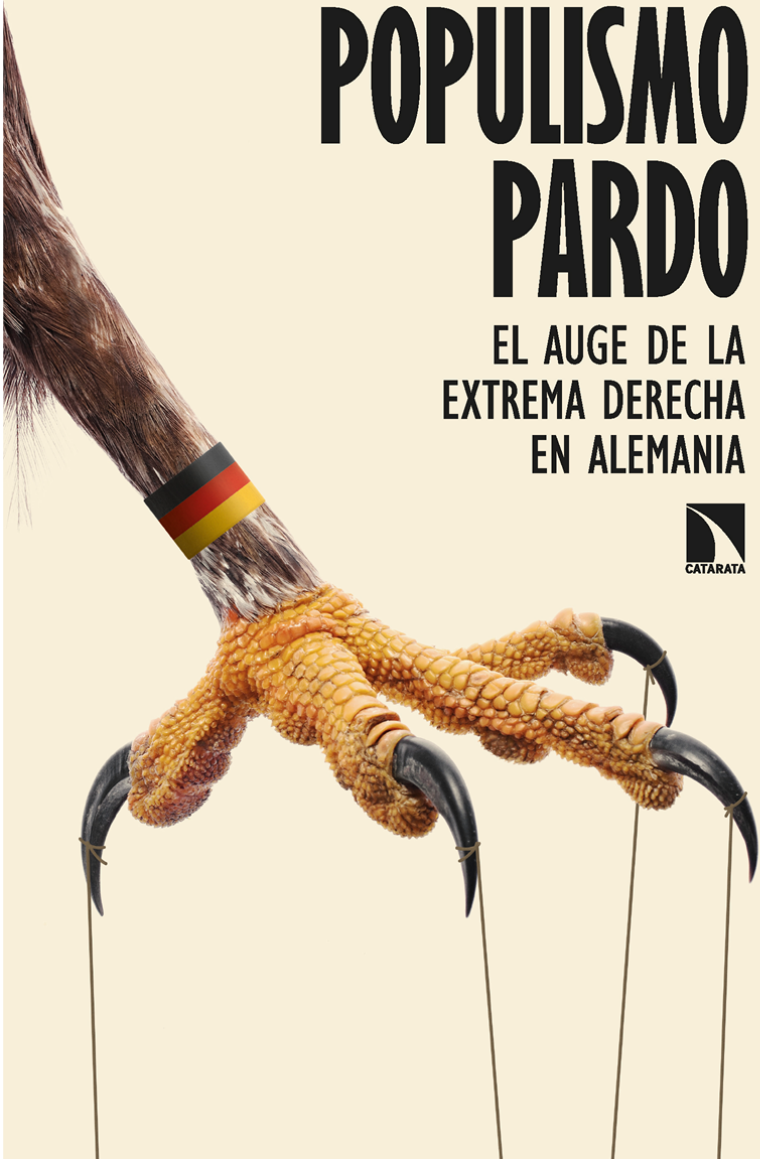


CATARATA

PILAR REQUENA DEL RÍO

POPULISMO PARDO

EL AUGE DE LA EXTREMA DERECHA EN ALEMANIA



CATARATA

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1. LA HORA CERO DE LA NUEVA ALEMANIA

Once meses de locura

El microsegundo que lo cambió todo

Las primeras elecciones de la Alemania unificada

La privatización de la antigua RDA

CAPÍTULO 2. LOS PRIMEROS AÑOS DEL ESTE POSTREUNIFICACIÓN

El desencuentro

Un pasado sin revisar

El aumento de la violencia parda

Los cachorros del nazismo en el este

El ‘basta ya’ de la sociedad

El exneonazi y el expolicía de la RDA

CAPÍTULO 3. EL PARAGUAS POLÍTICO DE LA VIOLENCIA PARDA

El NPD y los intentos de ilegalizarlo

Deutsche Volksunion (DVU)

La Derecha (Die Rechte)

Die Republikaner (REP)

La crisis de principios de siglo

CAPÍTULO 4, EL SURGIMIENTO DE LA AFD

El nacimiento de Alternativa para Alemania

Pegida, Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente

La crisis de los refugiados

La Afd se radicaliza

El terror pardo

CAPÍTULO 5. LA EXTREMA DERECHA Y LA PANDEMIA

AfD y la crisis del Covid

Los Reichsbürger y su ‘golpe de Estado’

Höcke y la nueva derecha

Alice Weidel, la líder polarizadora y camaleónica

El encuentro de Potsdam y la ‘remigración’

CAPÍTULO 6. LOS MUROS DE CONTENCIÓN SE TAMBALEAN

El final del tripartito

La conversión del populismo pardo en extrema derecha

La crisis no resuelta

El caldo de cultivo

Tabúes rotos

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

Hitos

Cover

Página de título

Página de copyright

Dedicatoria

Prólogo

Epílogo

Agradecimientos

Bibliografía

Notas finales

Índice de contenido

Pilar Requena del Río

Populismo pardo

El auge de la extrema derecha en Alemania

CATARATA

Colección Investigación y Debate

Diseño de cubierta: Pablo Nanclares

© Pilar Requena del Río, 2025

© Los libros de la Catarata, 2025

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Populismo pardo.

El auge de la extrema derecha en Alemania

isbne: 978-84-1067-312-0

ISBN: 978-84-1067-272-7

Depósito legal: M-6.891-2025

thema: JPFQ/1DFG

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de

los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

“Sin libertad, la vida retrocede”.

Bertolt Brecht

“Ningún avance es tan difícil como volver a la razón”.

Bertolt Brecht

“Todo me había ocurrido, ya nada podía sucederme. Nada sino la vida, para devorarla con avidez”.

Jorge Semprún

A todas las víctimas del odio

y de la sinrazón de cualquier color.

A mi hija Luna.

Prólogo

Mi relación con Alemania empezó en la niñez. Desde los cuatro años, y hasta mi ingreso en la universidad, estudié en el Colegio Alemán de Valencia. Así que mi formación fue bilingüe y bicultural. El nazismo, la extrema derecha, el racismo y el holocausto fueron, desde muy pronto, temas que no me eran ajenos porque se trataban a través de debates, análisis, lecturas, películas o series como Holocausto, etc. A los 18 años, visité por primera vez, junto a mis compañeros y compañeras del colegio, un campo de concentración, el de Dachau, cerca de Múnich. Salimos llorando, horrorizados, algunos nos tiramos al césped sin poder ni hablar, vacíos en el alma después de lo que habíamos visto. Creíamos que lo sabíamos todo de los campos de concentración y exterminio y, en cierto modo, así era, pero no fue lo mismo verlo en uno de los sitios donde ocurrió lo que nunca debió pasar y donde, viendo objetos de los supervivientes y de los que fueron asesinados, el terror se hacía más real.

Quizás lo que más me impresionó, porque hasta entonces no había visto fotos ni lo conocía con detalle, fueron los crueles y terribles experimentos médicos que sufrían los presos de los campos nazis. En Dachau, a partir de 1941, los médicos de las SS realizaron experimentos de hipotermia, altitud y agua de mar para la Luftwaffe. E infectaron a presos con parásitos de la malaria y con bacterias para probar medicamentos. Cientos de personas murieron en esas pruebas. Creo que la visita a un campo de concentración no solo debería ser aconsejable sino obligatoria para los estudiantes de instituto de toda Alemania, como ya lo es en dos estados federados.

He estado después en muchos más campos nazis, Buchenwald, Sachsenhausen, Mauthausen o Auschwitz, pero la primera visita quedó grabada en mi alma y en mi corazón para siempre. Por eso, cuando se cumplen 80 años de la liberación de Auschwitz por el ejército rojo, es muy triste y terrible estar escribiendo un libro sobre el extremismo de derecha y la violencia parda en Alemania, aunque

hoy día no sea el único lugar en nuestro continente donde esto ocurre. Es como si la historia se repitiese y no hubiésemos aprendido las lecciones del pasado, a pesar de que todo está documentado. Además, en estas décadas, hemos sido y somos testigos de masacres, genocidios, crímenes de guerra y contra la humanidad y de violaciones de los derechos humanos por doquier. La intolerancia y el racismo campan, por desgracia, a sus anchas en muchas partes del mundo.

Nunca he olvidado uno de esos reportajes que te parten el alma pero que, a la vez, te reconcilian con la humanidad. Fue para Informe Semanal. Siendo corresponsal en Berlín, leí en un diario alemán que un grupo de jóvenes del país hacía su servicio social voluntario en Cracovia, la ciudad polaca a poco más de 50 kilómetros de Auschwitz, cuidando y acompañando en el final de sus días a supervivientes del campo de exterminio. Allí estaban los nietos de los que habían hecho vivir un infierno a aquellos ancianos y ancianas que, en muchos casos, habían perdido a toda su familia en las cámaras de gas y en los campos de concentración. Habían sobrevivido, pero vivían en una gran soledad en su última etapa, cuando los recuerdos del horror retornan más vivos que nunca tras una vida en la que miraron hacia adelante y formaron sus familias. Sus maridos o mujeres habían muerto y sus hijos habían volado y dejado el nido vacío.

Sus viejitos, como los llamaban cariñosamente los jóvenes alemanes, hablaban de ellos como de sus nietos. Decían que eran una nueva generación, que no era la de sus verdugos. Para los jóvenes, terminaban siendo sus abuelos y abuelas. Uno de aquellos jóvenes me confesó que había estudiado el holocausto en el colegio y que siempre lo vio con cierta distancia porque le parecía tan terrible que no sabía cómo asimilarlo. Un día, cuando ayudaba a quitarse el jersey a su viejito, vio tatuado en su brazo el número de Auschwitz y el mundo se le vino encima. En ese momento, me dijo, todo adquirió sentido y me puse a llorar, y él me consoló diciendo que yo no era culpable de nada. Hicimos ese reportaje, si no recuerdo mal, después de un documental sobre los cachorros del nazismo, sobre la violencia neonazi que aumentaba en Alemania, en especial en el Este[1].

En todos estos años he conocido a muchos supervivientes o familiares de víctimas del holocausto, pero también de otros conflictos, del odio y de la intolerancia, del racismo y del totalitarismo de cualquier color. Todos me han dado lecciones de vida, sobre todo por su resiliencia y su capacidad de seguir adelante, de seguir creyendo en el ser humano y de perdonar. Algunos judíos supervivientes incluso volvieron a Alemania; al que era, me repetían, su país, y así demostrar, además, que Hitler no había ganado. Es duro ver que ahora vuelve a haber neonazis y políticos coqueteando con el capítulo más oscuro de la historia alemana.

En 2010, estuve con el escritor y político español Jorge Semprún, superviviente de Buchenwald, en la que fue su última visita al campo en el que pasó y sobrevivió varios años. Viendo allí, ya muy mayores, a algunos de los supervivientes, se te helaba la sangre pensando en lo que les habían hecho pasar en aquel lugar. Un par de meses más tarde, estuve horas conversando con Semprún, en París, donde residía. Escucharle hablar de su vida de novela, del dolor y de la esperanza, pero, sobre todo, como él decía, de certidumbres rotas pero ilusiones preservadas, es uno de esos regalos que te hace la profesión. “Nada garantiza que eso no se reproduzca, el pueblo alemán, la nación alemana, era una nación culta, civilizada, en la cumbre del progreso material con grandes tradiciones de ilustración y de pensamiento liberal y, sin embargo, en su mayoría cayó en esa voluntad totalitaria del nazismo y si no la aprobó masivamente, la toleró”, me advirtió.

En un mundo cada día más polarizado, esas ideas hacen mella en la sociedad de las redes sociales, de las noticias falsas y de la desinformación, que se siente abandonada por los partidos tradicionales, quienes parecen más pendientes de mantenerse en el poder a toda costa o de llegar a él. En medio de las crisis, los ciudadanos se sienten perdidos, con sus miedos, frente a una realidad que, a veces, les supera y no entienden. Acaban viéndose como perdedores, como ciudadanos de segunda clase o comparsas de los fuertes, de los poderosos, de los ganadores. Y terminan votando a los extremos que, con mensajes directos y torticeros, ofrecen soluciones fáciles a problemas complejos, aunque sean inviables y poco realistas.

Me gustaría que este libro fuese una advertencia ante todas esas fuerzas del mal de cualquier signo o color que han empezado a germinar en nuestras sociedades y pueden acabar en el totalitarismo y que, en los países europeos, han aumentado en los últimos años, llegando a nuestros Parlamentos e incluso a algunos Gobiernos. En Alemania, siempre resulta más preocupante todo signo de extrema derecha por la carga histórica que representan el nazismo y el holocausto.

Esa emergencia y crecimiento de la extrema derecha tiene un punto de inflexión tras la caída del muro de Berlín y la reunificación alemana. Primero fue la violencia de los jóvenes neonazis del Este, azuzados, eso sí, por ultraderechistas del Oeste que vieron allí el caldo de cultivo para aumentar sus seguidores. Nadie pensaba entonces que un día la extrema derecha política pudiera ser significativa en las urnas, pero ha terminado entrando en los Parlamentos regionales y en el federal. Ahora, 35 años después de la caída del muro y de la reunificación, se han convertido en la segunda fuerza más votada en las elecciones generales del 23 de febrero de 2025 y en una amenaza para la convivencia y la paz. Se ha roto un tabú en Alemania y Alternativa para Alemania (AfD) ha terminado siendo socialmente aceptable, a pesar de sus tonos pardos, racistas e intolerantes, y con miembros claramente neonazis en sus filas.

Capítulo 1

La hora cero de la nueva Alemania

En julio de 1990 llegué a Bonn, la entonces capital alemana, para sustituir durante sus vacaciones al corresponsal de TVE en Alemania. Cuando apenas habían pasado un par de días, me tocó cubrir uno de esos momentos que pasan a la historia. Se trataba de la comparecencia del canciller Helmut Kohl, en Bonn, para anunciar que el camino hacia la reunificación estaba expedito. En lo que algunos llamaron el milagro del Cáucaso, el 16 de julio, Kohl había cerrado, en su reunión con el líder de la URSS, Mijail Gorbachov, los últimos flecos exteriores para que se convirtiese en realidad lo que los alemanes del Este habían venido clamando desde la caída del Muro de Berlín. Su grito “Wir sind das Volk” (somos el pueblo) de las protestas contra el régimen comunista había sido sustituido por el de “Wir sind ein Volk” (somos un pueblo), pidiendo la reunificación. Helmut Kohl era consciente de que había que actuar con rapidez porque Gorbachov podría no durar mucho al frente de la URSS. Los acontecimientos se sucedieron a un ritmo vertiginoso.

Once meses de locura

No llegaron a pasar once meses desde la noche de locura del 9 de noviembre de 1989, la de la caída del Muro, por sorpresa, por un malentendido, hasta el 3 de octubre de 1990, cuando quedó sellada la reunificación alemana. Tuve que ver desde la distancia, por televisión, la mágica noche del 9 de noviembre. Habría dado lo que fuera por vivirlo en vivo y en directo; desde que tengo uso de razón era una de las cosas que más deseaba, la desaparición de aquella pared de hormigón que dividía una ciudad, un país, y que era el símbolo de la división de Europa y del mundo en dos bloques. Pero tendría que esperar unos cuantos meses para disfrutar del Berlín sin muro y buscar en cada uno de sus rincones y de sus esquinas la historia, porque la capital alemana representa como ninguna otra la historia de Europa, sobre todo del siglo pasado, en lo bueno y en lo peor.

Tras la rueda de prensa de Kohl, decidí que Berlín era el lugar en el que había que estar para ver y palpar cómo vivían y sentían los alemanes de uno y otro lado los pasos de gigante que su país, más dado a la organización y al orden y a la lenta y concienzuda toma de decisiones, estaba dando a una velocidad desconocida.

El 18 de marzo de 1990, se habían celebrado las primeras —y también las últimas— elecciones democráticas en la República Democrática Alemana. Ganó el partido hermano de los conservadores (CDU) de Lothar de Maizière, el primer —y último— primer ministro elegido democráticamente de la exRDA. Gobernó en coalición con los socialdemócratas (SPD) y los liberales (FDP). Lothar de Maizière es primo de Thomas de Maizière, quien sería persona de confianza y ministro con Angela Merkel. La familia estuvo separada por el Muro. En esos comicios pudo verse ya un voto que algunos creyeron que solo sería temporal, pero que al final acabó siendo “típico del Este”, el voto al PDS, el partido heredero del partido comunista germanooriental.

En realidad, fue un gobierno efímero al que le tocó firmar el acta de defunción de la RDA, previo paso por la entrada en vigor de la unión económica, monetaria y social del 1 de julio de 1990. Los alemanes del Este habían dejado claro que si el potente Deutsche Mark de la RFA no iba hacia ellos, ellos irían hacia él; es decir, emigrarían al oeste. La decisión política sobre el cambio a aplicar tuvo graves consecuencias económicas. Muchos consideran que fue la clave de los problemas que siguieron. Los salarios y las pensiones fueron cambiados 1:1, al igual que ciertas cantidades de ahorro privado. Esto llevó a una caída de la competitividad en el Este. Disminuyeron la inversión y el consumo. Llegaron la recesión y el desempleo. Las decisiones se tomaban más por motivos políticos que económicos. En la memoria han quedado las colas y colas de gente ilusionada esperando a cambiar sus marcos orientales por una de las monedas más fuertes del mundo.

Se corría el riesgo de que volviese a ocurrir lo que sucedió en los años 50, tras la creación de los dos estados alemanes y que el Este se vaciase. Muchos alemanes del Este votaron entonces con los pies y abandonaron la RDA a través de Berlín. El muro se construyó justamente para parar esa sangría, me contaría años después el espía sin rostro, Markus Wolf. No fue, frente a lo que pregonaron el régimen soviético y el de la RDA, un muro antifascista: “No era el muro antifascista para protegerse de una amenaza directa del Oeste. Su razón principal fue detener la huida de los ciudadanos de la República Democrática hacia el oeste”. Wolf estuvo al frente del espionaje exterior de la antigua RDA durante décadas, era un maestro del espionaje, de él fue la idea de los llamados agentes Romeo, los atractivos espías del Este encargados de seducir a secretarias de ministros y empresarios del Oeste para conseguir información de primera mano. Consiguió incluso infiltrar a uno, Günter Guillaume, como secretario del canciller Willy Brandt, lo que provocó su caída en 1974.

Fue el mismo Willy Brandt el que advirtió, tras la caída del Muro, de lo que podría pasar en el Este. Lo conocía bien, fue alcalde de Berlín Oeste casi diez años y lo era cuando se construyó el Muro. Dijo que lo que más le había conmovido y entristecido del Este no eran los edificios rotos y las casas destruidas, sino las almas rotas. Se prestó más atención a lo material, a la reconstrucción y la

economía que a las almas y los sentimientos de los germanoorientales, sin tener en cuenta que es más fácil reconstruir edificios que las mentes, los corazones y el alma. El tiempo ha demostrado cuánta razón tenía Willy Brandt.

El microsegundo

que lo cambió todo

En Berlín, aquel verano del 90, se estaban poniendo los pilares de la nueva Alemania. Era mi primera incursión en la ciudad sin Muro, que tiempo después se convertiría en mi hogar durante cinco años. Las cicatrices y las diferencias eran visibles por doquier, no solo por donde había discurrido el Muro. Los edificios, las calles, la forma de vestir de unos y otros, incluso el olor de un lado y otro eran diferentes. Había esperanza en el futuro, pero también miedo e incertidumbre y ya empezaban los resquemores y el Jammern tan típico de los alemanes. En eso, eran iguales los dos lados. El Jammern es un estado de ánimo, el quejido o lamento por todo lo que no gusta o no sale bien, el estar molesto por cualquier cosa. Wolfgang Schäuble, el que fuera delfín de Kohl y muchas cosas más, siempre se reía cuando le decía que por qué no dejaban ya de Jammern tanto.

Siempre que el trabajo me lo permitía, me sumergía en Berlín Mitte, en sus callejuelas, escudriñando cada rincón y esquina, empapándome de olores, sonidos y palabras y reviviendo los múltiples momentos históricos de esa ciudad. Ya entonces, se empezaba a percibir el descontento. En el Alexanderplatz y en los barrios más deprimidos de Berlín Este había ya presencia de skinheads y jóvenes neonazis, a veces violentos —cuando, en realidad, nadie pensaba que ya existían antes de la caída del Muro — cuya imagen no hacía augurar nada bueno y que hizo saltar las alarmas en mi cabeza, muy sensibilizada ante todo lo que tuviera que ver con el pasado oscuro del país.

Se escuchaban ya también críticas de los del Oeste por todos los costes que iba a acarrear levantar al país hermano. Los del Este se quejaban porque los del Oeste iban de sabiondos, de saberlo todo mejor, de querer darles lecciones y de tratarlos con la condescendia

con la que se trata al que se ve como inferior. No los veían como iguales. Había cierta alegría, aunque para nada la que se recordaba de las imágenes de euforia de la noche de las noches, la del 9 de noviembre.

En el Parlamento de la RDA, en el Palacio de la República, donde luego se descubriría amianto y se echaría abajo para levantar el Palacio de Berlín, me encontré por primera vez con Angela Merkel, la futura canciller. Entonces, era una mujer de aspecto juvenil, pelo corto y un tanto desaliñada en el vestir, muy al estilo del Este. Como portavoz adjunta de De Maizière fue una de las interlocutoras con la prensa durante la crisis del gobierno de la RDA, al que ya le quedaba poco de vida. Recuerdo que una vez la vi pasar, mientras esperaba en uno de esos ascensores de madera abierto y que nunca se paraba y al que, por lo tanto, había que saltar en marcha. Creo que se llamaban paternóster y no me extraña, porque a alguien te tenías que encomendar cada vez que dabas el salto, la primera vez casi acabo empotrada en la pared de enfrente del ascensor por la fuerza con la que di el salto. En agosto, la coalición de gobierno entró en crisis tras abandonarla el SPD. Ya solo quedaba firmar el acta final y la desaparición del país. En la noche del 23 de agosto, en una turbulenta sesión maratoniana, el Parlamento germanooriental decidió que la RDA se uniría a la RFA el 3 de octubre de 1990.

En paralelo, se había negociado con las cuatro potencias ocupantes, las vencedoras de la Segunda Guerra Mundial —Estados Unidos, Reino Unido, Francia y la URSS—, que se habían repartido la tutela del país tras la contienda. Bueno, la URSS había hecho bastante más que tutelar al Este. Alemania no recuperó su soberanía plena hasta el día de la reunificación, pagó muy cara su responsabilidad por la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto. El Tratado de Unificación se elaboró a velocidad de vértigo, entre el secretario de Estado, Günther Krause, por la RDA, y el ministro del Interior, Wolfgang Schäuble, por la RFA, en frío y en negro sobre blanco, con la rigidez y la perfección alemanas y con poco calor humano. Se firmó el 31 de agosto de 1990. “Eso fue lo extraordinario pero, también visto así, fue una revolución, una muy pacífica, muy formal, leal, burocrática, ordenada”, me comentó Schäuble años después.

Regresé unos días antes del 3 de octubre para narrar para Televisión Española cómo se deconstruía un país, cómo se acababa con él, para que se uniese en desigualdad de condiciones a otro. Lo que ocurrió no fue una unión entre iguales, fue simple y llanamente lo que podríamos llamar anexión, el pez grande y rico se comió al chico y pobre. Se le llamó reunificación para dar la sensación de una suma de iguales pero, sobre todo, para evitar la palabra anexión que tan malos recuerdos traía y que era una especie de tabú. Se hizo a través del artículo 23 de la Ley Fundamental que hacía posible una rápida reunificación. La terrible situación económica y financiera y la incertidumbre por lo que podía ocurrir en la URSS y con Gorbachov desaconsejaban los experimentos.

Hubo retirada de símbolos, de tropas extranjeras, cambio de uniformes de policías y militares, de bandera, de tantas y tantas cosas. De nuevo, todo correcto y perfecto. Y frío, sobre todo, frío, olvidando que detrás de todo había seres humanos. Unos seres humanos de los que había desaparecido una gran parte de la euforia de los meses pasados, en cuyas miradas se percibía cierto miedo y mucha incertidumbre ante el futuro. Ya habían visto algunas muestras de lo que les esperaba, sobre todo del paro, en una población acostumbrada al pleno empleo, aunque fuese más artificial que real, y con un Estado que se hacía cargo de todo.

Eran sensaciones que te llevaban a pensar que no todo iba a ser tan color de rosa como se había intentado transmitir, que los paisajes florecientes que Kohl prometió tardarían en llegar; y en muchos lugares no llegaron nunca. Un joven de extrema derecha, en Unter den Linden, nos rompió el objetivo con una piedra mientras grabábamos a unas personas bajando de un autobús. Así, sin más, probablemente solo porque éramos prensa, y extranjeros para más inri. De repente, pensé que esa violencia iba a ser un problema en el futuro porque el caldo de cultivo del que beben los extremos estaba cocinándose en el Este.

Los días previos y el mismo día de la reunificación alemana, el 3 de octubre de 1990, fueron surrealistas porque, sin duda, algo de surrealista tiene la desaparición de un país para reaparecer como parte de otro. ¿Qué significaba este cambio para los ciudadanos del Este? Para algunos, los más jóvenes, era una oportunidad única para

comenzar una nueva vida. Pero había una o dos generaciones de alemanes orientales de las que muchos iban a quedarse sin empleo. Las mujeres, acostumbradas a trabajar como los hombres, se convirtieron en las primeras víctimas del paro. Los funcionarios, incluyendo profesores y directivos, sabían que podían ser reemplazados por funcionarios del Oeste y aquellos que habían sido dirigentes del partido o informantes de la Stasi eran conscientes de que se les aplicaría la justicia de los vencedores. En gran medida sucedió así. Muchos tuvieron que empezar de cero.

El presidente de la Conferencia Episcopal Alemana, Karl Lehmann, ya advirtió entonces: "Muchos están desorientados y no pueden orientarse. Lo que funcionaba bien o mal, pero en cualquier caso era algo conocido, ya no existe, y lo que es nuevo y prometedor a menudo no se presenta de manera convincente". Y las palabras de Lothar de Maizière resultaron premonitorias: "La unidad alemana no se completará con la adhesión. Es y sigue siendo una tarea común para todos los alemanes. La unidad no solo debe ser financiada, sino también deseada por los corazones".

Para comprender lo sucedido hay que recordar que para los 16 millones de germanoorientales en el "microsegundo" entre las 23.59.59 del 2 de octubre y las 00.00 del 3 de octubre de 1990 desaparecieron todas sus referencias de los últimos 40 años, su bandera, su himno, sus símbolos, sus carreras universitarias, incluso sus marcas preferidas de productos (también porque ansiaban los del Oeste y dejaron de lado los suyos, aunque más tarde los reclamaran de nuevo —los pepinillos de la película Good Bye Lenin lo reflejan muy bien—). Esto condujo sin duda, en muchos casos, a una pérdida de identidad.

En esa absorción, voluntaria eso sí, del Este por el Oeste, prevalecieron las estructuras jurídico-políticas, sociales y económicas de la RFA. Era, a todas luces, imposible igualar de forma rápida los niveles de uno y otro lado. Para los del Este, al final, el sentimiento fue en muchos casos de no pertenencia a un Estado que les resultaba ajeno, de ser ciudadanos de segunda clase. El sentimiento de pérdida, de soledad, de falta de identidad, era lógico y normal. De nuevo, faltaron la empatía y el calor humano de las autoridades, pero también de los ciudadanos del otro lado.

Unos y otros comenzaron a llamarse “ossi” y “wessi” de forma despectiva. Daba la impresión de que nadie quería escuchar las alarmas que empezaron a sonar ante futuros problemas sociales. Nadie podía imaginar, cuando cayó el Muro, que terminaría levantándose otro en las cabezas y en los corazones, a pesar de la reconciliación. 40 años de distinta socialización habían creado dos tipos de alemanes. Los años de separación no habían pasado en vano. Se subestimó la duración del proceso de adaptación.

Una década después le comenté a Schäuble, durante una de nuestras conversaciones, que no entendía por qué, siendo Alemania un país con una buena red de asistencia social, no habían enviado un “ejército” de asistentes sociales y psicólogos al Este para evitar la caída en el abismo de una parte de los ciudadanos. Me miró algo extrañado y me remitió a las cifras para demostrarme que la reunificación era una historia exitosa. Le dije que quizá desde el punto de vista económico, financiero, y político, fuera así, pero que me preocupaba mucho más el plano humano y social. En 2005, volvimos a hablar sobre el tema. De nuevo, le insistí en mi preocupación por el estado anímico de muchos ciudadanos del Este y por el hecho de que se hubiera levantado un nuevo muro que se podría haber evitado habiéndoles escuchado más. En esa ocasión, me dio la razón: “Es cierto que no pusimos demasiado calor humano en el proceso de la reunificación alemana. Por eso, algunos, no todos, se sienten excluidos. Se trata de quienes tienen 50 o 60 años ahora, entonces, tenían 40 o 45 y, de repente, perdieron el trabajo y se vieron sin posibilidades de encontrar otro empleo”.

Las primeras elecciones

de la Alemania unificada

Dos meses después de la reunificación, se celebraron las primeras elecciones de la nueva Alemania y se pudo comprobar que los resultados eran distintos a uno y otro lado, aunque la victoria fue para la CDU del canciller de la reunificación, Helmut Kohl. El eje de la campaña electoral, como era de esperar, fue la unidad alemana y su financiación. Seguí durante unos días al candidato del SPD, Oskar Lafontaine, en sus mítines en el Este. El político socialdemócrata advertía que no todo iba a ser fácil, que se avecinaban tiempos complicados, sobre todo para la parte oriental, que los paisajes florecientes de Kohl tardarían en llegar. No ocultó que habría explosión de los costes, aumento de la deuda nacional y las inevitables subidas de impuestos, del desempleo y el colapso de la industria en la antigua RDA. Pero nadie parecía querer escuchar esas palabras, solo querían el lado positivo, las promesas, aunque fueran vacías. La euforia en la población ya había desaparecido. Y Lafontaine tenía pocas posibilidades, por no decir ninguna, de ganar al canciller que hizo hincapié en las oportunidades que se abrían, con un tono paternalista. En el Este, la gente no quería oír el pesimismo del socialdemócrata Lafontaine, querían el optimismo del cristianodemócrata Kohl. Y eso se palpaba claramente en los mítines de uno y otro.

El 2 de diciembre de 1990, por primera vez desde noviembre de 1932, se celebraron elecciones parlamentarias libres en todo el país. Si las de 1932 terminaron aupando a Hitler al poder, las de 1990 abrían una nueva era en la historia del país. El claro ganador fue Helmut Kohl y la coalición gobernante entre los conservadores de la CDU/CSU y los liberales del FDP. Los cristianodemócratas, junto a sus hermanos socialcristianos bávaros, consiguieron un 43,8% de los votos. Los liberales del ministro de Exteriores y vicecanciller Hans-Dietrich Genscher, que gozaba de mucha popularidad por su

papel en la reunificación, casi un 11%. Los socialdemócratas del SPD cayeron del 37 al 33,5% y encajaron su peor resultado desde 1957. Pagaron cara su visión crítica de la reunificación. A Los Verdes tampoco les fue bien. Y el partido heredero del comunista SED, el PDS, obtuvo un buen resultado en el Este.

En esas elecciones hubo dos circunscripciones electorales, una en el área occidental y otra en la oriental, de forma que la cláusula de bloqueo del cinco por ciento para entrar en el Parlamento se calculase por separado. El objetivo era garantizar la igualdad de oportunidades para los partidos más pequeños, sobre todo en el Este, lo que permitió que el PDS tuviese presencia en el Bundestag. El antiguo partido estatal de la RDA, el comunista SED, se había rebautizado como PDS (Partido del Socialismo Democrático), en febrero de 1990. Solo recibió un 2,4% a nivel nacional, pero el 11% en la parte oriental. La estrella indiscutible del PDS, Gregor Gysi, denunció durante la campaña la "mentalidad de vencedor" de Alemania Occidental y la venta del Este por parte de la Treuhand, la agencia encargada de la privatización de la antigua RDA.

También benefició a Los Verdes, porque la alianza oriental de los activistas por los derechos civiles Bündnis 90/Verdes, que no se había fusionado con Los Verdes occidentales, logró entrar en el Parlamento. En general, estas primeras elecciones de la nueva Alemania pueden considerarse un plebiscito sobre la unidad alemana. Ganaron los que querían su rápida implementación y perdieron los que, más cautelosos, hubiesen preferido una reunificación más lenta.

El 17 de enero de 1991, el Bundestag eligió a Helmut Kohl como primer canciller de la Alemania unida. Prometió la "unidad intelectual, cultural, económica y social de Alemania" y la armonización de las condiciones de vida entre los dos lados. En su primer gobierno había una mujer del Este, la ministra de la Mujer y la Juventud, a la que Kohl llamaba "mi chica". Era Angela Merkel, la cuota del Este y femenina. Nueve años después se independizaría de su padre político tras el escándalo de las cuentas secretas de Kohl y, en 2005, se convirtió en la primera mujer canciller de Alemania. En sus memorias, publicadas en noviembre de 2024 con el título de Libertad, recuerda detalles de su vida bajo la dictadura: "En la RDA,

el margen de maniobra política se modificaba constantemente. En una época se colectivizaban las propiedades de los campesinos, en otra se llevaba a cabo la 'acción cabeza de buey', durante la cual se vigilaba que las antenas de televisión de los tejados no apuntaran hacia Occidente. También los artistas sufrieron acoso y se produjeron oleadas de expropiaciones de empresas medianas. Pero, sobre todo, a diferencia de la vida en democracia, el individuo no contaba con ninguna protección legal para reclamar, el Estado actuaba arbitrariamente y sus castigos se extendían no solo a la persona afectada, sino a toda la familia o grupo. Esta es la esencia de una dictadura"[2].

Ese tipo de vivencias dejaron sin duda huellas profundas en los ciudadanos germanoorientales. Y así, en estas más de tres décadas, se ha podido ir observando que el comportamiento de voto de los ciudadanos de uno y otro lado ha cambiado visiblemente. En las primeras elecciones de 1990, la CDU todavía obtuvo más del 40% de los votos, pero en las de 2021 cayó a un 24,1%, aunque en las de 2025 remontó hasta ganar. Las pérdidas del SPD a lo largo del tiempo han sido más drásticas. Tras un resultado moderado en las de 1990, especialmente en la parte oriental, su apoyo subió a más del 40% en 1998 y luego ha ido bajando. En 2021 consiguió un 25,7% y, en los comicios de febrero de 2025, bajó de nuevo y obtuvo el peor resultado de su historia. Pero esa caída de los grandes partidos se ha dejado notar más en el Este, donde el PDS aglutinó el voto del descontento durante años, siendo, en ocasiones, el más votado en algunos estados orientales. Desde 2013, ha ido abriéndose paso la extrema derecha de Alternativa para Alemania, quitándole votos al PDS y a otros partidos hasta convertirse en la segunda fuerza más votada en estas últimas elecciones federales. Si hubiera dependido de los votantes de Alemania Oriental, la AfD habría entrado en el Bundestag ya en 2013. Pero no superó por poco el umbral del 5% en todo el país. Después aumentó de forma significativa y, en 2021, el 18,9% en el Este suponía más del doble que el 8,2% logrado en el Oeste. Si en 1990 no había atisbo de una extrema derecha con posibilidades políticas reales, ni en un lado ni en el otro, a pesar de que ya empezase a emerger la cabeza del dragón neonazi en forma de jóvenes skinheads y ultraderechistas en las calles sobre todo del Este de Alemania, 35 años después no solo están en el Parlamento Federal, sino que no dejan de crecer. Si no

está en el gobierno, es porque el resto de fuerzas políticas aplica el llamado cordón sanitario y rechaza coaligarse con ella.

La privatización de la antigua RDA

Los germanoorientales formaron largas colas ante los bancos para cambiar sus obsoletos marcos del Este por el D-Mark, el poderoso Deutsche Mark del Oeste. El cambio les benefició claramente, pero también hizo a sus empresas menos competitivas e iba a empeorar todavía más la nefasta situación de su economía. En marzo de 1990, el último gobierno de la Alemania comunista había aprobado la creación de la Treuhandanstalt, más conocida como Treuhand, el organismo público que se iba a hacer cargo de la privatización de los bienes de la antigua RDA. En 1995, pasaría a ser la Agencia Federal para Asuntos Especiales relacionados con la reunificación. Su objetivo era sanear, vender o cerrar las empresas estatales germanoorientales de todo tipo y de todos los sectores que contaban con algo más de cuatro millones de empleados (un 40% de la fuerza laboral).

Su primer presidente fue Detlev Rohwedder, socialdemócrata y ciudadano de la RFA. Al principio, se le vio como un salvador, pero luego fue odiado y descrito como el "hombre del saco de la nación", y fue blanco de la frustración de los ciudadanos germanoorientales. Fue amenazado por lo que todavía quedaba de la organización terrorista de izquierdas RAF (Fracción del Ejército Rojo, que había sido muy activa en los 70). En la noche del 1 de abril de 1991, un francotirador le asesinó en su casa, en Düsseldorf. La carta en la que se reivindicaba el asesinato llevaba el símbolo de la RAF. Pero el caso sigue abierto y se desconoce la verdadera autoría. Si se confirma algún día que fue el grupo terrorista, habría sido su último atentado ya que renunció a la violencia un año después y se disolvió en 1998.

En poco más de un año, la producción industrial se redujo en un 60-70% y desapareció un tercio de los nueve millones de empleos. "Más de la mitad de los desempleados eran mujeres y, en el transcurso de 1991, la proporción empezó a alcanzar los dos tercios.

Las perdedoras fueron las trabajadoras", señala el historiador Ilko-Sascha Kowalczuk[3], periodista e historiador, del Este. Se desmantelaron los conglomerados y se permitió a los compradores elegir las mejores partes. Era desolador recorrer en esos años, y también después, muchos pueblos en los que habían desaparecido la o las empresas de las que vivían sus habitantes. Pocas veces he visto tantas miradas tristes, al borde del llanto, como cuando visitaba aquellas ciudades y pueblos y me mostraban las ruinas de lo que un día fueron sus lugares de trabajo, en los que se hacían los productos que consumían y que pronto empezaron a echar de menos.

En innumerables casos no se comprobó la solvencia de los compradores, ni se supervisó el cumplimiento de los contratos. La RDA se convirtió en un enorme mercado de gangas y las críticas y acusaciones a la Treuhand no cesaron durante años. Al final, su balance resulta aterrador: más de dos millones y medio de puestos de trabajo destruidos y una montaña de deudas de más de 200.000 millones de marcos. Se produjo un nivel de corrupción durante el proceso de privatización que nunca se había dado en el país. De las 23.500 empresas que la Treuhand tuvo a su cargo, 15.000 fueron privatizadas, 4.500 fueron reprivatizadas a sus antiguos dueños, 500 fueron absorbidas y 3.500, cerradas. Entre estas empresas, estaban incluidos los 14.000 grandes conglomerados que habían sido la base de la economía de la RDA. Pero la productividad de la economía del Este era en el año de la reunificación un tercio de la del Oeste. La garantía de empleo que regía en la RDA llevaba a una escasa motivación y a un sobre empleo en muchas empresas y administraciones. Así que se pretendió sustituir una economía poco rentable por un sistema empresarial competitivo y moderno, capaz de competir en los mercados nacionales e internacionales. Además, los nuevos Länder (estados federados) tuvieron que afrontar dos desafíos: la dura competencia en el mercado de la Unión Europea, en el que eran unos recién llegados, y la pérdida de sus tradicionales socios comerciales del este. Algunas antiguas "empresas de propiedad popular" lograron abordar con éxito su transformación estructural. Terminó también surgiendo una estructura económica caracterizada por las pymes y hubo una reindustrialización en áreas como las tecnologías ambientales, la química, la fabricación de maquinaria, la técnica médica y las tecnologías ópticas.

La historia de la Treuhand es, sobre todo, la historia de una gigantesca redistribución: el 85% de la antigua propiedad pública se transfirió a los alemanes occidentales, el 10% a inversores internacionales y solo algo menos del 5% a los alemanes orientales. Puede entenderse la frustración, el enfado y la sensación de engaño de muchos alemanes orientales después de ver que se quedaban sin nada o en manos de empresarios privados capitalistas. La privatización y otras decisiones políticas dejaron heridas profundas en los alemanes del Este que nunca han llegado a sanar del todo. Lo que es difícil de entender es que, si los síntomas de la enfermedad ya se habían detectado, no se utilizasen las medicinas adecuadas y necesarias para evitar una enfermedad crónica. El psicólogo germanooriental, Hans-Joachim Maaz, ya advirtió que "para muchas personas se ha destruido una esperanza, hay en el proceso mucho desencanto, mucha decepción, no se ha cumplido para muchas personas la esperanza de una vida mejor, se han quedado en paro, no tienen posibilidades de adaptarse bien a la sociedad y eso naturalmente deprime a mucha gente"[4].

Capítulo 2

Los primeros años del Este postreunificación

Tras la reunificación, durante las dos primeras décadas y media, el izquierdista PDS (desde 2007 dentro de Die Linke, La Izquierda), era la fuerza o una de las fuerzas más votadas en la mayor parte del Este. Pero, hace una década, con la aparición de Alternativa para Alemania (AfD), el panorama empezó a cambiar y han acabado siendo sustituidos por la extrema derecha. En septiembre de 2024, la AfD fue la fuerza más votada, con un 32,8% en Turingia, más de 9 puntos por encima de los segundos, los conservadores de la CDU. En los comicios de Sajonia (30,6%) y de Brandeburgo (29,2%) quedaron en segunda posición, pero pisándole los talones a los primeros, la CDU y el SPD, respectivamente. Pero, además, la extrema derecha ha dejado de ser solo un fenómeno del Este y se ha extendido en los últimos años también al Oeste, obteniendo resultados cada vez mejores y representación en el Parlamento Federal. En las elecciones generales anticipadas del 23 de febrero de 2025, fueron la segunda fuerza más votada. ¿Qué ha ocurrido para que la AfD se haya conseguido asentar con tanta fuerza en el Este? ¿Cómo ha conseguido que el voto y el sentimiento de extrema derecha haya prendido también en el Oeste, donde antes de la caída del Muro era irrelevante?

El desencuentro

Habría sido importante dejar a los alemanes orientales la sensación de que la vida en la RDA también era vida. El historiador germanooriental, Stefan Wolle, lo explica de forma somera: “El otro mundo detrás del Muro estaba espacialmente muy cerca. Pero al mismo tiempo estaba tan lejos como el reverso de la luna, infinitamente lejos, en un mundo muy extraño”[5]. Con frecuencia se oía a los occidentales decir que la vida de los alemanes del Este no había sido una vida de verdad y que esta empezó realmente en 1990. Es lógico que esto enfadase a sus hermanos del Este, pero también tuvieron parte de culpa porque, al principio, se dejaron obnubilar por todo lo del otro lado, renegando de lo suyo.

Era duro escuchar cómo hablaban incluso algunos serios representantes del mundo intelectual del Oeste sobre ellos. Sirvan estas palabras del abogado, publicista e historiador, Arnulf Baring, como ejemplo del tono despectivo utilizado al describirlos, en 1991: “El régimen empequeñeció a la gente durante casi medio siglo, arruinó su formación, su educación. Todo el mundo debía ser un engranaje sin sentido, un ayudante sin voluntad. No importaba si alguien se llamaba a sí mismo abogado o economista, profesor, psicólogo, sociólogo, médico o ingeniero. Sus conocimientos son en gran medida completamente inútiles. Muchas personas son inútiles por falta de conocimientos especializados. Simplemente no han aprendido nada que puedan aportar a una sociedad de libre mercado”[6].

Así apareció el muro mental, psicológico y en los corazones. Los alemanes del Este no podían comprender la razón por la que ellos, incluso en Berlín, cobraban menos que los del Oeste, haciendo el mismo trabajo. Los del Oeste terminaron hartos de pagar la reconstrucción del otro lado. Muchos ciudadanos de a pie piensan que todo debería haber ido más lento. “El ritmo del cambio en Alemania Oriental fue tan radicalmente acelerado que resultaba

insólito en Occidente", escribe Ilko-Sascha Kowalczuk[7]. Y, como me comentaban, se les debería haber explicado mejor lo que se les venía encima. "Para la mayoría de la gente, la libertad y la democracia significaban tener "dinero de verdad", poder comprar, compartir la prosperidad y viajar. Rara vez una sociedad ha sido tan apolítica, tan desinteresada por sus propias condiciones como la Alemania Oriental después de 1990"[8].

Para muchos alemanes orientales, Occidente supuso felicidad, éxito, una vida de libertad y prosperidad. Para muchos otros, esto no se materializó. Se sintieron profundamente decepcionados, no solo porque habían albergado expectativas exageradas, sino también porque no se les dio la oportunidad. Al final, el Este se percibía a sí mismo como inferior, desclasado y receptor de órdenes. Al mismo tiempo, solo una minoría estaba dispuesta y era capaz de abrazar la libertad por la que habían luchado, y entender que la libertad es también defender los propios intereses.

De la apatía de la dictadura y el breve despertar de 1990, muchos pasaron muy pronto a un nuevo papel que no sabían desarrollar ni interpretar. Y les resultaba complicado, además, superar la propaganda que el comunismo les había inculcado durante toda su vida y, según la cual, la RDA era mejor que la RFA; era más humana, más pacífica, no perfecta, pero casi. Pasara lo que pasara, el régimen decía que la culpa era de Occidente, del capitalismo, de la falta de libertad que allí vendían como libertad, de la democracia que solo traía más desastres para el pueblo. Todo ello, en el fondo, conllevaba la negación de cualquier responsabilidad personal e iba a tener consecuencias en su forma de ver la nueva realidad.

A esto se sumó el cambio demográfico, cuatro millones de personas se han trasladado desde 1990 del Este al Oeste (una cuarta parte de la población total). Aunque 2,5 millones también han cambiado del Oeste al Este, esto no pudo mitigar o compensar las consecuencias demográficas[9]. Y se fueron sobre todo los jóvenes, a menudo bien formados. Esa constante emigración provocaba mucha inseguridad. El número de escolares de primaria se había reducido a la mitad. Bajó el nivel de la formación. Los más dinámicos se iban al Oeste y los que se quedaban no tenían posibilidades de hacer nada contra esa tendencia. Era la pescadilla que se muerde la cola y nadie

parecía o quería darse cuenta del coste humano y social que suponía. Las consecuencias fueron un envejecimiento de la población a una escala sin parangón en Europa y un importante éxodo rural que ha ido en aumento. No hay que olvidar tampoco que en la RDA no existía una sociedad civil como tal, ya que estaba reprimida. Todo estaba bajo control del partido comunista y de la Stasi, salvo las iglesias y unas pocas organizaciones autónomas.

De hecho, las manifestaciones de los lunes del otoño de 1989 contra el régimen en Leipzig, que luego se extenderían a otras ciudades de Alemania Oriental, se organizaban y partían de la Iglesia de San Nicolás (Nikolaikirche). Así que, una vez pasada la euforia y colocados muchos de los impulsores de la protesta, el Este carecía de una sociedad civil vibrante, de fundaciones o incluso de una vida asociativa, más allá del deporte o la vida vecinal. Y muchos seguían asumiendo que el Estado tenía que hacerse cargo de las tareas sociales y cívicas, que era a lo que estaban acostumbrados.

Era necesario pasar del nosotros al yo, del colectivismo a la responsabilidad individual, pero no supieron cómo hacerlo. “Por supuesto, muchas personas ágiles y creativas se quedaron, pero no pudieron compensar los millones de lagunas. Oriente se empobreció tanto intelectualmente como consecuencia de los millones de personas que se marcharon, se homogeneizó y se inmovilizó tanto, que fue imposible compensarlo política, cultural e intelectualmente en una sola generación. Los recién llegados de Occidente compensaron mucho, pero la brecha cultural entre ellos y los que se quedaron en casa, los predominantemente inmóviles y, además, los conformistas y partidarios del sistema, no solo siguió siendo grande, sino que incluso aumentó”[10].

Todo se había hecho a velocidad de crucero, pensando más en lo material que en lo humano, y necesitaban hablar y ser escuchados, liberarse de sus miedos y de la soledad ante la pérdida de su pasado. Los germanoorientales tuvieron que empezar a vivir con 35.000 normas o leyes nuevas. Apareció, con el paso de pocos años, la llamada Ostalgie, nostalgia del Este. Abarcaba desde un cambio en la compra, pasando por el uso de símbolos del Este redescubiertos, hasta viejos recuerdos. Lo peor quizás fue la pérdida de referencias para varias generaciones. Era de alguna manera el

intento de recuperar algo de su vida pasada, para sentir algo de seguridad. Unos y otros se echaban las cosas en cara, lo que no contribuía a mejorar el estado de ánimo. Como dice Kowalczuk: "una parte nada desdeñable de la sociedad de Alemania Oriental sufrió un shock de libertad en el otoño de 1989"[11].

En el fondo, la mayoría de los alemanes orientales no estaban acostumbrados ni preparados para tomar las riendas de sus nuevas vidas y forjar su propio camino. Y confundían la prosperidad material con la libertad. "Cada generación tiene que aprender a manejar la libertad de nuevo, si se le dan las condiciones marco para vivir en libertad y democracia. Muchos alemanes del Este no experimentaron ni sintieron el salto a la libertad como una liberación"[12].

Hubo una o dos generaciones de germanoorientales, a partir de los 40 años más o menos, de los que una gran parte se quedaron por el camino, sin empleo, lo que tuvo enormes consecuencias sociales. Ya se percibía un aumento del alcoholismo y pronto se empezaron a ver casos de desestructuración familiar. Los funcionarios fueron sustituidos en gran parte por los del Oeste, se aplicó la justicia de los vencedores a los dirigentes e informadores de la Stasi y fueron condenados al ostracismo.

Un pasado sin revisar

Tras la Segunda Guerra Mundial, mientras la RFA hacía frente al pago de indemnizaciones y a los judíos, la RDA, que se definía como antifascista por decreto y se consideraba libre de toda culpa del nazismo y del Holocausto, no hizo lo propio. La revisión histórica que se llevó a cabo en la Alemania Occidental y capitalista durante la posguerra no se realizó en la Alemania Oriental y comunista. En el Oeste, hubo una catarsis colectiva y una revisión histórica del nazismo y del Tercer Reich, y se luchaba contra ese legado bajo el lema de "Nunca más". En el Este, la simbología nazi no estaba identificada por la población como simbología prohibida ni como delito, como sí ocurría en el Oeste.

La diversidad y la multiculturalidad que se dan por sentadas en el Oeste se desconocían en el Este porque su sociedad era muy homogénea. No estaban acostumbrados a convivir con extranjeros. Los que estuvieron en el país durante el comunismo fueron "invitados" por el régimen, trabajadores contratados, bajo la rúbrica de la amistad de los pueblos socialistas, pero aunque trabajaban juntos, vivían separados de la población autóctona. Por eso, resultaba relativamente fácil convertir a los extranjeros en cabezas de turco de todos los males que fueron apareciendo y también de los miedos que despertaban los cambios y lo desconocido.

La xenofobia empezó a hacer mella en la población, sus habitantes consideraban y consideran que allí viven demasiados extranjeros cuando su porcentaje era y es más bajo que en el Oeste. Algo que confirman los datos de la Oficina Federal de Estadística que señala que "el porcentaje de residentes extranjeros es significativamente menor en el Este que en el Oeste. Mientras que, a finales de 1990, vivían cinco millones de extranjeros (8% de la población) en el Oeste, el número de extranjeros en el Este era de 112.000 (1%). Desde la reunificación, la población extranjera ha aumentado en todas partes, pero persisten las diferencias. A finales de 2022, la

población extranjera en el Oeste representaba el 16% (10,6 millones de personas) y, en el Este, el 7% (908.000 personas) de la población. También hay diferencias en la duración de las estancias. Mientras que el 19% de los extranjeros que viven en el Oeste llevan 30 años o más en Alemania, en el Este, la cifra es solo del 3%"[13].

Richard Schröder, politólogo y profesor de la Universidad Humboldt de Berlín, explicaba que las raíces están en esa falta de experiencia en la convivencia con extranjeros, ya que, en el Oeste, se ve como algo natural al italiano que tiene un restaurante o al turco, pero, en la RDA, no había nada de eso. Incluso las tropas soviéticas estaban aisladas de la población, al igual que los trabajadores extranjeros de las empresas.

Anetta Kahane, durante años presidenta de la Fundación Amadeu Antonio, añadía otro factor, el hecho de que, tras la reunificación, quedase una población que no tenía ninguna experiencia en la confrontación con la herencia del nacionalsocialismo, a lo que se sumó una situación de cambio radical que provocó una gran inseguridad en las personas.

En ningún otro ámbito se mintió y tergiversó tanto la verdad como en el de la historia. El antisemitismo, el racismo y el nacionalismo estaban muy extendidos en la RDA —oficialmente estaban mal vistos, e incluso se aseguraba que eran inexistentes—, pero siempre y en todas partes estaban presentes. Y ya sabemos que el nacionalismo considera que la ciudadanía, la lengua y las características culturales, étnicas y religiosas son los marcadores de la identidad de una nación y lo que ello representa.

El antifascismo se convirtió en la máxima de vida de muchas personas en la RDA. Constituía una base para la catarsis. Hitler era, en ese discurso, alemán occidental. Y "el nacionalismo que surgió en Alemania Oriental fue subestimado durante mucho tiempo porque no podía captarse solo con encuestas de opinión. Ahora tiene en sus garras a más de la mitad de la sociedad germanooriental. El racismo va de la mano del nacionalismo. Es el fenómeno más subestimado, más cuestionado y menos analizado por la investigación histórica"[14]. Hasta principios de la década de 1970, el Holocausto ni siquiera se mencionaba en los libros de texto escolares. Después se introdujo la persecución de los judíos, con

breves secciones sobre la Reichskristallnacht (la Noche de los Cristales Rotos), las "Leyes raciales de Núremberg" y el levantamiento del gueto de Varsovia. El Holocausto siguió sin mencionarse.

El vicepresidente de la oficina de Protección de la Constitución —los servicios secretos internos alemanes—, Klaus-Dieter Fritsche, dijo que, en el Este había, por un lado, un fuerte ambiente de cabezas rapadas, que se ocultó en tiempos de la RDA, y por otro, un pensamiento bastante parecido al "blanco o negro", "amigo o enemigo", que también fue fomentado por el viejo sistema en la antigua RDA. El exneonazi Ingo Hasselbach me explicó que lo determinante para caer en el ambiente de extrema derecha, en su caso, fue su estancia en la cárcel. En 1987, acabó en prisión por gritar "fuera el Muro". En ese tiempo ya había una especie de cultura juvenil de extrema derecha, pero sin trasfondo político. Lo que se llevaba era ser cabeza rapada. En la cárcel, junto con otros jóvenes, coincidió con criminales de guerra nazis, que cumplían sus condenas en la RDA. Estaban, entre otros, los asesinos de Oradour o el jefe de la Gestapo de Dresde. Los antiguos nazis se dieron cuenta de que esos jóvenes odiaban a la RDA como a la peste y supieron encauzar conscientemente ese odio juvenil hacia el pensamiento ultraderechista y racista.

Hajo Funke, experto en extrema derecha y antisemitismo, resume la situación así: "Es la experiencia de una brusca transformación por la reunificación de Alemania que, sobre todo en el Este, ha provocado grandes crisis y sobrecargas en las familias y que ha acumulado mucha violencia y rabia. Eso se exterioriza sobre todo en los chicos jóvenes, pero también es un hecho en la historia alemana, en la política alemana y en la cultura, el haber tenido repetidas veces dificultades con los extranjeros. Este racismo y antisemitismo en parte de la sociedad es una tradición de mentalidad contra la que se luchó de forma decidida en el Oeste, después de la Segunda Guerra Mundial, mientras que en el Este de Alemania era ocultada con un sistema autoritario y antifascista".

Una sociedad homogénea, una nula convivencia con extranjeros, falta de revisión histórica —con el consiguiente desconocimiento del nazismo y el Holocausto—, antifascismo por decreto ley,

sentimiento de frustración, de pérdida y de ser ciudadanos de segunda clase, sin olvidar que no solo vivieron los 40 años del totalitarismo comunista sino que pasaron directamente del totalitarismo nazi al siguiente, más de 55 años bajo sistemas dictatoriales, sin libertad y desconociendo los resortes de una democracia que, además, era presentada como el sistema enemigo. Con todos estos ingredientes el cóctel molotov estaba servido y la extrema derecha supo cómo utilizarlo en su propio beneficio.

El aumento de la violencia parda

Ese sentimiento de haber sido engañados porque no se tomaron en consideración sus capacidades o porque su biografía les fue robada germinó en el Este. Al principio, benefició a los excomunistas del PDS y después a La Izquierda, en la que quedaron integrados y supieron sacar beneficio electoral. En un contexto de desesperanza, desempleo o familias rotas, los jóvenes se convirtieron también en presa fácil para la extrema derecha que veía en ellos la posibilidad de expandir sus filas. Los líderes ultraderechistas del Oeste se trasladaron al Este. La cultura juvenil neonazi comenzó a extenderse por la antigua RDA y el fenómeno ultraderechista acabó adquiriendo una dimensión desconocida en la posguerra del país. A principios de siglo, aunque todavía era pequeño, crecía el número de los extremistas de derechas potencialmente violentos. Y aumentaban los ataques y las agresiones racistas.

El incremento de la violencia por jóvenes neonazis o skinheads empezó a ser preocupante. Aunque se produjeron ataques contra extranjeros tanto en el Este como en el Oeste, las alarmas saltaron sobre todo en los nuevos estados federados, donde ese fenómeno era menos conocido y donde los ataques fueron incluso aplaudidos o ignorados por parte de la población. Llegó a haber “zonas nacionales liberadas” o zonas del miedo controladas por los neonazis.

Amadeu Antonio fue la primera víctima mortal de la violencia parda tras la reunificación. Lo apalearon, por ser negro, el 24 de noviembre de 1990. Era angoleño y había llegado a la RDA como trabajador contratado en 1987. Vivía en Eberswalde, una ciudad del estado de Brandeburgo. Murió el 6 de diciembre, como consecuencia de las heridas. Tres policías de civil fueron testigos del ataque, pero no actuaron por miedo a los neonazis. En 1998, se creó una fundación con su nombre para honrar su memoria y luchar contra la xenofobia, el antisemitismo y la violencia extremista.

Desde el verano de 1991, en algunas partes de la población alemana se vivía una especie de ambiente de pogromo que duró varios años y que se manifestó en una ola de disturbios violentos racistas y contra los extranjeros; algo de lo que me di cuenta rápidamente cuando volví a Berlín a sustituir de nuevo a nuestro corresponsal. Ya no era fácil para los extranjeros andar por determinados barrios de la parte este de la ciudad a determinados horas, sobre todo por la noche. Y lo mismo ocurría en algunas poblaciones de la Alemania Oriental. Por el día, era fácil ver en las plazas y parques a skinheads y jóvenes con indumentaria neonazi, con poses y miradas desafiantes. No había pasado todavía un año de la reunificación.

El 17 de septiembre de 1991, en la ciudad sajona de Hoyerswerda, jóvenes neonazis atacaron a varios comerciantes vietnamitas, trabajadores que llegaron durante el régimen comunista. Siguieron 5 días de violencia en los que los neonazis lanzaron contra la residencia en la que vivían 120 extranjeros cócteles molotov y piedras de forma continuada mientras gritaban consignas de extrema derecha. La policía no hizo prácticamente nada para pararlos. Hubo vecinos que contemplaron los hechos sin inmutarse e incluso aplaudieron a los agresores, lo que no hizo sino calentar más el ambiente y animar a los neonazis a proseguir con la violencia. El 20 de septiembre fue atacado también un centro de refugiados. Entre el 17 y el 23 de septiembre, hubo 32 heridos y 82 detenidos, aunque solo cuatro fueron juzgados por esos hechos.

Casi un año después, del 22 al 25 de agosto de 1991, se produjeron unos hechos similares en Rostock, en el estado de Mecklemburgo-Pomerania Occidental. Fueron los peores ataques sucedidos contra inmigrantes en Alemania desde la Segunda Guerra Mundial. Los objetivos fueron el centro de acogida de solicitantes de asilo y una residencia de ciudadanos vietnamitas. Los vecinos del barrio observaban impasibles, incluso aplaudían y jaleaban a los agresores, y la policía, en lugar de intervenir, miraba lo que ocurría a una prudente distancia. Las voces de indignación dentro y fuera del país sonaron con el grito de la desesperación, recordando tiempos pasados.

Por aquel entonces, había un intenso debate en la clase política sobre la ley de asilo en vigor. Se calcula que medio millón de

personas al año llegaban en busca de asilo por motivos económicos más que políticos. El canciller Kohl pidió a la oposición una ley consensuada de asilo que acabase con esa llegada masiva de inmigrantes, sobre todo desde el este. Pero el consenso no se producía. Tras el ataque y el escándalo del mirar hacia otro lado de Rostock, en 1992, se produjo un acuerdo en el Bundestag que agilizaba los trámites para determinar si el inmigrante que llegaba tenía o no derecho a asilo. Anteriormente, casi con solo decir la palabra Asyl (asilo) nada más pasar la frontera, era suficiente para entrar en un proceso que podía llevar varios años. Cuando este acababa, si la respuesta era negativa, se alegaba que los niños o los adultos mismos estaban integrados e incluso habían aprendido el idioma. Mientras, el Estado y los municipios corrían con los gastos de manutención y vivienda, con la sanidad y con la educación de los niños, si los hubiese, e incluso con una pequeña cantidad de dinero de bolsillo.

Luego le tocó a Mölln, esta vez en el oeste, en el estado de Schleswig-Holstein. En la noche del 22 al 23 de noviembre de 1992, dos skinheads prendieron fuego a dos casas habitadas por ciudadanos turcos. En el ataque hubo tres muertos y nueve heridos. Los autores llamaron a la policía, responsabilizándose del ataque al grito de “Heil Hitler!”. Uno de ellos fue condenado a una pena de prisión de diez años y el otro a cadena perpetua. Los dos están desde hace años en libertad.

El 29 de mayo de 1993, fue el turno de Solingen, una ciudad de Renania del Norte-Westfalia, en el Oeste. El modus operandi fue similar al de Mölln. Cuatro neonazis prendieron fuego a una vivienda de ciudadanos turcos. Murieron 5 personas y 17 más resultaron heridas —varias de las víctimas eran menores—. Los atacantes tenían entre 16 y 23 años, fueron detenidos y condenados a entre 10 y 15 años de cárcel. El 22 de agosto de 2024, la ciudad volvió a la primera plana de los medios, esta vez fue un ataque con cuchillo durante el festival de la ciudad. El terrorista asesinó a 3 personas e hirió a otras 8. Se trataba de un sirio pendiente de ser deportado. Esta vez no fue la extrema derecha, fue el autodenominado Estado Islámico el que se responsabilizó del atentado, que provocó un amplio debate público sobre cómo actuar con los solicitantes de asilo que han sido rechazados o con el

islamismo.

En el año 2000, otra brutal agresión mortal removió las conciencias de una sociedad que parecía aletargada ante la violencia de la extrema derecha. Alberto Adriano había llegado en 1988 a la RDA desde Mozambique. Vivía en la ciudad de Dessau, en Sajonia-Anhalt, uno de los estados del Este. Allí conoció a una mujer alemana y se casaron. Tuvieron tres hijos. El 11 de junio, cuando volvía de ver un partido de fútbol en casa de un amigo, se encontró, en un parque de la ciudad, con la muerte en forma de tres cabezas rapadas cargados de odio; dos de 16 años y uno de 24. Fue pateado y abandonado inconsciente. Nunca despertó del coma, murió unos días después. Le atacaron simplemente porque era negro. Los neonazis recibieron condenas ejemplares, sin precedentes: el mayor de edad, cadena perpetua, los menores, 9 años de prisión. El juez dijo que no habían mostrado arrepentimiento. Era el particular "basta ya" de la justicia, hasta entonces bastante laxa con los jóvenes neonazis. Alberto siempre intuyó que podía pasarle algo, no se sentía aceptado ni seguro en Alemania. De hecho, dijo que por eso no pedía la nacionalidad.

Sonaron todas las alarmas. El entonces canciller, el socialdemócrata Gerhard Schröder, hizo un llamamiento al coraje civil y a combatir unidos esa violencia: "También tenemos que combatir juntos hechos como el asesinato del ciudadano mozambiqueño, estoy convencido de que lo vamos a hacer y, al hacerlo, nos ganaremos el derecho a mostrar que la gran mayoría de los jóvenes, de los alemanes, y en eso no hay diferencias entre el Este y el Oeste, quieren y van a combatirlo". Su viuda, Angelika Adriano, tras asistir al juicio de los asesinos de su marido, no podía ocultar la rabia: "Realmente, solo se siente rabia y odio, sobre todo porque contaron lo ocurrido como si hacer eso fuese la cosa más normal del mundo, coger a un extranjero y después apalearle de tal manera que muera. Estos así no aprenden nada, siguieron el juicio como si no hubiese pasado nada".

Cuando estuvimos con ella, no podía esconder su miedo y su preocupación por cómo iba a sacar adelante a sus hijos, cuyo color de piel les ponía en el disparadero de los bárbaros de la sinrazón. Pero había decidido quedarse en Dessau porque, decía, lo contrario

sería una huida ante los neonazis. Años después seguía allí y continuaba sin ver la luz al final del túnel con un hijo con discapacidad mental y otro en la cárcel por haber cometido diferentes delitos. En la prisión, su hijo coincidió con uno de los asesinos de su padre. Angelika está convencida de que con el Muro estaban mejor, de que su marido no habría sido asesinado, porque en la RDA no sucedían cosas así.

“Los brutales atentados de Eberswalde, Hoyerswerda y Rostock, a principios de los noventa, caracterizaron la imagen del ‘Este xenófobo’. El hecho de que también se produjeran actos de violencia en el Oeste, como los incendios provocados en Mölln y Solingen, pasó casi desapercibido en aquel momento. La atención seguía centrada en el Este”, señala la jurista Beatrice von Weizsäcker[15].

No había día sin que se produjese algún acto de carácter ultraderechista: agresiones a extranjeros o indigentes, profanaciones de cementerios judíos, ataques a sinagogas o delitos de propaganda. A principios de siglo, el número de extremistas de derechas era de poco más de cincuenta mil, pero aumentaba el de los potencialmente violentos y también crecía el número de agresiones. Y la policía parecía estar mirando hacia otro lado o no sabía hacer frente a esa violencia. Se produjo una gran ola de indignación en la población y se sucedieron las manifestaciones en contra de la violencia parda y de los neonazis, que llegaron a desfilar junto a la Puerta de Brandeburgo trayendo a la memoria el oscuro pasado del país. Fue algo intolerable y nunca entendí por qué se permitió. Todo eso los envalentonaba. La violencia xenófoba y racista en la primera década de la reunificación causó más de un centenar de muertos. Entonces ya estaba de corresponsal en Berlín y, en ese momento, tuve claro que teníamos que hacer un documental sobre esa violencia que iba en aumento en el Este de Alemania y que amenazaba la convivencia. Quería ver quiénes eran esos asesinos y dónde estaban las raíces de su violencia.

Los cachorros del nazismo en el este

El título del documental fue Los cachorros del nazismo. Necesitamos más de un año hasta tener todos los rodajes y entrevistas. No era fácil conseguir que los neonazis se expusieran ante la cámara, sobre todo los dirigentes. También había que contactar con víctimas, con exneonazis y con políticos, además de responsables de iniciativas que ya empezaba a haber en el Este contra la cultura neonazi. Para mí era muy importante incluirlas, porque creo que la movilización social y la sociedad son claves para luchar contra esta gangrena. De hecho, gracias a ellas, muchos jóvenes abandonaban esos grupos neonazis o ni siquiera entraban en ellos.

En el Este, las tendencias xenófobas son notorias. A principios de siglo, dos terceras partes de los jóvenes consideraban que en Alemania vivían demasiados extranjeros y eso que en el Este vivía un 21% de la población y solo un 2% de extranjeros, pero era allí donde estaban más de la mitad de los neonazis y cabezas rapadas violentos. Esa tendencia no ha cesado y contribuye a que surjan movimientos xenófobos como Pegida (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente).

A través de su aspecto externo, los neonazis quieren reflejar su identidad: cabeza rapada, chaqueta de piloto, simbología nazi, botas militares, algunas con punta de metal que causan más daño a sus víctimas al patearlas. Formaban grupos que pronto se convirtieron en parte del paisaje de muchas poblaciones. La música era y es una vía de conexión muy peligrosa, en sus letras no faltan las amenazas. A la música se han ido sumando el internet y los teléfonos móviles. Esto dificulta su control. A través de SMS o del Whatsapp pueden avisar de un cambio de lugar, de la hora de una cita o advertir de una redada policial. En el campo de las nuevas comunicaciones, los servicios secretos y policiales han ido intensificando sus esfuerzos contra esta plaga de descerebrados, herederos de una ideología

abyecta, ruin y criminal. No faltan los entrenamientos militares en los bosques y cursos de adoctrinamiento en el odio y la violencia.

La cultura neonazi se convirtió en una grave amenaza para la convivencia social en el Este. Las "zonas nacionales liberadas" aparecieron en 1991, establecidas por jóvenes que actuaban bajo el paraguas del partido ultraderechista NPD, aunque este siempre lo negó. "Los ideólogos son más peligrosos porque no hacen nada, solo propagan las ideas. Dicen que no tienen nada que ver con la violencia, pero van gritando '¡extranjeros fuera!'. Los jóvenes acaban llevando a la práctica lo que dicen los de arriba", explicaba el exneonazi Ingo Hasselbach, buen conocedor de ese mundo.

Hajo Funke añadía que la experiencia de una brusca transformación había provocado en el este grandes crisis y sobrecargas en las familias, por lo que estas habían acumulado mucha violencia y rabia que exteriorizaron, sobre todo, los jóvenes. Se trataba, según Hasselbach, de un problema de educación y una grave lacra social: "Ese ambiente de extrema derecha está en condiciones de ofrecer cosas a los jóvenes que no encuentran en la sociedad, por ejemplo, compañerismo, perspectivas —sean las que sean— y hasta un sentimiento de familia". Para él siempre fue, de alguna manera, la familia que no tenía en casa.

La situación llevó incluso a crear en el estado de Brandeburgo una unidad especial de la policía, la MEGA, para luchar contra los grupos neonazis y trabajar en la prevención y el control bajo el lema de "represión preventiva". Salimos de patrulla con los agentes de la MEGA una noche de fin de semana, cuando esas hordas eran más activas. Mantenían bajo estrecha vigilancia los lugares y casas donde se movían y vivían los extremistas, sobre todo los violentos. Una de las poblaciones en las que trabajaban era Eberswalde, donde fue asesinado el angoleño Amadeu Antonio, en 1990.

Lutz Neumann, uno de los jefes de la MEGA, nos explicó que su tarea consistía en localizar puntos de encuentro de esos jóvenes, hablar con ellos y convencerles para que se comportasen según las normas. Si constataban que habían cometido un delito, actuaban contra ellos. Cuando nos encontrábamos cerca de un bosque, observaron que allí había reunido uno de los grupos de neonazis a los que seguían los pasos desde hacía tiempo. No podíamos creer lo

que estábamos viendo. Los agentes escudriñaron hasta el último rincón de sus ropas por si llevaban escondido algún símbolo prohibido. Nos comentaron que era, lo que ellos llamaban, un grupo de duros. El líder, en este caso, era una mujer, algo que no era lo habitual. La indumentaria que vestían era típica neonazi, desde las botas hasta las sudaderas con simbología identitaria. Al final, los agentes entraron en la caseta de los cachorros nazis. Un típico local juvenil nazi, dijo un policía, pero de los que no deberían existir, añadió. Cruces gamadas, calaveras con casco nazi, foto de Hitler, símbolos nazis por doquier. Los jóvenes fueron detenidos.

Mis compañeros en aquel rodaje, Laureano González y Óscar Nieto, y yo, nos cruzábamos miradas entre la incredulidad y el horror. Creo que no fuimos capaces de hablar durante el tiempo que estuvimos allí, la tensión se palpaba en medio de toda aquella parafernalia nazi. Algunos de los neonazis llegaron a encararse con nosotros. La policía me aconsejó que no volviésemos por la zona durante un tiempo, por si se hubiesen quedado con nuestras caras. La presidenta de la policía de Eberswalde, Uta Leichsenring, me comentó que el problema era grave porque no se trataba solo de jóvenes borrachos y radicales, sino que había una aceptación en la sociedad que había ido asentándose a la par que los efectos negativos de la reunificación, a lo que contribuía también la falta de formación y de centros para los jóvenes que buscaban en el grupo y en el alcohol la huida hacia delante. La agente de la MEGA, Sieglinde Kühn, reconocía que incluso en las familias había un pensamiento de extrema derecha.

Se movían en esa subcultura neonazi con marcas y botas que los identificaban y con códigos cifrados, siguiendo el orden del abecedario: el 8 era la octava letra, es decir, la H. Así, 88 era “Heil Hitler” y 18 “Adolf Hitler”. La socióloga Julia Plessing reconocía que existía extremismo de derecha en el Este y en el Oeste, pero que los estudios demostraban que la tendencia ultraderechista y el racismo eran mucho más altos en el Este y que, como extranjero, se tenía 20 veces más probabilidades de ser atacado por los radicales de derecha en el Este que en el Oeste. Cuanto más profundizaba en lo que ocurría, más me aterrorizaba que no se tomasen medidas drásticas a tiempo.

Los neonazis y cabezas rapadas se fueron asentando en los nuevos estados federados a la par que las consecuencias negativas de la reunificación. Se invirtió mucho en hormigón y poco en democracia y en la creación de un espíritu de ciudadanía que no existía. Los jóvenes radicales se creen más fuertes y más hombres que nadie cuando están en grupo, como unos que se consideraban los jefes de su barrio en Belzig, una ciudad al sur de Berlín. Se apropiaron de un parque que marcaron con simbología nazi. Sus palabras eran como puñaladas que ponían los pelos de punta. "Queremos una Alemania blanca, esto es completamente normal, porque los turcos en su país solo quieren tener turcos y los rusos en el suyo solo rusos", decía uno. "Para mí no significa otra cosa que la defensa de nuestro color de piel y que haremos cualquier cosa por nuestro país", añadía otro. "Cuando Adolf estaba en el poder, todos los alemanes tenían trabajo. De repente, él murió y todo cambió de forma brusca", remató un tercero. Pero todavía fue peor, cuando el párroco del lugar, Wolfgang Brunner, dijo que ellos solo decían en voz alta lo que muchos pensaban: "Lo que tenemos aquí no es solo un problema juvenil, sino un problema de toda la sociedad, que está enferma. La juventud exterioriza, y no quiero disculparles de ninguna manera, lo que los adultos piensan".

Era una realidad inaceptable en un país con el pasado de Alemania. Pero los refugiados y solicitantes de asilo manifestaban, sobre todo si eran de color, que era muy difícil vivir en el país. "Sobre todo en el Este, el odio es grande, hay mucho odio y violencia de los nazis. Nuestra vida diaria está plagada de agresiones, desde las físicas hasta los insultos como 'viejo puerco negro, lárgate, aquí no tienes nada que hacer' y, si estás solo, te agreden. Sobre el papel no soy extranjero, soy alemán, pero el color de mi piel es el problema", nos contaba uno de ellos.

Ya Bertolt Brecht advirtió que cualquiera que no sea o piense como ellos puede convertirse en víctima de estas alimañas pardas. Ingo Hasselbach lo describía muy bien: "No se mira hacia afuera, se rompen los contactos, las ataduras sociales. De alguna manera, ya no se tienen amigos que no estén en el ambiente, ese fue también mi gran problema, no podía decir sencillamente me salgo y continúo. Fuera ya no tenía a nadie, uno sale y cae en un agujero negro y profundo. Se puede decir que es como una secta y eso es lo

peligroso de este movimiento". Jörg Fischer, también exneonazi, añadía que, "en los contenidos, es un racismo muy agresivo. Defiende que los alemanes son mejores que otros pueblos, rechaza a los extranjeros, minimiza o niega los crímenes de guerra nazis, ensalza al Tercer Reich, a Adolf Hitler, a Rudolf Hess como ideales positivos, pide un Estado totalitario, policial, una gran Alemania que ha de expandirse, plantea exigencias territoriales a otros países, el objetivo es una Europa dominada por Alemania". Jörg confesó que había creído a ciegas en esas cosas y que era difícil hacerse preguntas, porque el solo pensamiento de planteárselas lindaba con la frontera de la traición. Esa juventud representaba el nacionalismo excluyente que los nazis calificaron de völkisch, un adjetivo con el que definen la pertenencia a la raza germánica, que perpetúa el derecho de sangre. El expolicía germanooriental Bernd Wagner los describía como fanáticos que se ven como una especie de movimiento nacionalista juvenil visionario, revolucionario.

En julio del 2000, en un atentado con bomba en una estación de Düsseldorf, resultaron heridas 9 personas, la mayoría inmigrantes judíos. Las alarmas saltaron de nuevo y la clase política y la sociedad salieron de su letargo. "Ya no está permitido mirar hacia otro lado con la idea de que yo no estoy afectado o de que es suficiente que no me parezca bien algo así. Lo que necesitamos es un levantamiento de la gente decente en Alemania y yo sé que esa gente es la gran mayoría", clamó el canciller Gerhard Schröder. Y Cem Özdemir, el primer diputado alemán de origen turco, advirtió: "Nosotros, como políticos, tenemos también que prestar atención a cómo tratamos el tema. Si hacemos como que hay un gran problema con los extranjeros que no tiene solución, no puede sorprendernos después que unos radicales de derechas tengan la sensación de que hacen lo que todos piensan".

El ‘basta ya’ de la sociedad

Ingo Hasselbach tenía muy claro que había que recapacitar sobre lo que había que hacer con esos jóvenes violentos. Mandarlos a la cárcel no le parecía una solución, había que pensar en ofrecerles alternativas y perspectivas de futuro frente al ambiente de extrema derecha.

Un ejemplo de esas alternativas era la Bruchbude, un centro juvenil que rompió con la subcultura juvenil de extrema derecha en Milmesdorf, una población del este. Lo puso en marcha el pedagogo social italo-alemán Filipo Smaldino. Enseñó a los jóvenes de la localidad que la democracia y la convivencia están muy lejos del rapado de ideas que llenaba sus cabezas hasta que él llegó. “Aquí había jóvenes que estaban abandonados a su suerte, además, con un alto potencial de violencia. No sabían dónde podían ir y esta casa de la juventud les ha atraído con sus ofertas”. Con Filipo, llegaron los viajes a otras ciudades y países, las reuniones con extranjeros o los debates sobre el Holocausto, el racismo y la xenofobia, así como las visitas a los campos de concentración. También buscó plazas y posibilidades para formarse para sus chicos. Tenían que aprender a convivir, a compartir y a apoyarse mutuamente. Smaldino estaba amenazado por los neonazis, quienes en alguna ocasión le habían puesto una navaja en el cuello.

Estos jóvenes de la Bruchbude, una vez rehabilitados, se convertían en la punta de lanza contra los neonazis y se encargaban de impedir que otros niños y jóvenes cayesen en las garras de la extrema derecha. En el fondo, se trataba de escucharles, explicarles que había otro mundo más allá de su cerrazón de miras, enseñarles tolerancia, respeto y solidaridad y ofrecerles una perspectiva de futuro. La mayoría de los jóvenes simpatizantes de esa ultraderecha, la masa del 80% como la llamaba Smaldino, era, según él, recuperable. Pero, en el caso de los fanáticos, solo cabía la represión del Estado; encerrarles para proteger a los demás.

En Neustadt, la subcultura neonazi se estaba haciendo con las calles mientras las autoridades locales y los adultos callaban. No querían ver el problema o temían que los inversores, tan necesarios en el Este, no viniesen a la ciudad y ese miedo, comprensible, existía en otros lugares también. Philip, Julia y Elizabeth decidieron romper el muro del silencio y plantar cara a los neonazis porque no podían permitir que les pegasen y apaleasen como habían hecho con sus amigos. Con manifestaciones y charlas enfrentaron al mundo de los mayores con la realidad. Ellos mismos habían tenido que ver cómo jóvenes neonazis habían entrado en su centro juvenil y lo habían arrasado. “Teníamos miedo a salir por las noches o a ir a la plaza porque en todas partes había neonazis y radicales de derecha que nos amenazaban”, me confesó Philip mientras, desde la acera de enfrente, nos observaban unos cabezas rapadas.

Lo que les pasaba a estos chicos era bastante habitual entonces en muchas localidades del Este. En Joachimsthal, jóvenes del lugar de extrema derecha atacaron a un grupo musical de niños y adolescentes bosnios y turcos de Berlín cuando salían de la iglesia después de una actuación. La pastora protestante, Beatrix Spreng, no podía creer lo que veía porque, además, los agresores eran feligreses de su comunidad; algunos estaban haciendo la catequesis. Decidió que no se podía seguir así, que había llegado la hora de la verdad. Les preguntó por qué lo habían hecho y uno de ellos, Christian, con rabia, le respondió que estaban sencillamente hasta las narices porque en la localidad no había nada y que de ellos nadie se preocupaba mientras que a los extranjeros se les daba todo, como a los turcos que, gracias a eso, podían cantar y tocar instrumentos. Descubrió en ellos que el odio al extranjero nacía de un sentimiento de abandono.

Así que contrató un profesor de música, adquirió diversos instrumentos y aprovechó las instalaciones de la iglesia para las clases y ensayos. La música fue el polo de atracción para los jóvenes. Uwe Kolberg, su profesor, les abrió un nuevo mundo. Aprendían, a través de la música y de las conversaciones, el respeto y la tolerancia, valores que antes desconocían. La música se convirtió en una alternativa a la violencia. “Nos dimos cuenta de que caen en la extrema derecha porque buscan una pandilla y ser reconocidos en el grupo. Eso se puede alcanzar con la música.

Nuestros jóvenes, cuando ya han aprendido, hacen actuaciones de forma que pueden ver cubierta esa necesidad de ser muy bueno y muy grande", recordaba la pastora. Beatrix Spreng era del Oeste. Al caer el Muro, pensó que su labor pastoral era más necesaria en el otro lado. Y no le faltaba razón. Reconocía que era terrible que existiese algo así en Alemania y que había que poner mucho empeño en cambiarlo.

Las movilizaciones e iniciativas civiles buscaban convertir el grito de la reunificación de "somos un pueblo" en "somos un pueblo que no tolera la xenofobia, el antisemitismo, el racismo o la intolerancia". Michael Friedmann, vicepresidente del Consejo Central Judío, que perdió a 48 familiares porque los alemanes olvidaron lo que significa respetar a los seres humanos, repetía que no había alternativa a la convivencia; que la alternativa era la sangre y que, por lo tanto, no era alternativa.

Udo Lindenberg, Nena o Nina Hagen, las estrellas del rock en Alemania, también se sumaron a la lucha y el dinero recaudado en sus giras lo donaron a distintos proyectos contra los neonazis. La respuesta de los ciudadanos a toda esa violencia parda en los noventa acabó siendo masiva, con manifestaciones y cadenas de luz en memoria de las víctimas y en contra de la barbarie. Todos los sectores sociales se movilizaron de una forma u otra, conscientes de que no se podía bajar la guardia. Hoy día, tampoco faltan las contra manifestaciones cuando la extrema derecha se manifiesta. Varios golpes policiales y la prohibición de diversas asociaciones hicieron parecer que estaba bajo control. Pero la hidra del odio había echado raíces y crecía con los problemas sociales y económicos y las crisis.

El exneonazi y el expolicía de la RDA

¿Qué puede ocurrir cuando un expolicía y un exneonazi se juntan en pos del objetivo común de luchar contra la extrema derecha? Pues, como decía Ingo Hasselbach, el exneonazi, se trata de una combinación estupenda porque los dos saben de lo que hablan.

Bernd Wagner fue policía en la RDA, pero acabó abandonando la que había sido su vida como protector del Estado. Estaba harto de que sus superiores, primero en la Alemania Oriental y, luego, en la unida, hiciesen oídos sordos a sus advertencias de que la semilla ultraderechista ya estaba plantada antes de la caída del Muro y había echado raíces. “Ya había fuertes tendencias en este sentido en la RDA. Durante mucho tiempo, el Estado no lo tomó en serio, se pensaba que eran jóvenes descarriados influenciados por el Oeste. Se ha visto que fue un error. También el Oeste democrático infravaloró durante años este tema, se argumentaba que eran jóvenes que tenían demasiadas pocas perspectivas en la vida y que las reglas sociales en el Este se habían esfumado con la desaparición de la RDA y que lo que hacían era comportarse de forma indecorosa. Se ha menospreciado la sustancia de extrema derecha de lo que allí ocurre y se han perdido muchos años, al no apoyar como Estado iniciativas en contra”, comentaba con cierta frustración.

Por más que el régimen comunista se esforzase en pregonar el antifascismo por decreto, Hasselbach era la constatación de que los neonazis ya existían en la antigua RDA. Wagner siempre supo de sus andanzas. Hasselbach predicaba el odio y la violencia. Solo pude reunirme con él en una ocasión. Estaba amenazado por sus antiguos correligionarios y vivía en la práctica clandestinidad fuera de Alemania. En uno de sus escasos y secretos viajes a Berlín, para ver a su familia, vino a nuestra oficina, con escolta, después de que la policía y la organización que le protegía diesen el visto bueno. Había sido uno de los jóvenes dirigentes de la extrema derecha

juvenil de Berlín Este cuando la bestia parda comenzó a enseñar los dientes. Los ataques de los neonazis contra centros de refugiados y contra extranjeros le llevaron en 1993 a abandonar la violencia y la extrema derecha. “El momento determinante para abandonar la extrema derecha fue Mölln. Por primera vez, vi que mi papel en ese ambiente era distinto al que yo había imaginado para mí. A través de Mölln, me di cuenta de que yo mismo estaba relacionado con eso. Aunque había ocurrido a 200 km, me vi como un incendiario intelectual, me dije: siempre he dicho extranjeros fuera y ellos lo han llevado a la práctica. Ese fue el punto, el ideólogo que, en algún momento, se ve atrapado al descubrir que es corresponsable”.

Ingo era hijo de periodistas del régimen comunista. Me explicó que para él lo decisivo para caer en el ambiente de extrema derecha fue su estancia en la cárcel. Él había acabado en prisión, en 1987, por su oposición al régimen y al Muro. Había ya una cultura juvenil de derechas pero carecía de trasfondo político y se caracterizaba por la apariencia exterior, en el vestir y el pelo rapado. Fue en la cárcel donde coincidió con nazis que le imbuyeron sus pensamientos totalitarios y racistas.

Conocí, por separado, al exneonazi y al expolicía, en el año 2000. Los antiguos enemigos habían puesto en marcha juntos la iniciativa EXIT para ayudar y apoyar a los jóvenes que decidían abandonar ese mundo supremacista de la violencia y la sinrazón. Cuando se propusieron colaborar, ya sabían el uno del otro. Bernd Wagner se había dedicado como policía criminalista a estudiar y analizar la ideología, las estructuras y los métodos de la extrema derecha violenta y se había dado cuenta de que la represión era indispensable para perseguir y castigar los delitos, pero que no era lo mejor para disuadir a los radicales de su ideología.

Ingo salió del mundo del odio casi al mismo tiempo que Bernd abandonaba la policía. No fue una empresa fácil dejar atrás a la extrema derecha. Los arrepentidos son considerados traidores y, junto con sus familiares y colaboradores, perseguidos y a menudo amenazados de muerte o incluso asesinados. Sin ayuda exterior, suele ser difícil de sobrellevar. Cuando abandonó ese mundo, Ingo no tuvo ningún punto de contacto, ninguna ayuda, aparte de la de sus pocos amigos dispuestos a confiar en él. EXIT se fundó en el año

2000, en parte gracias a sus experiencias y a constatar que era necesario crear algo que permitiera a muchos otros dar su primer paso de vuelta a un mundo civilizado. Especialmente, en un momento en el que se temía que aumentase el terror de la extrema derecha en el futuro. En estos años, la organización ha apoyado y ayudado a más de 760 radicales en sus procesos de salida. Todo un éxito. También se dedica a analizar las actividades de la extrema derecha, especialmente la militancia y la violencia, y a desarrollar formas de prevenir y combatir la delincuencia por motivos políticos e ideológicos y otras violaciones de la ley, a proteger a las víctimas y resocializar a quienes quieren cambiar de vida. EXIT también apoya a las personas afectadas indirectamente por estos extremistas de derechas, como las familias u otras personas de su entorno.

Ingo y Bernd no han cesado de luchar contra el veneno del racismo, la xenofobia y el antisemitismo que, ya solo desde la reunificación hasta principios de siglo, causó más de un centenar de muertos. El acto fundacional de EXIT se celebró en la Bebelplatz, en el centro de Berlín, todo un símbolo de su declaración de intenciones. Esa plaza fue el lugar, donde, el 10 de mayo de 1933, Joseph Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, mandó quemar los libros de aquellos autores que no comulgaban con la ideología nacionalsocialista.

Capítulo 3

El paraguas político de la violencia parda

El NPD (Partido Nacionaldemócrata de Alemania), junto a partidos como la DVU (Unión Popular Alemana) y Die Republikaner (Los Republicanos) eran los representantes políticos de esas ideas pardas y, de alguna manera, el paraguas de los violentos, sobre todo en el caso del NPD. En esa órbita está también Die Rechte (La Derecha), fundada ya en este siglo. Tuvieron cierta relevancia política durante unos años, pero la han ido perdiendo. La división entre ellos impedía que los votos se concentrasen en un solo partido. Alternativa para Alemania lo ha conseguido. Estas formaciones y movimientos de extrema derecha y sus ideólogos fueron sus precursores. En su caladero, Alternativa para Alemania ha pescado miembros y votantes. No ha desaparecido la tendencia en la antigua RDA a fortalecer a partidos de extrema derecha.

Los judíos son uno de sus objetivos. El rabino Andreas Nachama me confesó hace años su convicción de que, si hay una nación en Europa que ha entendido la lección de Auschwitz y de la historia, esa es la alemana. En el año 2000, hubo una ocasión muy especial para el "Nunca más" del pueblo alemán. El canciller Schröder acompañó a la comunidad judía el 9 de noviembre para recordar la Noche de los Cristales Rotos de ese mismo día de 1938, cuando las hordas nazis iniciaron la persecución de los judíos. 200.000 personas recorrieron el centro de Berlín bajo el lema "Nos alzamos en pro de la humanidad y la tolerancia". Era el grito unánime contra la violencia de la extrema derecha. Paul Spiegel, entonces presidente del Consejo Central Judío, se mostró convencido de que la mayoría de los alemanes rechazan el antisemitismo, la xenofobia y el racismo. Pero advirtió que esa mayoría no podía permanecer silenciosa ni mirar hacia otro lado.

El NPD y los intentos de ilegalizarlo

Fundado en 1964, el Partido Nacionaldemócrata de Alemania (NPD) era el más pequeño, radical y agresivo de los partidos de extrema derecha que había entonces en el país. Su primer presidente fue Friedrich Thielen. Tenía más de 7.000 miembros. Era abiertamente racista, xenófobo y antisemita, minimizaba los crímenes nazis y predicaba la resistencia nacional. Muchos veían en esta formación un claro parentesco con el partido nazi. Su presidente, en el año 2000, era Udo Voigt, un excapitán del ejército que defendía a los cabezas rapadas. “El tener la cabeza rapada no significa que se sea violento. Nosotros seleccionamos bien, no nos sirven cabezas rapadas que no hacen otra cosa más que emborracharse y querer pegar a turcos. A esos no los queremos en el NPD”, me dijo durante una entrevista en su despacho, en la siniestra sede del partido en Berlín Este. Se habían trasladado desde el Oeste, tras la reunificación. Sabían que allí tendrían más acólitos.

Entre 1964 y 1969, el NPD consiguió entrar en siete Parlamentos de estados federados (Länder). En 1969, casi consiguió entrar en el Bundestag. Sufrió después un declive organizativo y electoral y, en gran medida, fue insignificante en los 70 y 80, pero resurgió en 1996 como el partido de extrema derecha más exitoso. Se transformó de un partido con una mayoría nacionalista que generalmente se ajustaba al sistema en un partido de orientación mayoritariamente neonazi y con una agenda hostil al sistema. En esa reorientación, la “lucha por los Parlamentos” era solo uno de los pilares. De hecho, el partido se concentró en la “lucha por las calles”, en una política de manifestaciones apoyada por neonazis. El objetivo no era el éxito electoral. El foco de sus actividades se trasladó a los estados orientales. Entró en los Parlamentos de Sajonia en 2004 y 2009 (9,2%) y en el de Mecklemburgo-Pomerania Occidental en 2006 (7,3%) y 2011 (6,0%)[16].

Los asesinos de Adriano y otros neonazis violentos y cabezas

rapadas habían bebido de la doctrina que predicaba el NPD al grito de “aquí marcha la resistencia nacional”. La situación llegó a ser tan grave que los tres órganos constitucionales, el Gobierno y las dos cámaras del Parlamento, el Bundestag y el Bundesrat (Cámara de Representación Territorial), decidieron solicitar su prohibición al Tribunal Constitucional. En 2003, el Gobierno rojiverde de Gerhard Schröder vio cómo fracasaba esa tentativa, al descubrirse que en la cúpula del partido había informantes de los servicios secretos y de la policía. Los jueces lo consideraron un grave fallo de procedimiento y, políticamente, fue un tremendo error. Se sospechaba que los propios topos infiltrados habían incitado a una parte de los actos en los que se basaba la petición de ilegalización. El Constitucional alemán no llegó a examinar si la ideología del NPD se ajustaba o no a la Ley Fundamental. La solicitud de prohibición acabó sobreseída.

Por su propio pasado, no es fácil que se ilegalice un partido en Alemania. Una de las características de los dos regímenes totalitarios en su territorio —el nazi y el comunista— fue la persecución y prohibición de los partidos y movimientos de la oposición. Para prohibir un partido político, hay que demostrar que persigue, “a juzgar por sus objetivos o por el comportamiento de sus miembros, dañar o eliminar el orden democrático de libertades o la existencia de la República Federal de Alemania”. Solo se han ilegalizado, hasta ahora, el partido sucesor del nacionalsocialista de Hitler, en 1952, y el comunista, en el 56.

Paradojas de la vida, el defensor del NPD ante el Tribunal Constitucional era Horst Mahler. Era entonces un ultraderechista, pero fue miembro de la organización terrorista ultraizquierdista Fracción del Ejército Rojo. Pasó varios años en la cárcel y es el mejor ejemplo de que el pensamiento totalitario no sabe de colores. Durante su proceso en los 70, su abogado fue el ministro del Interior, Otto Schily, y el canciller Schröder defendió su regreso a la abogacía en los 80; los mismos que defendían el Estado de derecho frente a su antiguo defendido y el NPD. Cuando le pregunté a Schily cómo se sentía, solo contestó que era uno de sus fracasos personales. Para él, con el trasfondo de la historia alemana, no se podía permitir que hubiese un partido que, entre otras cosas, organizaba el antisemitismo. “Es solo un argumento para su

prohibición, pero es muy importante".

Udo Voigt, con su característico halo de militarismo irredento y un peligroso carisma, no ocultaba su satisfacción. Había humillado a la coalición rojiverde en el proceso de ilegalización. Siguió con su discurso contra los extranjeros. En el Oeste no tenía futuro, pero vio su gran oportunidad en el Este. Poco a poco fue formando allí cuadros y dirigentes. Otro expresidente del partido, Udo Pastörs, lo explicaba así: "Naturalmente que el NPD ha sacado provecho. Aumentó sus votos cuando se extendió a los nuevos estados".

Voigt sabía centrar sus discursos en lo que preocupaba a los ciudadanos, como el paro: "Nosotros decimos que los empleos son, en primer lugar, para los alemanes. Ocho millones de extranjeros son más que suficientes, hay que parar la inmigración. Alemania no es un país de inmigración. Al mismo tiempo, tenemos que hacer una repatriación de los extranjeros, no se puede pretender que tengamos cinco millones de parados alemanes y ocho millones de extranjeros". No están muy alejadas estas palabras de las que ahora pronuncian miembros de la AfD, cuando hablan de "remigración". Estos ideólogos encontraron excelentes receptores de su mensaje radical en el Este. "Son los incendiarios intelectuales, los responsables de que los cabezas rapadas agredan a los extranjeros. Hay que combatirlos desde el Estado democrático", advertía Hasselbach, que sabía bien cómo funcionaba ese mundillo.

Los ideólogos y dirigentes de la extrema derecha utilizan un lenguaje ambiguo, para no acabar ante la justicia. Horst Mahler sabía muy bien cómo hacerlo: "Cuando viene un invitado, uno se alegra y se divierte con él, se intercambian pensamientos. Luego, el invitado vuelve al lugar de donde ha venido, a su país, no tiene ningún derecho a quedarse en el nuestro, ya que ha venido como invitado. No puede decir: me siento tan a gusto aquí que ahora este es mi país. Es, en realidad, un agresor, es una fuerza de ocupación", me respondió cuando le pregunté sobre la inmigración. A su lado, durante nuestra entrevista, estaba su perro, creo recordar que era un pastor alemán, grande, con cara de pocos amigos y que parecía aleccionado para lanzarte una mirada amenazante y un gruñido cada vez que hacías una pregunta que no era del agrado de su dueño. La situación imponía.

Los militantes del NPD marchaban por las calles siempre que podían. Entre ellos, solía estar el antiguo miembro del comité federal del partido, Steffen Hupka, un experimentado y peligroso neonazi, el contacto con cabezas rapadas y jóvenes neonazis potencialmente violentos. “Hay que enfrentarse a una posible prohibición de forma ofensiva. Esto es, tenemos que acudir a la opinión pública, exponer nuestra opinión, atacar a quienes están a favor de una prohibición del partido, ridiculizarles y, naturalmente, también con manifestaciones, en acciones públicas”, clamaba antes de que el tribunal de Karlsruhe tomase una decisión.

Otro de los habituales era Christian Worch. “Cada uno de ellos es un peligro porque maquilla las cosas de forma que penalmente no se les puede hacer nada. Christian, por ejemplo, a la cuestión de qué piensa usted sobre el Holocausto le va a decir que no puede responder por el Código Penal”, me dijo Ingo Hasselbach. Efectivamente, así respondió Worch cuando le pregunté: “Sobre el Holocausto no me puedo pronunciar por la situación legal en Alemania. Si uno tiene una opinión, que se desvía de la mayoritaria, está prohibido decirla”. En realidad, decía lo que pensaba, pero sin incurrir en un delito. Pasó varios años en la cárcel por instigación al odio racial. Una vez salió a la calle con una máscara con cara de burro y un cartel que rezaba: “Yo, burro de mí, sigo creyendo que los judíos fueron gaseados en las cámaras de gas”.

Prácticamente cada fin de semana había una manifestación ultraderechista en alguna ciudad. Los cachorros seguían con disciplina las consignas de los organizadores, era difícil prohibirlas si no usaban la violencia, pero las autoridades les ataban cada vez más corto. “Voy a leer las imposiciones que tenemos que respetar durante la manifestación: Las pancartas y pasquines no pueden atentar contra el orden constitucional, ni contra las leyes ni las normas, portar barras de metal u objetos peligrosos está prohibido, no está permitida la bandera de guerra del Reich”, advertía el organizador de una de ellas bajo el lema “Aquí marcha la juventud alemana”. Siempre solía haber contramanifestaciones al grito de “¡Nazis fuera!”. Hoy día, ocurre lo mismo.

El 7 de diciembre de 2015, el Tribunal Constitucional abría de nuevo un proceso para la ilegalización del NPD, esta vez a petición

de los 16 estados federados. El 17 de enero de 2017, rechazó de nuevo ilegalizarlo. Esta vez, sí entró en el contenido y reconoció su radicalismo y afinidad con el nacionalsocialismo, pero argumentó que su irrelevancia era cada vez mayor y no suponía un peligro para la democracia. Su prohibición habría sido, sin embargo, una señal de advertencia para otros grupos de extrema derecha, como Alternativa para Alemania. Los Gobiernos regionales y el federal se habían comprometido, ante el nuevo intento de prohibición, a retirar a los informantes y a abandonar su actividad para no incurrir en el mismo error de principios de siglo.

A algunas de sus agrupaciones se las relacionaba con incendios en albergues de refugiados y altercados violentos. Su mayor radicalización coincidió con la presidencia del partido de Udo Voigt. Este siempre aprovechaba el malestar social durante la crisis para arrimar el ascua a su sardina con declaraciones contra la inmigración: “Decimos que queremos sacar a los extranjeros del sistema social y del de pensiones. Naturalmente, pueden pedir que se les devuelva el dinero que han pagado hasta ahora. Esto serían, tras 30 años, unos 100.000-120.000 euros. Creo que cada turco que haya estado 20 o 30 años en Alemania y que pueda percibir esa cantidad de dinero, se sentirá feliz de volver a Turquía y construirse allí una nueva existencia. La palabra Gast (invitado) lleva implícito que no se puede quedar para siempre aquí, sino que, antes o después, volverá a casa”. Hacía referencia al hecho de que los inmigrantes turcos, españoles o italianos que llegaron a Alemania en los 60 y 70 lo hicieron como Gastarbeiter (trabajadores invitados) con contrato laboral.

A finales de 2015, el NPD contaba con representación en el Parlamento Regional de Mecklemburgo-Pomerania Occidental, uno de los estados más deprimidos del país, y con un europarlamentario en Bruselas, el propio Voigt. Solo consiguió un 1% de los votos, pero en las elecciones europeas de 2014 no hubo cláusula del 5% para que pudieran contar con representación. El partido nunca ha logrado, en unas generales, acercarse a ese porcentaje para estar en el Bundestag. En 2023, cambió su nombre por el de Patria.

Cem Özdemir, ministro de Alimentación y Agricultura en la Coalición Semáforo de Olaf Scholz, decía entonces que había que

conseguir que los partidos neonazis no tuviesen cabida en el país y fuesen considerados apestados sociales. Daniel Cohn Bendit, el Dani el Rojo del Mayo del 68 francés, afirmaba que era preocupante y dramático que en Alemania hubiese grupos neonazis.

Deutsche Volksunion (DVU)

La Deutsche Volksunion (Unión Popular Alemana) fue fundada, como asociación, en 1971. Se convirtió en partido político el 5 de marzo de 1987. En la década de los 90 logró algunos éxitos importantes. Su fundador fue el editor Gerhard Frey que ejerció como presidente, como líder autoritario y como caudillo desde su creación hasta su retirada en 2009. Era también su principal financiador y se llegó a llamar a la formación Partido Frey. En una ocasión, comentó: "De hecho, desde la fundación de la República Federal de Alemania, soy el único presidente que financia su partido". Pretendía ser un refugio para miembros decepcionados del NPD que, tras sus éxitos electorales en los 60, perdía votos constantemente. El partido acabó disolviéndose en 2011, tras fusionarse, paradójicamente, con su rival, el NPD.

Heredero de una gran fortuna, Frey dirigió también un imperio editorial. Mantuvo estrechos contactos con ultraderechistas de Europa, como el británico David Irving —negacionista del Holocausto—, el francés Jean-Marie Le Pen —del Frente Nacional— o el político ruso Vladimir Zhirinovsky. Trabajó como autor independiente para el Deutsche Soldaten-Zeitung (DSZ), fundado por antiguos oficiales de las SS y de la Wehrmacht con apoyo estadounidense. Dirigido a antiguos soldados, su línea era nacionalista, militarista y antisoviética. Abogaba por el rearme de Alemania y por la entrada en la OTAN. Publicaba artículos revisionistas y antisemitas. Frey terminó comprando la publicación y la convirtió en el órgano de prensa no oficial del partido con el nombre de Deutsche National-Zeitung. A partir de 1963, fue el semanario ultraderechista de mayor tirada.

Frey manejaba el partido con mano de hierro, decidía sobre sus miembros, sobre la política y sobre los candidatos en las elecciones. Sus miembros, en su mayoría, eran de mediana edad o mayores, los jóvenes eran minoría. La captación de seguidores se realizaba,

principalmente, a través del National-Zeitung. En gran medida, su electorado lo componían votantes de protesta contra los partidos gobernantes. Como es de imaginar, con ese autoritarismo, no había ni pluralismo interno ni contradicciones políticas.

La DVU era nacionalista, racista, antisemita, antiliberal, antidemocrática y revisionista. Se movía entre la trivialización y la glorificación del nacionalsocialismo. La inmigración era uno de sus temas centrales. En su manifiesto, pedía "limitar la proporción de extranjeros, detener su creciente afluencia, acelerar los procedimientos de asilo y expulsar a los criminales extranjeros". Como se ve, lemas que ahora proclaman la AfD y otras formaciones. Utilizaba también declaraciones apaciguadoras como: "El hecho de que las personas realmente perseguidas políticamente estén protegidas corresponde a nuestro concepto de dignidad humana" o "Lamentamos profundamente la injusticia nacionalsocialista y comunista y queremos asegurarnos de que tales crímenes no se repitan nunca". Pero no reconocía esos crímenes por completo. Recordaba que las potencias vencedoras también cometieron graves crímenes de guerra y exigía un mayor respeto por los soldados alemanes. La DVU estaba en contra de la construcción de nuevos monumentos conmemorativos del Holocausto.

En noviembre de 1992, aprobó una resolución para distanciarse de partidos y asociaciones neonazis. Pero, a la vez, unos años más tarde, en 2004, se aliaría con el NPD, paraguas de neonazis y cabezas rapadas. Fue considerada una de las formaciones de extrema derecha más grandes de Alemania, pero, a pesar del número relativamente elevado de miembros y de recursos financieros considerables, fue un partido marginal. En 1998, tras una costosa campaña electoral, obtuvo el 12,9% de votos en Sajonia-Anhalt, su mejor resultado y también el de un partido de extrema derecha hasta ese momento. El trabajo parlamentario de sus representantes reveló, a menudo, lagunas en sus conocimientos.

Durante las campañas electorales, la formación intentaba atraer a personas con pocos recursos económicos. Uno de sus eslóganes era "¡No más extranjeros!". Los servicios secretos internos describían así su programa: "En el centro de la orientación anticonstitucional del partido se encuentra un nacionalismo exagerado que absolutiza los

intereses alemanes, se manifiesta en patrones xenófobos y antisemitas de agitación, así como en un revisionismo integral. Los extranjeros y los judíos son desacreditados en todos los ámbitos y sirven al partido como espantajos antialemanes".

Fue calificada como extremista de derecha y puesta bajo vigilancia. Su estrategia era presentarse solo a elecciones con opciones de entrar en el Parlamento respectivo. Al final, lo consiguió en nueve Parlamentos regionales. En la conferencia del partido de 2009, Frey no se presentó a la presidencia. Su sucesor fue el director de la organización, Matthias Faust. A partir de 2005 y hasta 2009, hubo una alianza con el NPD, denominada Deutschlandpakt (Pacto por Alemania). Se acordó no competir entre ellos e incluir candidatos del otro partido en las listas electorales. Tras la retirada de Frey, se intensificó la cooperación y se decidió la fusión de ambos partidos. Se firmó el 29 de diciembre de 2010. La DVU se disolvió un año después.

La Derecha (Die Rechte)

La Derecha busca ser el punto de encuentro de los nacionalistas para sumar fuerzas, en caso de una prohibición del NPD. Su fundador y líder es el conocido militante de extrema derecha Christian Worch. Creó el partido en 2012, junto a antiguos funcionarios de la DVU. Worch estuvo afiliado al NPD y actuó de enlace con la escena neonazi extraparlamentaria. Se opuso con firmeza a la fusión del NPD con la DVU y fundó Die Rechte (DR) en 2012, un año antes del nacimiento de Alternativa para Alemania.

Con el nuevo partido, la lucha por los votos era cada vez más feroz. Worch reclutaba a sus seguidores principalmente entre los jóvenes de extrema derecha más dispuestos a la acción, de las llamadas "hermandades" y de grupos neonazis. "Existe preocupación de que los neonazis quieran utilizar la organización del partido para poner en práctica su idea de acción y violencia", dijo Hans Georg Maaßen, presidente de la Oficina para la Protección de la Constitución[17]. Esta evolución es vigilada por las autoridades. En Dortmund, extremistas de derecha marcharon al estilo nazi y publicaron obituarios falsos con nombres de periodistas críticos. Los neonazis de Sajonia enviaban a un periódico judío falsos billetes con la etiqueta "de Alemania a Israel", animando a los judíos a irse. Ambos grupos, organizados y agresivos, pertenecían a La Derecha.

El partido se construyó en parte sobre las ruinas de la DVU. Su programa aboga por: la preservación de la identidad alemana, la protección de la lengua alemana, la prohibición de la publicidad en lenguas extranjeras, la supresión de la americanización, la abolición de la tolerancia con los extranjeros, la agilización de los procedimientos de asilo, la deportación si la solicitud de asilo es rechazada o el motivo de asilo ya no es válido, la deportación de los delincuentes extranjeros y la protección de las personas contra las agresiones. Gran parte de esos principios fueron adoptados de la DVU, incluida la cínica afirmación de que el partido está

plenamente comprometido con la Constitución.

Christian Worch lleva ya más de 40 años activo en la escena neonazi y ha sido miembro de varias organizaciones prohibidas. Está considerado un ególatra y un agitador agresivo. “Worch es uno de los estrategas radicales neonazis más importantes de Alemania”, explica Hajo Funke. Abrió su partido a todo el espectro de la ultraderecha para perjudicar al NPD. Quiere ganar votos con temas como la lucha contra la islamización. Es un viejo conocido de las manifestaciones neonazis, recuerdo haberlo visto en todas las que cubrí como periodista. Tiene antecedentes penales, con varias condenas. No oculta su orgullo por sus antepasados. Su abuela, según él, en una ocasión, ayudó a huir al criminal de las SS Klaus Barbie, el “carnicero de Lyon”. Su abuelo era miembro del partido nazi, su padre estuvo en las SS. Mein Kampf de Adolf Hitler estaba en la estantería de su madre. Dice que leyó solo 120 páginas porque Hitler tampoco leía los libros enteros. Polémico y controvertido, algunos le admiran por sus muchos años de activismo, otros le consideran un alborotador que solo busca autopromocionarse. Solo hay una cosa en la que todos están de acuerdo: Worch es un neonazi radical que difícilmente logrará ganarse a los derechistas más moderados.

Vive en Parchim, en el estado germanooriental de Mecklemburgo-Pomerania Occidental, aunque procede de Hamburgo, en el oeste. Sus provocaciones son publicidad gratuita para su partido. Es conocido por sermonear a los policías en las concentraciones con párrafos de la Ley de Asambleas, que puede recitar de memoria. Es un activista a tiempo completo. No hay ningún neonazi en el país que haya organizado tantas marchas como él en los últimos años. Habla con energía y seguridad. Explica el mundo desde la perspectiva de un ultraderechista convencido.

Die Republikaner (REP)

El partido Die Republikaner, Los Republicanos, fue fundado, en 1983, en Baviera, por antiguos miembros de la Unión Socialcristiana (CSU), el hermano bávaro de los conservadores de la CDU. Fue su respuesta a la concesión por el ministro presidente de Baviera, Franz Josef Strauß, de un préstamo de 1.000 millones de euros a la RDA. Querían ser una alternativa a la derecha de la CDU/CSU. "Somos la nueva fuerza que restaurará la limpieza y el orden en Alemania", clamaron los diputados de la CSU Franz Handlos y Ekkehard Voigt al fundar, junto al publicista Franz Schönhuber, Los Republicanos, en Múnich. Lo habían planeado como una protesta contra Strauß y atrajo rápidamente a cientos de simpatizantes de los dos partidos. Schönhuber había sido redactor jefe de la radiotelevisión pública bávara Bayerischer Rundfunk hasta que, en 1982, confesó, en el libro Ich war dabei (Estuve allí), que había pertenecido a las SS. Fue despedido. Se convirtió en vicepresidente del partido e impuso su línea de derecha más radical. En 1985, fue elegido presidente y añadió su sello nacionalista. Gracias a su carisma, el partido logró avanzar. Para el politólogo Christoph Butterwegge, Los Republicanos "pudieron abrir puertas para que la extrema derecha volviera a ser respetable y aceptable en el Parlamento, ese fue el gran mérito de Los Republicanos y también de su presidente Franz Schönhuber"[18].

Fue vigilado por los servicios secretos internos de 1992 a 2006. Logró importantes éxitos políticos. Franz Schönhuber centró su labor política y estratégica en entrar en el Parlamento Federal. No lo consiguió. Se definía como social, patriótico y ecológico. Su Manifiesto de Siegburg, en 1985, y el Programa de Bremerhaven, en 1987, muestran una radicalización en sus contenidos. Se lamentaban de que "la cultura intelectual y política hubiese sido descuidada", mientras que "la propaganda de guerra de las potencias vencedoras ha pasado a nuestros libros de historia".

Los Republicanos critican la monopolización del poder político por unos pocos partidos y la influencia de la burocracia europea y de las grandes corporaciones internacionales. En materia de seguridad, son partidarios de la ley y el orden y de un endurecimiento del sistema penal. Condenan con firmeza la alienación cultural, así como la idea de una sociedad multicultural. Piden la abolición del derecho básico de asilo, la promulgación de una ley de prevención de la inmigración y ayudas al retorno para extranjeros desempleados y deportaciones. Ganaron adeptos con esa mezcla de nacionalismo, xenofobia y temores, como que los extranjeros quitan el trabajo a los alemanes: "No queremos que los solicitantes de asilo económico, y ahora son el 97%, inunden este país y traigan todo lo que no queremos, desde drogas hasta holgazanería y robos".

La protección de la cultura occidental cristiana se formula como un objetivo político urgente. Su política exterior se centra en la salida del euro y en dar prioridad a los intereses nacionales. Su lema es el patriotismo democrático, como garante de la libertad, la democracia y la justicia social. Esa nueva derecha de Schönhuber domina el repertorio de distanciarse del nacionalsocialismo mejor que sus competidores de la extrema derecha, viste sus tópicos con ropajes contemporáneos, presenta su nacionalismo como "democráticamente purificado" y se disfraza de acatamiento constitucional[19].

Todo lo que se opone a su unidad e intereses es atacado como expresión de caos y muerte. La cuestión de la identidad nacional es prioritaria. Significa la reivindicación de la autodeterminación nacional y la restauración del Reich alemán. La superpoblación de extranjeros y la mezcla racial la amenazan. Su ideario indica que hay que preservar al pueblo alemán, su salud y su hábitat ecológico. Alemania no debe convertirse en un país de inmigración. Reconocen la necesidad económica de emplear a trabajadores extranjeros y, por tanto, favorecen una estrategia según la cual se les puede negar la residencia en cualquier momento, si es necesario económica o políticamente.

Intentan evitar la imagen negativa de extrema derecha. Se quieren distinguir de formaciones como la DVU o el NPD. No tiene votantes de base y son incapaces de hacer campaña debido a su reducido

número de afiliados. Se clasifica como conservador de derechas, populista de derechas o extremista de derechas. Siempre ha habido una lucha interna por la dirección entre la extrema derecha y los conservadores nacionalistas.

Ponen énfasis en la seguridad interior para atraer a policías, militares y guardias de fronteras. Se ocupan de los problemas sociales de los más pobres, de las personas mayores, de los agricultores y de los pequeños autónomos y artesanos. Explotan sin vacilar los sentimientos de desventaja social. Esta estrategia también sirve para protegerse de la acusación de ser un partido meramente de extrema derecha. Existe un potencial de votantes descontentos, desfavorecidos y socialmente más débiles que, de otro modo, podrían inclinarse más hacia el SPD. El partido intenta disimular que no tiene ningún programa de política social. Defiende, además, una revisión del catálogo de prestaciones del estado de bienestar. Sus votantes y afiliados se concentran en el sur de Alemania, sobre todo en Baviera.

Su electorado no eran los desempleados y los socialmente desfavorecidos, sino los que gozaban de cierta seguridad material y tenían miedo de perder su estatus. En 1994, Schönhuber dejó la presidencia del partido, que pasó a Rolf Schlierer, aunque este no tenía su carisma ni su capacidad de atraer la atención pública. Ni él ni los otros presidentes que le siguieron han conseguido devolver al partido a un papel importante.

Logró sus mayores éxitos electorales en 1989, cuando entró en el Parlamento Regional de Berlín, con un 7,5%, y en el europeo, con un 7,1%. En 1992 y 1996, en las elecciones de Baden-Württemberg, obtuvo un 10,9% y un 9,1%. No consiguió entrar en el Bundestag ni en el Parlamento de Baviera. Desde las elecciones de 2017 de Renania del Norte-Westfalia, su única participación ha sido, en 2021, en las regionales de Berlín y solo ha obtenido representación a nivel municipal. Su importancia política es ya solo marginal.

La crisis de principios de siglo

En 1995, entró en vigor el Pacto de Solidaridad con el Este, que concluía en 2004 pero que se fue ampliando por los problemas y las diferencias que han continuado. Ha habido que bombear dinero al Este sin parar. La reunificación se ha financiado a base de endeudamiento y de ingentes transferencias. No se quiso ver, o no se quiso reconocer, la enorme brecha interna en renta, empleo y productividad y lo mucho que iba a costar cerrarla. Wolfgang Scheremet, del Instituto de Investigación Económica, me describía así la situación: "Había una diferencia en competitividad y productividad, la economía del Este tenía una diferencia de productividad de entre el 30 y el 40 por ciento respecto al Oeste". Por eso, los salarios debían ser más bajos; de lo contrario, las empresas no hubiesen podido colocar sus productos en el mercado mundial y el desempleo hubiese sido mayor.

Con el comienzo del siglo, se hicieron patentes los efectos negativos de la reunificación. Se entró en recesión y estalló una grave crisis económica y social, la primera de la nueva Alemania. Entre los costes de la reunificación, las consecuencias de la globalización y las altas prestaciones sociales del estado de bienestar, el país estaba al borde del precipicio. Se adoptaron medidas de austeridad y reformas con el plan de choque llamado Agenda 2010. A pesar de los recortes, el sistema de bienestar social sigue por encima del de la mayoría de países europeos. Pero la brecha entre ricos y pobres ha aumentado, al igual que los llamados minijobs (trabajos más precarios, temporales y a tiempo parcial). La pobreza es más grave en el Este.

Eso contribuyó también al peligro del fortalecimiento de los pequeños partidos nacionalistas. La participación electoral bajó, la extrema derecha subió en el Este. Después de varias derrotas regionales y mínimos históricos para su partido, el canciller socialdemócrata Gerhard Schröder convocó elecciones anticipadas

en 2005. Perdieron el poder. En los estados del Este se confirmó lo que venía temiéndose; seguía siendo singular y cada vez más radical, incluso 15 años después de la reunificación. Más de un tercio de los electores no votaron a los grandes partidos y subieron la ultraderecha y los excomunistas. Angela Merkel se convirtió en la primera mujer canciller de Alemania. Otto Schily me comentó entonces: "Que ocupe la cancillería una mujer que viene del Este es un signo de que la reunificación ha tenido éxito". Y era así políticamente, pero no socialmente. Quedaba camino por andar. Merkel tampoco quiso desempeñar el rol —más bien huyó de él— de representar al Este.

El PDS de Gregor Gysi se convirtió en 2007 en Die Linke (La Izquierda) al fusionarse con el partido Alternativa Electoral-Trabajo y Justicia Social (WASG) que había creado Oskar Lafontaine, tras abandonar el Gobierno rojiverde, entre otras cosas por estar en contra de las drásticas reformas. El PDS tenía su caladero de votos en la zona oriental, en el desencanto y el descontento de los perdedores de la reunificación, sobre todo en zonas poco industrializadas y deprimidas, con poca densidad demográfica y una población mayor. Criticaban al capitalismo, a la Unión Europea y al Gobierno. Nunca han tenido gran relevancia en el Oeste. Algunos jóvenes, en el Este, consideraban a Die Linke demasiado blando; querían políticas más radicales y, como no las contemplaba, acababan en grupos neonazis.

En el espacio de la izquierda se situó también el Partido Pirata de Alemania, fundado en 2006. Al principio, levantó una gran expectación. Durante unos pocos años restó votos a los socialdemócratas. Fue perdiendo fuelle tras llegar a contar con un europarlamentario y representación en los Parlamentos de tres estados federados. Nunca consiguió estar en el Bundestag. Se definía como antifascista, liberal de izquierdas, progresista y en contra de la corrupción.

Era patente que se votaba de forma distinta en el Oeste y en el Este. En la zona oriental, La Izquierda tenía buen predicamento, los partidos de extrema derecha tenían su caladero de votos y la violencia neonazi seguía activa. La crisis financiera y la del euro iban a provocar la aparición de un nuevo partido, en principio

euroescéptico, pero que acabará siendo de extrema derecha y desafiará al Estado de derecho. Su nombre, Alternativa para Alemania.

Capítulo 4

El surgimiento de la AfD

Hasta que Alternativa para Alemania no entró en el Bundestag, los resultados electorales de los partidos de extrema derecha a nivel federal habían sido marginales, desde 1969. La crisis financiera y la del euro iban a ser definitivas para el nacimiento de una nueva fuerza de extrema derecha en Alemania que iba a revolucionar el panorama político. La AfD llegó para quedarse. Cuando se fundó, el espectro de partidos de extrema derecha estaba muy fragmentado. Por primera vez en la historia de la República Federal de Alemania, un partido a la derecha del sistema ha logrado establecerse en todo el país. Tras la disminución de la primera ola de extremismo de derechas a principios de la década de 1950 y de la segunda ola a finales de la década de 1960, a principios de la década de 1980 se produjo una tercera ola que aún no ha cesado. Pero ninguna consiguió ir más allá de éxitos electorales municipales y regionales. El mejor resultado de un partido de extrema derecha en las elecciones al Bundestag lo obtuvo el NPD en 1969, con un 4,3%. No fue superado hasta 2013 por la AfD.

El nacimiento de Alternativa para Alemania

La AfD nace de una especie de escisión de descontentos dentro de la CDU. De hecho, el partido había sido el hogar político de Bernd Lucke, el profesor de Economía de la Universidad de Hamburgo que fue su principal fundador. Lucke se afilió a la Junge Union (las juventudes de la CDU), a los 14 años. Dejó el partido en 2011, tras 33 años, en protesta por la política de rescate del euro. Siempre ha mantenido que no fue él quien abandonó el partido, sino el partido quien le abandonó a él. Ya antes había reunido a euroescépticos afines fuera del partido en una "asamblea de economistas". Más de 300 profesores se unieron para criticar la gestión del gobierno. A mediados de 2012, en ese contexto, se forma la alianza Bündnis Bürgerwille (Alianza Voluntad Ciudadana), un movimiento de coalición no partidista contra la política del euro, que incluía a varios políticos de la CDU/CSU y del FDP junto a quienes después serían dirigentes de la AfD, como el propio Lucke, el expresidente de la Federación de la Industria Hans-Olaf Henkel o la impulsora de la plataforma de internet fundamentalista cristiana Coalición Civil, Beatrix von Storch.

Cuando Lucke vio que no era capaz de impedir una mayor integración fiscal europea, decidió lanzar Alternativa, en 2013. Con él estaban ya Konrad Adam y Alexander Gauland, que también provenía de la CDU. Los fundadores y padres intelectuales de la AfD fueron en su mayoría hombres maduros, con buena educación, anclados en el pensamiento económico conservador y procedentes del Oeste. Por ello, a su grupo se le conocía también como "el partido de los profesores". Había una mujer, una estrella en ascenso, Frauke Petry, nacida en el Este, pero que se trasladó de adolescente, a finales de 1989, con sus padres, al Oeste, donde continuó su educación y formación[20].

Alternativa para Alemania se funda el 6 de febrero de 2013, en Oberursel, en el oeste del país. Nace como un partido populista de

derecha, antieuro, euroescéptico y liberal, en lo económico, y conservador, en lo político. Surge en el contexto de la crisis del euro, a raíz de los problemas de los mercados financieros internacionales. La AfD considera un fracaso la gestión de la Unión Europea y de sus miembros. Al principio, se perfila como una fuerza crítica con el euro y contraria a la política europea del Gobierno de Berlín. De hecho, su nombre responde a las declaraciones de la entonces canciller alemana Angela Merkel, defendiendo que no había alternativa al paquete de rescate financiero para la endeudada Grecia. El nuevo partido pretendía ofrecer una alternativa a la de Merkel. "A principios del 2013, se fundó un nuevo partido llamado Alternativa para Alemania. Obviamente, en la elección del nombre influyó el hecho de que durante la crisis financiera y del euro, yo hubiera utilizado las palabras 'no existe alternativa'. Los fundadores del partido rechazaban la política de mi gobierno de estabilizar el euro. En cambio, yo estaba orgullosa de haber conseguido salvar el euro; no por nada había afirmado: 'Si fracasa el euro, fracasará Europa'"[21], recuerda Merkel en sus memorias.

En su congreso fundacional, celebrado el 14 de abril de 2013 en Berlín, ya quedan claros los temas sobre los que centrarán su programa: en primer lugar, la abolición del euro y la política europea y después la ley de asilo, la inmigración o el islam. Bernd Lucke la califica de una nueva tendencia para "romper la camisa de fuerza de los viejos partidos osificados y desgastados". Se muestra indignado, ante 1.500 simpatizantes, con un Gobierno que defiende que no hay alternativa a sus políticas. "Queremos decirle al Gobierno: ya está aquí la alternativa, Alternativa para Alemania".

Se respiraba optimismo y había unión, aunque esta duraría poco. Pretendía ser un nuevo tipo de partido, del centro de la sociedad, ni de izquierdas ni de derechas. Todo ello fue muy difícil de defender. Ya entre el público se vio, por ejemplo, a un patriota de edad avanzada con una camisa marrón ondeando con energía una bandera alemana. Para más inri, el NPD, que veía peligrar su parroquia, celebró un mitin al mismo tiempo en la misma calle y con eslóganes muy similares: "¡Fuera el euro! Solo hay una alternativa: ¡el NPD!"[22]. Un trío iba a dirigir el partido: el economista Bernd Lucke, la química y empresaria Frauke Petry y el

publicista y periodista Konrad Adam.

“Mut zur Wahrheit!” (“¡Coraje para decir la verdad!”) era el lema que presidía su página web en sus primeros pasos, una clara declaración de intenciones. Ellos dirían la verdad que los demás partidos no se atrevían a decir. Valor por Alemania, ciudadanos libres, no vasallos, familia tradicional y democracia directa iban a ser palabras que se iban a escuchar con frecuencia a sus dirigentes. Se definían como liberales/libertarios, conservadores y demócratas convencidos. Su objetivo era reformar Alemania y retornar a los principios que condujeron a su milagro económico. Es necesario, por tanto, acabar con la cesión de soberanía a la Unión Europea, proteger las fronteras, salir del euro y evitar la islamización.

Su fin primigenio era la desaparición del euro, como decía Lucke, que representaba el ala más economicista, liberal y moderada, y tenía mayor presencia mediática: “La disolución de la zona euro en su forma actual es una demanda central de la AfD. La introducción del euro fue un error histórico que debe corregirse ya. Que el euro fracase no significa que fracase Europa”. El rescate a Grecia fue también el inicio de su primer anuncio electoral para los comicios de 2013. En este, aparece un hombre con la camisa desabrochada y gafas de sol en el pelo que está de pie en el puente de una autopista y se dice: “¿Te has preguntado alguna vez por qué todo nuestro dinero va a Grecia y no a nuestras carreteras y puentes rotos?”[23].

En el Este de Alemania podían verse también carteles que jugaban con el miedo de la gente al declive social: “No somos la oficina mundial del bienestar” era uno de los mensajes; “El euro divide Europa” era otro. La AfD obtuvo en esos comicios un 4,7% y se quedó a las puertas del Bundestag. Tampoco consiguió entrar en el Parlamento de Hesse, el estado federado donde también se celebraron elecciones ese año. Pero sí triunfó en las europeas de mayo de 2014: consiguió un 7,1%. Lucke encabezó la lista y sacaron siete diputados al Parlamento Europeo. Fueron incluidos en el grupo de los Conservadores y Reformistas Europeos (CRE), compuesto en su mayoría por representantes de los conservadores británicos. Alemania envió por primera vez a Estrasburgo a siete euroescépticos de la UE, entre ellos el propio Lucke.

La disolución controlada de la unión monetaria siguió siendo el

centro de su campaña. Pero ya no era un partido monotemático. Por un lado, integró la crítica al euro en un programa fuertemente liberal de mercado. Por otro lado, formuló posiciones conservadoras o restrictivas en materia de política familiar, de género y de inmigración, vinculando el conflicto económico y cultural a su rechazo a la inmigración irregular.

El partido, que se presentaba como de intelectuales y con sentido crítico, pronto empezó a caer en una profunda guerra de trincheras. En enero de 2014, Lucke había sido elegido candidato principal para las elecciones europeas en la conferencia del partido celebrada en Aschaffenburg. En su discurso, no se centró solo en la salida de la eurozona, sino en la inmigración irregular. El cambio de rumbo se expresó también en un nuevo eslogan para la campaña electoral europea: “Valor para Alemania”. Tras las disputas internas surgieron dos bandos cada vez más irreconciliables: los liberales económicos y contrarios al euro, de Bernd Lucke, y los conservadores nacionales, de Frauke Petry. La dirección intentó cerrar filas. “Solo podemos ganar si nos mantenemos unidos”, advirtió Lucke, que quería un “partido popular del sentido común” e intentaba el equilibrio entre el profesor de economía y el populista. Sin embargo, las bases rechazaron su idea.

En el verano de 2014, cuando Lucke organizaba su traslado a Bruselas, el centro de poder de la formación se desplazó al Este ya que se acercaban las elecciones en estados orientales. La asociación de Sajonia, con su líder Frauke Petry a la cabeza, colocó carteles por todo el estado federado: “Fronteras seguras en lugar de delincuencia sin fronteras”. En Brandeburgo, el candidato principal, Alexander Gauland, se centró también en los refugiados y la inmigración. Pidió que los solicitantes de asilo rechazados fueran deportados con mayor rapidez. Para convertir a la AfD en una “auténtica alternativa”, Björn Höcke, que acabará siendo el hombre fuerte del partido aunque no lo lidere, y André Poggenburg, entonces líder de la formación en Sajonia-Anhalt, pusieron en marcha la Resolución de Erfurt. Fue presentada por Höcke en la Conferencia de Turingia, el 14 de marzo de 2015, y aprobada. Será el documento fundacional del movimiento interno El Ala, que se había formado poco antes en torno a Höcke. En realidad, su mensaje era un ataque frontal contra Lucke y pretendía iniciar su

destitución como líder del partido. “Los ciudadanos nos votaron porque esperan que seamos diferentes de los partidos establecidos: más democráticos, más patrióticos, más valientes. Sin embargo, en lugar de ofrecer la alternativa que prometimos, nos estamos adaptando cada vez más, sin necesidad, a la política establecida: la tecnocracia, la cobardía y la traición a los intereses de nuestro país”[24].

El grupo liberal en torno a Lucke respondió rápidamente con la “Resolución Alemania” para evitar una AfD “de eslóganes planos y tonos estridentes”. Fundó la asociación Weckruf 2015 (Toque de Atención 2015) como contrapartida a El Ala de Höcke, con el fin de agrupar a los miembros moderados y enviar una señal contra las tendencias nacionalistas de derechas en el partido. En su discurso en el Congreso de Essen, en julio de 2015, fue muy claro: “La intolerancia, la xenofobia y el radicalismo de derechas deben tener tan poca cabida como las ideas radicales de izquierdas, antioccidentales y anticapitalistas”. Su final estaba ya sellado, el giro hacia más derecha y más nacionalismo se iba a consumar.

Como recuerda Franziska Schreiber, antigua colaboradora de Frauke Petry y que abandonó el partido, eso también tenía que ver con que “la AfD se desarrolló de forma diferente en el Este y en el Oeste. Los votantes del Este se inclinaron más rápida y radicalmente hacia el nacionalismo ante el debate sobre el islam y los refugiados, así que el deseo de aislamiento se hizo sentir en mucha más gente que en el Oeste, donde la gente había estado en contacto con los llamados trabajadores extranjeros durante más de 50 años, incluso con musulmanes de Turquía. Y así, Petry, el rostro del Este, tuvo que hacer frente a expectativas cada vez más radicales, mientras que Bernd Lucke gustaba a los miembros más liberales del Oeste y, por lo tanto, tuvo que limitarse en cuanto a temas. Lucke se quedó dormido en el momento en que el estado de ánimo de la base cambió en toda Alemania. El partido se le escapó. La deriva derechista permanente de la AfD había comenzado pocos meses después de su fundación en 2013”[25].

Alguien propuso a Höcke para el Comité Ejecutivo Federal en Essen, pero este dijo con calma y firmeza: “Todavía no”. La dirección del partido, compuesta en su mayoría por representantes moderados,

perdió el apoyo de los funcionarios y miembros. Lucke fue derrotado. Se eligió a dos copresidentes (se les llamaba y llama portavoces): Frauke Petry y el economista Jörg Meuthen, si bien era Petry quien llevaba la batuta. Este cambio suponía el triunfo del ala más derechista y nacionalista, que pasó a centrarse en la inmigración, el islam y el fortalecimiento de los lazos con Rusia, en línea con otros partidos de la extrema derecha europea o del movimiento Pegida, en el que encontró una fuente importante de apoyo.

Lucke mantuvo la compostura, pero su decepción por el resultado electoral era evidente. En una entrevista con el canal de televisión Phoenix dijo que llevaba mucho tiempo preocupado por la evolución del partido. No quería que se le asociara con ese tipo de política. Pocos días después, anunció su dimisión. Ya no veía a la AfD como una oportunidad para defender sus objetivos políticos. En el Congreso de Essen se allanó el camino hacia un partido racista contrario a la inmigración y que no conoce límites en su radicalización contra la democracia liberal. En el partido empezaron a extenderse cada vez más opiniones islamófobas y xenófobas.

Lucke también admitió errores, como reconocer demasiado tarde hasta qué punto se estaban abriendo paso en el partido miembros que querían transformar la AfD “en un partido de protesta y de ciudadanos enfadados”. La AfD había caído, según él, de forma irremediable, en las manos equivocadas. “Los miembros sensatos están abandonando el partido en cifras de cuatro dígitos”, dijo Lucke, “yo me uno a ellos”. A finales de agosto, alrededor de una quinta parte de los 21.000 miembros que tenía el partido lo habían dejado, entre ellos la mayoría de los protagonistas del ala liberal económica. Es paradójico que ninguno de los tres, ni Lucke, ni Petry, ni Adam, pertenezcan ya al partido y lo acabasen abandonando por el cada vez más fuerte giro a la derecha que se fue produciendo. Hubo grandes controversias internas debido a diferencias ideológicas y estratégicas, pero también a intereses políticos y personales. La incorporación y la influencia de miembros de extrema derecha hicieron que los conservadores moderados acabaran perdiendo el poder.

Ya en 2010 se había insinuado, con el llamado debate Sarrazin, que la cuestión de la inmigración sería el caldo de cultivo ideal para un partido populista de derechas. La controversia surgió a raíz de la publicación, en agosto de ese año, del libro Deutschland schafft sich ab (Alemania se autodestruye) de Thilo Sarrazin, economista y entonces miembro del partido socialdemócrata. Sarrazin abogaba por una política de inmigración restrictiva y señalaba a los inmigrantes musulmanes como reacios a la integración.

Cuanto más se alejaba el debate público del euro, más se perfilaba la crítica a la inmigración como nuevo tema central de la AfD y más se desplazaba el partido del liberalismo económico al conservadurismo nacional. El giro a la derecha se vio favorecido por el éxito en las elecciones regionales de Turingia, Sajonia y Brandeburgo, a finales del verano de 2014. Las asociaciones regionales de estos estados federados lo interpretaron como una confirmación de su línea de superar el rumbo liberal en favor de una plataforma populista de derechas más amplia. En los estados del Este, la AfD siempre ha sido más fuerte y radical que en los del Oeste. También la violencia de extrema derecha es allí más frecuente. Sin embargo, los agitadores de la AfD, Alexander Gauland y Björn Höcke, tan exitosos en Alemania Oriental, son alemanes occidentales.

La AfD logró entrar también en los Parlamentos regionales de Hamburgo y Bremen en enero y mayo de 2015, respectivamente, pero las disputas internas del partido hicieron que sus resultados a nivel nacional bajasen. Además, la exigencia de salir de la Unión Europea, el “Dexit”, funcionó mientras la población tendió a un cierto euroescepticismo durante la crisis del euro, pero disminuyó cuando los efectos secundarios de esos problemas perdieron relevancia en los medios y en la opinión pública. La AfD bajó en intención de voto e incluso se situó por debajo del 5%. Algunos analistas pensaron de forma prematura que se iba a convertir en un simple fenómeno histórico, pero se equivocaron. Otra crisis, esta vez la de los refugiados, en septiembre de 2015, iba a dar alas al partido.

Pegida, Patriotas Europeos

contra la Islamización de Occidente

La crisis de los refugiados también benefició al movimiento de extrema derecha Pegida. Nació el 14 de noviembre 2014, en Dresde, en el Este. Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente estaba presidido por Lutz Bachmann, originario de la ciudad. Bachmann había sido condenado por robo, tráfico de drogas, asalto y allanamiento. A partir de 2016, también por incitación al odio, acusado por sus publicaciones racistas en Facebook, en las que menospreciaba a los solicitantes de asilo diciendo que eran "ganado", "escoria asquerosa" y "vividores". Llamó a los refugiados africanos "bandas de violadores" y "rebanacuellos". Además, salió a la luz una foto suya posando como Adolf Hitler. Debido a las constantes polémicas, y a los diferentes procesos penales que se abrieron contra él, Bachmann borró su perfil de Facebook. Ha tenido varios procesos por lo mismo. Las posiciones de Bachmann fueron calificadas como xenófobas y populistas de derechas. A principios de 2016, Bachmann apareció con una camiseta que decía "Rapefugees not welcome-Stay Away" (Los refugiados que violan no son bienvenidos. Manteneos alejados). Planeaba venderlas en una manifestación. Actualmente, tiene su residencia en Adeje, Tenerife, pero fue declarada persona non grata por el Cabildo.

El 12 de enero de 2015, Pegida congregó a 25.000 personas en Dresde. Fue su momento. Se manifestaron pacíficamente contra la creciente inmigración de musulmanes a Alemania. Todos los partidos establecidos trataron a Pegida con desprecio, sarcasmo y con la sospecha de que era, en realidad, un subgrupo del NPD. Representó el rechazo total a las élites de los medios de comunicación y de la política. "Somos el pueblo" coreaban los manifestantes, queriendo emular las protestas de 1989 que acabaron con el régimen comunista. Que Pegida se estableciera en

Dresde se debió a circunstancias locales especiales: en casi ningún otro estado federado la cultura política es tan conservadora y los ciudadanos están tan alejados de la política. Además de la magnificencia barroca, en el aniversario del bombardeo de la ciudad en la Segunda Guerra Mundial, acuden a desfilar nazis y neonazis de toda Europa. Esto sirvió también a Pegida de caja de resonancia

Fue sobre todo un fenómeno de Alemania Oriental, de Sajonia, pero fue ganando adeptos a un ritmo vertiginoso. Se crearon sucursales en todo el país, pero fue un fracaso en otros lugares, quedándose en algunos casos apenas en unos centenares de participantes en sus manifestaciones. Se dirigía a todos los que se sentían "invadidos por extranjeros", "discriminados" y amenazados en su identidad. Sus dirigentes no eran nazis organizados. Se trataba de un círculo de amigos y conocidos. Era una mezcla heterogénea: nazis, miembros de la AfD, nuevos derechistas, miembros de hermandades, hooligans, pequeños empresarios autónomos, viejos frustrados, marginados, teóricos de la conspiración, protectores de Occidente, autodenominados "rompedores de tabúes", racistas, enemigos de la izquierda o detractores de la corrección política. En esencia, el movimiento estaba en contra de la acogida de refugiados, del derecho de asilo, del islam, de la política y de los medios. En sus carteles se podían leer frases como "No a la violencia y unidos contra las guerras de religión en suelo alemán" o "Contra el fanatismo religioso y cualquier tipo de radicalismo. Juntos sin violencia". Los "paseos de los lunes", como llamaron a sus protestas, iban acompañados de consignas xenófobas. Con su declive y su pérdida de importancia creció su radicalización. Debido al coronavirus, se tomaron un largo descanso entre 2021 y 2023. Después volvieron a celebrarse manifestaciones en Dresde, pero en ellas participaban menos de 1.000 personas.

Una tarde de febrero de 2020, justo antes del estallido de la pandemia, se sumó a la manifestación número 200 Björn Höcke, líder de la AfD en Turingia, que acudió, con su discurso del odio, como invitado estrella. Sus palabras fueron una declaración de guerra a la democracia pluralista y una amenaza: "Lamentablemente, tendremos que desecar la llamada sociedad civil, que se financia con millones de los contribuyentes y se

alimenta de ellos”[26]. Lo que sale de la boca de Höcke es puro desprecio. Defiende la homogeneidad de pueblos y culturas y califica la mezcla de culturas y etnias (a través de la migración, es decir, de las personas) como “destrucción” y “aniquilación”.

El movimiento de extrema derecha ya está disuelto, los “paseos” racistas han dejado de celebrarse, aunque Bachmann dijo que se mantendría al frente de la lucha en defensa de la identidad y los valores alemanes a través de otros medios. Ponía fin a los diez años de las protestas de los lunes en Dresde. Lutz Bachmann, desempleado de larga duración, se dio cuenta de que no merecía la pena seguir, el movimiento había perdido fuerza con el tiempo. La manifestación número 250, el 20 de octubre de 2024, fue la despedida, con los más acólitos y lejos de las cifras de participantes de sus comienzos. En un vídeo, el líder de la organización xenófoba anunciaba el final. En 2021, el Servicio de Protección de la Constitución de Sajonia había clasificado el movimiento como anticonstitucional, alegando que últimamente había desarrollado una “orientación cada vez más extremista de derecha”.

Para el politólogo Hans Vorländer, Pegida dio voz a personas que llevaban mucho tiempo descontentas con Alemania Occidental. Las protestas no giraban únicamente en torno a la islamización, sino también al dominio occidental de los medios y de la política. Por un lado, con la reunificación, la situación mejoró, pero, por otro, se devaluaron las biografías de personas con experiencias sociales y económicas a veces muy duras. Y la revuelta que organizó Pegida fue también una revuelta del Este contra el Oeste. Luego llegó la llamada crisis migratoria y trajo consigo una dinámica completamente nueva. Las crisis tuvieron un efecto catalizador y mantuvieron vivo el movimiento[27].

El líder de la AfD en Turingia, Björn Höcke, dijo que su partido no estaría donde está hoy sin el movimiento. Las protestas fueron el pistoletazo de salida para la nueva derecha en el país. Y la radicalización de la AfD no se puede entender sin Pegida. Los sajones han vivido el ascenso y la caída del NPD, y ahora lo mismo con Pegida. La AfD eclipsó informativamente al movimiento islamófobo e identitario que, desde Dresde, su bastión, se había extendido a otras ciudades del Este, donde tenía la mayor parte de

simpatizantes. Una de sus consignas favoritas era la petición de dimisión de Merkel. En muchos casos, la izquierda respondía a sus marchas con contramanifestaciones.

La crisis de los refugiados

Era primeros de agosto de 2015, cuando vi que los medios alemanes empezaban a dar cifras cada vez más altas de refugiados que iban a llegar ese año a Alemania. Consulté los datos de los últimos meses en la página de la Oficina Federal para Migración y Refugiados y era imposible alcanzar esos números al ritmo que se producían las llegadas hasta ese momento. Pero, cuando el ministro del Interior, Thomas de Maiziére, habló de 800.000 solicitantes de asilo, estaba claro que algo se avecinaba. A los pocos días, se pudo ver el enorme flujo migratorio por la ruta de los Balcanes desde Turquía. Hungría mostró su cara más fea e incluso construyó una valla para impedirles el paso. La canciller no dudó sobre la capacidad de Alemania y dijo una frase que quedaría para la historia: "Hemos conseguido tantas cosas, ¡lo lograremos!". "Por supuesto, aquel 31 de agosto de 2015 era consciente de que esas dos palabras por sí solas no podían solucionar el problema al que nos enfrentábamos, de que necesitaba apoyos. Sin embargo, esas dos palabras representaban mi profunda confianza en que en el país había suficientes personas que pensaban y sentían como yo y a las que podía animar a afrontar el problema. Mi confianza no se vería defraudada", recuerda en su autobiografía Libertad[28].

Ante esa situación, la canciller alemana, Angela Merkel, decidió el 5 de septiembre dejar en suspenso la Convención de Dublín para los refugiados sirios. Suponía que no serían devueltos al país por el que habían entrado en la Unión Europea. Era una especie de política de puertas abiertas. "La dignidad humana ha de ser para todo el mundo", sentenció Merkel, que se convirtió en la salvadora para los refugiados. La Willkommenskultur (cultura de la bienvenida) de los alemanes que acudieron a las estaciones para recibirlos hizo el resto. Un millón o más de refugiados llegaron en esos meses al país. Alemania estaba ante todo un desafío de toda índole, económico, educativo, cultural, social o laboral, el "mayor desafío desde la reunificación", como dijo Angela Merkel en una declaración de

Gobierno. “Para mí no se trataba de un ‘flujo’, sino de personas. Daba igual que tuvieran oportunidad o no de quedarse en Alemania. En 1990, me metí en política porque me interesaban las personas. Personas, y no flujos ni masas anónimas. Y mi país era y es uno que ve a las personas individuales, aun cuando sus deseos no puedan cumplirse”, asegura Merkel en su libro Libertad[29].

Ninguna otra iniciativa política de Angela Merkel suscitó tanta controversia. Al igual que en la crisis del euro, Alemania alienó a muchos de sus socios, ya que tomó la decisión unilateralmente, sin coordinarse con nadie, salvo con Austria. El 70% de los que llegaban eran hombres y había un 30% de menores de 18 años. Venían de Siria, Afganistán, Irak o Eritrea, pero también de lugares considerados seguros como Kosovo o Albania. La canciller dedica amplio espacio y detalla esa crisis en sus memorias y en diversas entrevistas, con ocasión de su publicación, se ha reafirmado sin fisuras en sus decisiones.

Baviera, bajo el gobierno de los conservadores de la CSU, era el principal punto de entrada. En Passau, en la frontera, pudimos ver lo que parecía un caos absoluto. Pero Stephan Wittenzellner, inspector jefe de la policía federal en octubre de 2015, con una sonrisa, nos decía convencido que, con disciplina y orden, minuciosidad y flexibilidad, lo conseguirían. Eran un punto de recepción, atendían a los que llegaban, les identificaban y registraban, para ser trasladados después a distintos centros de acogida en el país.

Resultaba sorprendente y emocionante ver el “ejército” de miles de voluntarios en toda Alemania echando una mano. Sin ellos hubiese sido imposible hacer frente a esa crisis. Lo más triste era comprobar que, mientras que había alemanes ayudando a los refugiados, la extrema derecha buscaba sacar provecho. El portavoz de los servicios secretos bávaros, Markus Schäfert, nos confirmó de hecho que “por desgracia, vemos un aumento de los actos violentos de extrema derecha. Los límites se difuminan y precisamente personas que hasta ahora no eran activas en partidos de extrema derecha pueden cometer también actos violentos racistas. En las redes sociales, los radicales de derechas los impulsan a través de una desinformación sistemática en la que se afirma que los solicitantes

de asilo violan a las mujeres en masa, traen enfermedades, practican una delincuencia masiva, se extienden mentiras para meter miedo a la población y atemorizarla". Ese año hubo más de 500 ataques contra centros de acogida o contra refugiados, voluntarios o periodistas. Todos los que defendían la cultura de la bienvenida estaban en el punto de mira de la violencia parda.

Markus Schäffert tampoco ocultó su preocupación sobre el hecho de que los yihadistas e islamistas violentos intentasen atraer a refugiados o que entrasen haciéndose pasar por solicitantes de asilo. "Observamos que los islamistas radicales intentan ganar nuevos adeptos entre los refugiados. Ven en los refugiados, musulmanes en su mayoría, un gran potencial de reclutamiento para ellos, una gran reserva de nuevos miembros", advirtió.

Te partía el alma ver llegar a esos seres humanos exhaustos, con la mirada perdida, sin saber realmente lo que les deparaba el destino y con una mochila cargada de sufrimiento y dolor. Era un drama tras otro y sus historias ponían la piel de gallina. Los voluntarios, con su generosidad y sensibilidad, mostraban que la violencia parda y la maldad nunca vencerán a quienes defienden los derechos humanos y son solidarios. Pero se sentían defraudados porque los europeos miraban hacia otro lado y se olvidaban de los valores sobre los que se construye Europa. Merkel presidió la llegada de los refugiados, haciéndose incluso selfies con ellos. "Por eso, tengo que decir en voz muy alta", escribió el historiador y periodista británico, Timothy Garton, "que incluso si esta llegada masiva fuera consecuencia de un error impulsivo e infrecuente de la precavida Merkel, amplificado por los rumores disparados en Oriente Próximo ('todo el mundo es bienvenido, pásalo'), el resultado fue uno de los momentos más brillantes de la historia de Alemania. Cualquiera que conozca esa historia tuvo que conmoverse al ver cómo el país se convertía en la tierra prometida para los refugiados. La Estatua de la Libertad se instaló temporalmente en Berlín". No pensaban lo mismo los detractores de la canciller y mucho menos en la extrema derecha.

No tardaron en surgir críticas dentro de las propias filas de la CDU, pero sobre todo entre sus hermanos bávaros, los socialcristianos de la CSU. Merkel defendió su visión. "Si vamos a empezar a tener que

disculparnos por ofrecer una cara amable en una situación de emergencia, este no es mi país", sentenció. "Creo que tenía totalmente la razón. En esa situación no había otra alternativa. Se podría o debía haber sido más claro sobre el hecho de que el Convenio de Dublín se suspendía solo temporalmente", afirmaba el jurista Thomas Beyer. Pero Martin Neumeyer, comisionado de Integración de Baviera, ya advertía: "Hay que ser consecuente. A aquel que sencillamente no tenga perspectivas de quedarse, porque no viene a Alemania por acontecimientos como los de Siria, Libia y Afganistán, hay que decirle: Te devolvemos, tienes que volver a tu país, no tienes ninguna posibilidad de quedarte en Alemania". "El sentimiento de tener responsabilidad hacia los refugiados se ve en la historia de la República Federal y en cómo se creó el país. La Constitución fue elaborada por muchas personas que antes fueron refugiados. La historia alemana sigue marcando a la población alemana", explicaba el politólogo Martin Kortmann. "El derecho de asilo en Alemania se basa en la frase: los perseguidos políticos gozan de asilo. Punto. Es por la experiencia de muchos alemanes, de muchos demócratas durante el Tercer Reich", concluía Beyer.

Se adoptaron medidas para acelerar los trámites de expulsión de inmigrantes provenientes de países considerados seguros. Se facilitaron el registro e identificación de los refugiados y se agilizó el procesamiento de sus solicitudes de asilo. A mediados de septiembre ya se habían establecido controles fronterizos para ordenar la entrada de entre 5.000 y 10.000 refugiados al día. Se reintrodujo en parte la Convención de Dublín y Alemania y la UE negociaron un acuerdo con Turquía para que parase el flujo de refugiados. En palabras de la canciller Merkel: "A cambio de los 3.000 millones de euros de ayuda financiera de la UE, también para la construcción de escuelas para los niños refugiados, Turquía se comprometió, entre otras cosas, a conceder permisos de trabajo a los sirios, a implantar una obligatoriedad de visado para algunos de los Estados vecinos y a reforzar la protección de sus fronteras. Estas medidas empezaron a surtir efecto con rapidez. Si en noviembre de 2015 el promedio de refugiados que llegaban a Alemania era de unos 7.000, en enero de 2016 la cifra descendió a unos 3.000. Yo quería reforzar esta tendencia, pues las cifras eran demasiado elevadas como para hablar de un desarrollo realmente sostenible"[30]. En enero de 2016, Merkel inició nuevos contactos con Turquía. El 4

de abril de 2016, empezó a aplicarse el Acuerdo UE-Turquía, por el que se ponía a disposición de Turquía, hasta finales de 2018, 3.000 millones de euros más para continuar con las mismas medidas por las que descendió la cifra de refugiados a través de la ruta de los Balcanes un 95% respecto a octubre de 2015.

Frente a los voluntarios estaba esa otra Alemania, minoritaria pero peligrosa, la parda de la intolerancia y el racismo. Los seguidores de la ultraderechista Pegida se manifestaban todos los lunes, también en Múnich. El día que asistimos a una de ellas apenas había unos centenares de personas, entre ellos jóvenes neonazis. Con gritos de "¡Merkel, fuera!", pancartas con "Tolerantes pero no tontos" o "El multiculturalismo ha fracasado" daban rienda suelta a su odio y rabia. En esa misma onda se movían Alternativa para Alemania o políticos como Karl Richter, representante de "Iniciativa Ciudadana Stop a los Extranjeros" que estaba en el consejo municipal de Múnich y era miembro del NPD. "Ese estigma de poder sospechar de que cualquiera es un nazi o un seguidor de Hitler porque, por ejemplo, se muestra crítico hacia la inmigración, paraliza a muchos alemanes. La obligación de Merkel habría sido decir: nosotros defendemos las fronteras alemanas, tenemos un ejército. En caso de necesidad, atemorizamos con el ejército a los inmigrantes, si hace falta, se dispara. Puede ser que hubiesen muerto personas, pero la vida es arriesgada y eso puede pasar. Merkel tenía, en primer lugar, la obligación de defender los intereses de los ciudadanos alemanes", clamaba Richter.

Se abrió también un debate social sobre cómo proceder mejor para el bien de los refugiados y de la sociedad. "Hay refugiados jóvenes y bien formados que se integrarán en la economía alemana y entrarán en el sistema, pero hay mucha gente que no se va a adaptar. Alemania necesita inmigración económica, pero ha de basarse en personas que vengan con un contrato y no para obtener beneficios sociales", decía el economista Panu Poutvaara. "Tiene que haber posibilidades legales de venir a Alemania. Le hará bien a la sociedad alemana; somos una sociedad que envejece, tenemos demasiada gente mayor, no vamos a poder pagar nuestro sistema social, si seguimos solos. Necesitamos inmigración organizada", apostillaba el sociólogo Armin Nassehi.

La generosidad de la canciller no encontró la misma respuesta en sus socios europeos, que dieron muestras de intolerancia, xenofobia o, como mínimo de pasividad, incapaces de hacer honor al espíritu de solidaridad. Una Unión Europea que, dos meses después de la decisión de repartir 160.000 refugiados entre los 28, apenas había reubicado a unos centenares. En Hungría, se hizo visible el fracaso de la política sobre refugiados de la Unión Europea. El gobierno de Budapest cerró sus fronteras a los migrantes y refugiados con vallas y alambradas, la policía cargó con gases lacrimógenos y cañones de agua contra ellos o hizo más restrictiva la ley de asilo. El trato fue inhumano.

Financieramente, el Gobierno federal puso a disposición de los estados federados y municipios 4.100 millones de euros complementarios. Y se comprometió a dar más si ese dinero no era suficiente. En el presupuesto federal para 2016 fueron incluidos 6.100 millones de euros adicionales. Para ello no fue necesario generar más deuda, gracias a la buena coyuntura económica del país y a su superávit. La decisión de Merkel fue criticada, incluso dentro de sus propias filas, lo que minó su poder y su popularidad. Algunos dijeron incluso que la gestión de la crisis de los refugiados podría acabar costándole la cancillería, lo que no ocurrió porque ganó las siguientes elecciones.

En diciembre de 2015, acudió al congreso de su partido en Karlsruhe dispuesta a defender su controvertida política de puertas abiertas, pero consciente también de que necesitaba el consenso con sus detractores para poder gobernar sin que le metieran un gol en propia puerta. Dijo que habría que reducir ese flujo en interés de todos, de Alemania, de Europa y de los propios refugiados. Pero ni cuantificó la reducción, ni habló de topes, lo que le garantizaba una tregua en sus filas, que quedaban más o menos satisfechas con el reconocimiento de que las cosas no podían seguir igual pero, al mismo tiempo, ella se garantizaba capacidad de maniobra e independencia en la gestión de gobierno.

Se reafirmó en su decisión de permitir el paso a Alemania a los refugiados que se agolpaban en las fronteras húngaras con el argumento de que era “un imperativo humanitario”. La provisión de ayuda a quien lo necesita “forma parte de la idiosincrasia de un

partido con raíces cristianas” como sentenció la CDU. Pero con el tiempo tuvo que asumir que no todos los que llegaban podrían quedarse y que “una situación como la de finales del verano de 2015 ni puede, ni debe, ni va a repetirse”. Poco a poco, se endureció la ley de asilo, dificultando las reagrupaciones familiares y otorgando a los refugiados procedentes de Siria un asilo subsidiario. Las deportaciones aumentaron. Varios países fueron catalogados como de origen seguro y, en esos casos, las solicitudes se denegaron por sistema sin atender a las circunstancias personales. Se pusieron más trabas en las condiciones de acceso a las ayudas sociales para los refugiados y aumentó la precarización del mercado laboral para ellos.

El gesto humanitario de Merkel provocó la polarización de la sociedad. La canciller tuvo que desactivar más de una rebelión en el seno de su partido debido a esta crisis, que llevó a un crecimiento de la populista, xenófoba y eurófoba Alternativa para Alemania y del movimiento Pegida. El aumento de los ataques contra centros de refugiados, las manifestaciones de los patriotas islamófobos en Dresde y otras ciudades o el ataque a políticos o periodistas por ser demasiado favorables a los refugiados eran señales de alarma de que la brújula moral estaba desapareciendo. Emergió con fuerza esa otra Alemania, la de extrema derecha que, aunque minoritaria, empezaba a tener un crecimiento y un tinte preocupantes. Habían perdido fuelle, pero seguían ahí. Los problemas de seguridad son quizás los más acuciantes y los que más temor despiertan entre los alemanes, y en ese miedo encuentran su caladero de votos los partidos de extrema derecha.

La Afd se radicaliza

La crisis de los refugiados y la controversia en torno a la decisión de Merkel jugaron a favor de los extremistas de derecha. La inmigración se convirtió en su tema prioritario. Tras haber resuelto su crisis interna y haber forzado la salida de los más moderados, se impuso el ala más radical de Höcke y del Este, que pasó a ser el bastión del partido.

El 7 de septiembre de 2015, Petry presentaba la Ofensiva de Otoño con el lema "Parar el caos del asilo y la crisis del euro". Pero, desaparecido Lucke, el euro iba a dejar de ser una prioridad. Petry habló de una catástrofe inminente por el alto número de solicitantes de asilo, pidió el restablecimiento del orden público y de los controles en la frontera y la protección de la seguridad nacional. Quería restringir drásticamente el derecho de asilo, consagrado en el artículo 16a de la Ley Fundamental.

Le llegaron, como maná del cielo, los atentados y las agresiones sexuales cometidos por inmigrantes y refugiados. El 19 de diciembre de 2016, un camión arrollaba a los visitantes del tradicional mercado navideño de la Gedächtniskirche, en Berlín. Doce personas murieron y casi medio centenar resultaron heridas. El autor del ataque fue un refugiado tunecino, Anis Amri. El autodenominado Estado Islámico (EI) se responsabilizó del atentado. Era la primera vez que el terrorismo yihadista lograba perpetrar un atentado con víctimas mortales en suelo alemán[31].

No era el primer atentado yihadista en Alemania, pero sí el primero tras la decisión de Merkel. El terrorismo ya había dejado claro que el país era uno de sus objetivos. Un refugiado afgano de 17 años había atacado, el 18 de julio, con un hacha y un cuchillo, a los pasajeros de un tren regional cerca de Würzburg. Hirió a cinco personas. Se despidió gritando: "Nos vemos en el paraíso". Murió por disparos de la policía. Unos días después, el 24 de julio, en Ansbach, 15 personas resultaron heridas cuando a un solicitante de

asilo sirio le explosionó la bomba antes de poder colocarla en un festival al aire libre. El EI se responsabilizó de los dos atentados.

La AfD no respetó la tregua navideña. Saltó sobre su presa. Incluso antes de conocerse la identidad del terrorista de Berlín, Marcus Pretzell, un líder regional de la AfD y pareja de Frauke Petry, escribió un post en X diciendo que "eran los muertos de Merkel". La propia Petry auguró que el atentado no sería aislado ni el último, y lo relacionó con la llegada de refugiados. En su tradicional discurso de Año Nuevo, la canciller se refirió al hecho de que el terrorista fuese un refugiado: "Es especialmente amargo y repugnante que los atentados terroristas sean cometidos por personas que supuestamente buscan protección en nuestro país"[32].

Frauke Petry no perdía ocasión de obtener rédito político. Había llegado como de puntillas a Alternativa para Alemania y acabó como líder, aunque la presidencia del partido era y es bicéfala. Con su lengua viperina, no se cortaba ante nada, pero evitaba utilizar términos que pudiesen llevarla ante la justicia. De cargar contra el euro pasó a hacerlo contra los refugiados, sin temblarle el pulso y con soluciones radicales: "Ningún policía quiere disparar sobre un refugiado. Yo tampoco. Pero, si no queda más remedio, hay que hacer uso de las armas para garantizar las fronteras". Resulta inconcebible que en un país con sus fantasmas del pasado estas palabras no la condenasen al ostracismo. En lugar de eso, el partido fue cogiendo un nuevo auge.

Tenía carisma y aspecto inofensivo si se la compara con otros líderes extremistas. Creció, como Merkel, en la antigua RDA: "Me educaron para no expresar mis opiniones en público", dijo en una ocasión. Pero la canciller devino en una defensora de la libertad, de la tolerancia, enemiga del totalitarismo y Petry, en todo lo contrario. Se había afiliado en 2013 a la recién fundada AfD y escaló hasta la cúspide, en un partido de hombres que la consideraban poco menos que un adorno. Estaba casada con un pastor protestante y tenía cuatro hijos. Se divorció cuando conoció a un compañero de la formación, Marcus Pretzell. Puso en su punto de mira, además de a los refugiados, al islam, y cargó contra la supuesta islamización de Alemania. Criticó al futbolista Mesut Özil, de origen turco, por peregrinar a La Meca. Le calificó de

antipatriota. Su postura contra el islam le hizo ganar adeptos entre quienes temían al yihadismo.

El 14 de enero de 2017, en Coblenza, se celebró un contubernio de la extrema derecha europea. Allí estaban la francesa Marine Le Pen, el neerlandés Geert Wilders y dirigentes de Pegida. Hicieron un llamamiento al "año de los patriotas, de la primavera patriótica y de la liberación" y recordaron que estaban en una misión. Petry y la AfD eran los anfitriones y los protagonistas. Sin embargo, ahora, esos dirigentes de extrema derecha están en un grupo distinto en el Parlamento Europeo porque consideran a la AfD demasiado radical. Invoca viejos demonios y da un hogar político a los neonazis.

Björn Höcke, jefe del partido en Turingia, ha ido aumentando esta radicalización y derribando un tabú tras otro. En 2017, en Dresde, calificó como "una vergüenza" el monumento a las víctimas del Holocausto en Berlín: "Nosotros los alemanes somos el único pueblo que ha levantado en el corazón de la ciudad un monumento en memoria de la vergüenza". Se pidió su expulsión del partido, pero la ejecutiva, al final, no le echó. Era y es el hombre fuerte, aunque otros presidan la formación.

La AfD presentó cargos penales contra Angela Merkel por "tráfico de extranjeros" en octubre de 2015, y eso que la crisis de los refugiados les beneficiaba. Actuó como catalizador de la protesta de la derecha, con una profunda desconfianza hacia las élites. Entre sus seguidores había nacionalistas que hablaban de infiltración extranjera, aunque en su barrio no viviera ni un solo ciudadano de fuera; partidarios de Pegida que veían confirmada su "islamización de Occidente"; personas socialmente desfavorecidas que temían que los nuevos refugiados les quitasen el trabajo; conservadores a los que no gustaba el rumbo modernizador de Merkel, el matrimonio para todos, la supresión de la energía nuclear o la abolición del servicio militar obligatorio.

En su programa electoral, su campo de batalla era la política de integración. Abogaba por una reorganización de la ley de inmigración. Declaraba que Alemania aceptaría inmigrantes jóvenes cualificados dispuestos a integrarse, pero no una inmigración irregular descontrolada. Subió en las encuestas y consiguió resultados récord en las elecciones regionales a partir de 2016.

Quedó por delante de la CDU en las de Mecklemburgo-Pomerania Occidental y entró por primera vez en su Parlamento. Fue el segundo partido más votado, con más del 20%, por detrás de los socialdemócratas. En 2019, con un 23%, obtuvo el segundo puesto también en las de Turingia, que ganó La Izquierda. En Brandeburgo, alcanzó el 23,5%, en Sajonia, el 27,5% y en Sajonia-Anhalt más del 20%.

En las elecciones generales de 2017 casi triplicó los votos conseguidos en 2013 y entró en el Bundestag como tercera fuerza. Era la primera vez que la extrema derecha volvía al Parlamento alemán desde el final de la Segunda Guerra Mundial. La sombra de la vergüenza y la amargura marcaron su entrada. Recordé entonces las imágenes de la incorporación de Los Verdes, allá por 1983, con alegría, con flores y macetas que colocaron en sus escaños. Rompieron el monopolio de conservadores, socialdemócratas y liberales. En 2017, se demostró que la vía de Alemania de no permitir una formación fuerte a la derecha de la Unión burguesa había sido una ilusión forjada por las experiencias del nacionalsocialismo. Desde los primeros éxitos de la AfD, los partidos establecidos han estado buscando la forma correcta de enfrentarse a los recién llegados. “En mayo de 2016, pocas semanas después de entrar en vigor el acuerdo UE-Turquía por el cual la cifra de refugiados que llegaban a Alemania había empezado a descender claramente”, recuerda Merkel, “me preguntaron durante una entrevista con el Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung qué significaba para mí la afirmación de Franz Josef Strauß de que no debe surgir una fuerza democráticamente legitimada a la derecha de la CDU y la CSU. Respondí que, por un lado, la afirmación era correcta, porque la CDU y la CSU siempre deben proceder de forma que se integren en el centro y ofrecer soluciones concretas a los problemas. Y agregué: Pero, por otro lado, si se interpreta la afirmación de Strauß como que para no perder a seguidores de la CDU y la CSU hay que relativizar o, incluso, abandonar los principios constitutivos tanto para nuestro país como para la CDU y la CSU y que constituyen el núcleo de nuestras convicciones, entonces la afirmación no es correcta”[33]. Franz Josef Strauß, el más conservador de los conservadores, fue durante años el hombre fuerte de la Unión Socialcristiana y ministro-presidente de Baviera. Su afirmación siempre ha sido una advertencia para que no llegase

al Parlamento la extrema derecha.

La Alternativa era calificada como populista de derechas, pero en las declaraciones de algunos dirigentes se vislumbraba un giro claro hacia la ultraderecha, incluso con tintes neonazis y antisemitas. Empezó a plantear sus campañas electorales copiando el modelo Trump, con mentiras e insultos, con un tono bastante desconocido en Alemania. Los otros no son rivales, son enemigos. Las redes sociales son su fuerte, prescinden de los medios de comunicación clásicos que no les sean afines o útiles para sus objetivos en cada momento. Eclipsó a Pegida, que también tenía su bastión en el Este, en Dresde, capital de Sajonia. Desde allí se extendió a otras ciudades germanoorientales, donde cuenta con el mayor número de acólitos, y luego al Oeste. Creció al calor de los que se consideran perdedores de las duras reformas de principios del siglo, del aumento del abismo entre ricos y pobres, de la crisis del euro y de la de los refugiados. Al fondo están también el debate identitario y la llamada socialdemocratización de la CDU, bajo la égida de Merkel. La excanciller dejó sin patria política al ala más conservadora de su partido, que encontró acomodo en la AfD. La formación ha acabado siendo una amalgama de hipernacionalistas, islamófobos, euroescépticos, antieuro, xenófobos, antiinmigración y neonazis.

Los agitadores y más radicales de la AfD, Alexander Gauland y Björn Höcke, triunfan en la parte oriental, pero provienen de la occidental. En noviembre de 2019, Dresde tuvo que declarar el estado de “emergencia nazi”. El consistorio reconoció que tenía un serio problema con la extrema derecha y se comprometió a reforzar la cultura democrática. Se trataba de una decisión inédita. La extrema derecha y los jóvenes neonazis han ido en aumento en el Este, pero el populismo pardo ya no es solo un fenómeno de esa zona del país. Alemania está acostumbrada a la estabilidad y evita los sobresaltos. Pero las crisis encadenadas, que han llevado al país incluso a la recesión, han provocado en muchos ciudadanos desazón, rabia y un giro hacia el radicalismo. Todo esto ha beneficiado a la AfD, que ha sabido detectar e interpretar ese estado anímico de una parte de la sociedad.

Lo preocupante para las autoridades y los ciudadanos es también el

ascenso de la criminalidad, de delitos y agresiones como las sucedidas en la Nochevieja de 2015 en Colonia. Durante la celebración del Fin de Año, centenares de mujeres sufrieron agresiones y robos, hubo incluso violaciones a manos de grupos de hombres, en su mayoría refugiados del norte de África y de Oriente Medio. Era un desafío al Estado de derecho y una clara falta de respeto a las leyes y normas de convivencia. Lo volvieron a intentar en esa y otras ciudades un año después, pero la policía estaba preparada y consiguió evitarlo.

La violación y asesinato de una joven estudiante de medicina en Friburgo, en octubre de 2016, por un refugiado afgano, también provocó una inmensa rabia, que fue todavía mayor al saberse que ya había sido condenado en 2013 en Grecia por el intento de asesinato de otra mujer. Se produjeron también varias violaciones y agresiones a mujeres en distintos lugares del país cometidas por refugiados, además de robos y otros delitos. En Berlín, siete jóvenes de Libia y Siria intentaron quemar vivo a un indigente que dormía en una estación de metro en la madrugada del día de Navidad de 2016.

Todos estos crímenes encajaban bien en el discurso de los más radicales de la AfD. Durante su Congreso de Colonia, en abril de 2017, se sucedieron manifestaciones en contra en los alrededores del hotel donde se celebraba. En el interior, Frauke Petry vivía su final como líder del partido. Había rechazado ir al frente de la candidatura de la formación en las elecciones generales que iban a celebrarse ese año. E hicieron oídos sordos a sus propuestas programáticas. “Los miembros de extrema derecha se sublevaron y tomaron el poder. Desde entonces, no hay solo unos pocos radicales o extremistas de derecha en la AfD, sino que el partido está ahora dominado por oradores racistas, nacionalistas, revisionistas, xenófobos y antisemitas. La distorsión de las palabas por Björn Höcke, presidente del grupo parlamentario en el Parlamento Regional de Turingia, que recuerdan a Joseph Goebbels, provocaron vergüenza ajena entre los miembros liberales”, explica Franziska Schreiber, excolaboradora de Frauke Petry[34]. Del Congreso de Colonia salió un nuevo dúo al frente de la candidatura del partido para las elecciones: Alexander Gauland, que apoyaba a Höcke, y la economista y empresaria Alice Weidel. Los fundamentalistas

ganaron la batalla frente a la realista Petry, más moderada, quien acabó dimitiendo y abandonó el partido en septiembre de 2017. El economista Jörg Meuthen, más gris y menos popular que ella, se quedó unos meses solo en la presidencia hasta que volvió la bicefalia con Gauland.

Como líder de la AfD en Turingia, Höcke sabía cómo trabajar dentro del partido y también cómo promover la creación de redes con simpatizantes fuera del mismo. En septiembre de 2015, inició la celebración de un mitin semanal en Erfurt. Miles de personas respondieron a su llamamiento a "¡Manifestarse contra el fracaso político!". No solo blandían, eufóricos, banderas alemanas, sino que arremetían contra el Estado y los medios de comunicación. Llamaban a los representantes del Gobierno "traidores al pueblo" y a los medios "prensa mentirosa". Las diatribas nacionalistas de Höcke atrajeron a simpatizantes de la AfD y también a neonazis. Cuando se le preguntó al respecto, el demagogo respondió: "Cuando un pastor predica a su congregación, no sabe si hay algún adorador del diablo entre ellos".

Las imágenes de la cultura de acogida chocaban con las de centros de refugiados en llamas. Hubo un atentado con explosivos contra un hogar para solicitantes de asilo en la ciudad sajona de Freiberg, un ataque con piedras y petardos contra un autobús que transportaba refugiados cerca de Chemnitz, un incendio provocado contra un edificio prefabricado en Altenburg —en Turingia, en el que vivían refugiados— y agresiones y ataques a solicitantes de asilo y a quienes les ayudaban. Con sus discursos en mercados o sus mensajes en Internet, los portavoces del populismo pardo contribuyeron a crear un caldo de cultivo intelectual que animó a los extremistas violentos de derechas a cometer delitos[35].

En octubre de 2015, Höcke ya se había hecho notar en la tertulia de Günther Jauch, en la televisión pública alemana ARD. Pidió la palabra porque quería hacer una pequeña confesión y dijo que había entrado en la política por un "profundo amor" a Alemania. Añadió que llevaba consigo el "símbolo central del país", para demostrar que la AfD era la voz del pueblo, y se sacó del bolsillo una pequeña bandera alemana. Refiriéndose a los solicitantes de asilo, señaló que se estaban importando explosivos sociales. Esta fue

una de sus muchas escenificaciones. Un mes después, su amigo Götz Kubitschek, ideólogo jefe de la nueva derecha, le invitó como orador principal a un congreso bajo el lema “Ataque a Europa”. Höcke habló durante casi media hora. Se refirió a dos “estrategias de reproducción” diferentes que existirían en Europa y África y dijo: “En el siglo XXI, el africano se reproduce de forma expansiva y se encuentra con el europeo que se niega a sí mismo y marca su posición”. Esta constatación exigiría una “reorientación fundamental de la política de asilo e inmigración en Alemania y Europa”[36]. El escándalo no se hizo esperar. Bodo Ramelow, ministro-presidente de Turingia, tachó a Höcke de “cazador pardo”. El comité ejecutivo de la AfD también reaccionó tras varios días de duras críticas. Calificó los comentarios racistas de Höcke de “locura política”, pero no se le expulsó del partido.

El terror pardo

Alemania recibió una bofetada de realidad en noviembre de 2011. El día 4, en Eisenach, en el estado de Turingia, dos atracadores de bancos huidos se suicidaron cuando iban a ser detenidos por la policía. Todo el país quedó consternado al conocerse la identidad de los atracadores y revelarse los detalles de sus carreras criminales. Se trataba de dos de los tres componentes de un grupo terrorista de extrema derecha llamado Clandestinidad Nacionalsocialista (NSU). El tercer miembro, una mujer, fue detenida más tarde. Resultaron ser los autores de 10 asesinatos, la mayor serie de homicidios de extrema derecha en la historia de la República Federal. Llevaban activos desde 1999. La policía nunca sospechó que detrás de los asesinatos había una motivación ideológica. Estos hechos suponían un punto de inflexión en la lucha contra la violencia de extrema derecha y el movimiento neonazi militante. Alemania descubrió con horror hasta dónde podía llegar la serpiente del terror pardo. Ni los servicios de inteligencia ni los expertos habían creído posible hasta entonces que los terroristas de extrema derecha pudieran llevar a cabo crímenes tan sanguinarios y bien organizados.

El trío formado por Uwe Böhnhardt, Uwe Mundlos y Beate Zschäpe asesinó, puso bombas y atracó más de una docena de bancos para financiar sus actividades. Según la acusación, mataron a tiros a ocho pequeños empresarios de origen turco, a uno de origen griego y a una policía, además de que hirieron a varias personas. En un vídeo de 15 minutos, hallado durante las pesquisas, presumían de sus crímenes y mostraban el odio inhumano que les impulsaba. Además, se mofaban de sus víctimas y dejaban claro que los asesinatos iban a continuar. Era una nueva dimensión del terrorismo de extrema derecha y un fracaso de la policía y de los servicios secretos, que habían sido incapaces de considerar que esos actos tuvieran una motivación política. Beate Zschäpe fue condenada, en 2018, a cadena perpetua, y cuatro cómplices a penas de prisión.

Los orígenes del grupo NSU se remontaban a la década de 1990. Los grupos neonazis violentos brotaban como setas, dominaban la cultura juvenil mediante la violencia y la intimidación. En ese clima crecieron y se radicalizaron los tres terroristas en la ciudad de Jena, en Turingia. En 1996, el trío comenzó a fabricar bombas. La ideología del NPD les marcó de forma decisiva. Contaban con una red de colaboradores y simpatizantes[37].

El 27 de noviembre de 2024, se anunció el proyecto para crear una fundación, en Berlín, en recuerdo de las víctimas y como advertencia frente al extremismo y al terrorismo de derecha. La ministra del Interior, Nancy Faeser, destacó que "los asesinatos terroristas de extrema derecha del NSU y el fracaso del Estado en su esclarecimiento siguen siendo una vergüenza para nuestro país. Estos crímenes muestran el peligro asesino del terrorismo de extrema derecha, que se ha ignorado y minimizado durante demasiado tiempo hasta que el NSU se desenmascaró a sí mismo"[38].

Desde el descubrimiento del NSU, en 2011, ha habido al menos 52 casos de terrorismo de extrema derecha en Alemania, según el Centro de Seguimiento, Análisis y Estrategia (CEMAS). Tampoco ha cesado la violencia en la calle. El 17 de octubre de 2015, la alcaldesa de Colonia, Henriette Reker, fue agredida con un cuchillo por un ultraderechista, durante un acto electoral, por su política favorable a los refugiados. Sobrevivió. Ese año, ya se habían producido más de 500 ataques contra centros de acogida, contra refugiados, voluntarios o periodistas. Defender la cultura de la bienvenida podía salir muy caro.

Otro punto de inflexión, y muy grave, se produjo en la ciudad sajona de Chemnitz, en el Este, a finales de agosto de 2018. El detonante fue el ataque mortal contra un ciudadano cubano-alemán. Los sospechosos fueron dos solicitantes de asilo árabes. La AfD convocó una marcha silenciosa a la que se sumaron miles de extremistas de derecha. Estaba organizada por el polémico Björn Höcke, hoy figura indiscutible del partido, que quiso sacar provecho de lo sucedido. Los manifestantes fueron a la caza de los que consideraban sus enemigos, agredieron a policías, a inmigrantes, a refugiados. El número de ultraderechistas fue en aumento. Coreaban "Wir sind das Volk" ("Somos el pueblo"), emulando el

grito de 1989 de los manifestantes contra el Muro y el régimen comunista. Varios hicieron el saludo nazi. Los neonazis y sus consignas dominaron el espacio público durante varios días. El primer ministro de Sajonia, el cristianodemócrata Michael Kretschmer, calificó de abominable la instrumentalización política por la extrema derecha. Advirtió de que quien atacaba a los extranjeros, atacaba a la sociedad abierta, que se defendería con toda su fuerza. Merkel condenó las protestas: “Tenemos vídeos que muestran que hubo persecuciones, tumultos, odio en las calles. Eso no tiene nada que ver con nuestro Estado de derecho”, señaló.

Entre los participantes se encontraba Stephan Ernst que, en junio de 2019, asesinó al político cristianodemócrata Walter Lübcke. Durante el juicio, Ernst, que tenía vínculos con el NPD, dijo que los sucesos de Chemnitz fueron un detonante para su acción. Fue condenado a cadena perpetua. Walter Lübcke “siempre se había mostrado abiertamente en contra de las actividades de la extrema derecha, también en otoño de 2015. Fue objeto de reiteradas hostilidades y amenazas, también antes de 2015, hasta que al lenguaje del odio le siguió la acción”, recuerda Angela Merkel en sus memorias[39].

Matthias Quent, experto en extremismo de derecha, asegura que “esos días de Chemnitz fueron una especie de incubadora, un acelerador de movilizaciones y de campañas terroristas de extrema derecha. Porque lo que se escenificó allí fue la señal del comienzo del despertar nacional. Eso fue lo que la gente escribió en Internet, lo que sintió y transmitió al exterior”. Fue también un momento clave para la AfD, un cierre de filas planificado incluso con neonazis violentos, orquestado por su ala más radical.

En realidad, forma parte de las tácticas de siempre de los extremistas, que consisten en ocupar espacios y demostrar que dominan la calle. Así, siembran el miedo y el terror. Resulta preocupante que esa fuerza parda empuje cada vez más a la sociedad civil a un segundo plano. También buscan tener gran presencia en las redes sociales, en grupos de Telegram o de otras plataformas. Contribuyen a la movilización y a la radicalización, como sucede en otros tipos de violencia extremista como la yihadista. Fue el caso de Tim F., quien se radicalizó en las redes.

Planeaba crear una “organización de combate basada en el modelo nacionalsocialista” para “conquistar Alemania y más tarde el mundo”. Era soldado del ejército alemán y en su vivienda se encontró un arsenal de armas de fuego cuando fue detenido.

El 9 de octubre de 2019, el día de la festividad judía de Yom Kippur, Stephan B., antisemita, antifeminista y racista, intentó provocar un baño de sangre en la sinagoga de Halle, pero no pudo abrir la puerta para entrar donde estaban los fieles. Mató entonces a una joven en la calle, a un joven en un restaurante turco e hirió a otras dos personas. Lo grabó y retransmitió: “Creo que el Holocausto nunca existió, el feminismo es la razón de la caída de la natalidad en Occidente. Occidente es el chivo expiatorio de la migración masiva mundial. Y la raíz de todos estos problemas es el judío”, dijo, entre otras proclamas.

En Hanau, nueve personas fueron asesinadas por un racista y misógino, Tobias K., en febrero de 2020. El atacante buscaba personas de origen migratorio y musulmanas. Después mató a su madre y se suicidó. Había escrito y hablado en Internet de razas y culturas que debían ser eliminadas, de grupos étnicos cuya existencia era un error.

Tras todos estos atentados terroristas de extrema derecha, miles de personas salieron a la calle en muchas ciudades para mostrar su solidaridad. Pidieron una actuación más decidida del Estado, una mayor protección para las víctimas de la violencia ultraderechista y un debate social sobre el racismo. Los políticos de la AfD trivializaron los atentados.

“El extremismo de derecha sigue siendo la mayor amenaza para nuestra democracia liberal y para las personas que viven en ella”, escribe la ministra del Interior en el prólogo del último informe de la Oficina para la Protección de la Constitución. Según este documento, en 2023, el número de delitos de extrema derecha aumentó en un 20% hasta alcanzar los 26.000. Los de propaganda constituyeron la mayor parte (58,8%). Hay 14.500 extremistas de derecha violentos. Los delitos xenófobos crecieron un 39% y la incitación al odio en casi un 52%[40]. Todo ello se tradujo en agresiones a centros de acogida y a extranjeros. La mayoría de los actos violentos ultraderechistas se cometieron en Berlín y Sajonia-

Anhalt, seguidos de Brandeburgo y Renania del Norte-Westfalia. Se observa una instrumentalización de las crisis para difundir su propia narrativa. La inmigración y el asilo han vuelto a ganar en importancia para estos radicales. La AfD sigue clasificada a nivel federal como sospechosa de ser extrema derecha.

Capítulo 5

La extrema derecha y la pandemia

Alternativa para Alemania ha hecho su carrera a la par que se iban produciendo crisis en el país. Nació con una, la del euro, y aprovechó otra, la de los refugiados, para crecer, pero la del Covid le pilló con el pie cambiado y no tuvo una estrategia clara. En lugar de continuar con un ascenso que parecía imparable, lo pagó en 2021. Quedó quinta en las generales y perdió dos puntos. Cuando las protestas empezaron a dominar las calles, la AfD llegó tarde y se encontró con que otros grupos, incluso más radicales, habían ocupado su espacio por excelencia y lo tuvo que compartir. Movimientos como Reichsbürger (Ciudadanos del Reich), Querdenken (Pensamiento Divergente) o QAnon, con idearios bastante coincidentes, fueron más visibles que los militantes de Alternativa.

AfD y la crisis del Covid

Al principio de la pandemia, el partido no se puso de acuerdo sobre cómo reaccionar a la política del Gobierno de Angela Merkel contra el virus. En marzo de 2020, la colíder del grupo parlamentario, Alice Weidel, llegó a decir en el Bundestag que las medidas contra la pandemia del Gobierno no eran lo suficientemente drásticas. Habló incluso de que la inacción del Gobierno ponía en riesgo la vida y la salud de los ciudadanos. Su colega, Alexander Gauland, alabó al ejecutivo. “La política del Gobierno contiene muchas ideas que consideramos correctas y que compartimos”, dijo. Añadió que permanecer unidos era el primer deber cívico. El copresidente de la AfD, Jörg Meuthen, también se pronunció de forma similar: “Incluso si esta epidemia global tiene un curso leve para muchas de las personas afectadas, es un peligro mortal para los pacientes ancianos y con enfermedades previas”. Exigió que se prohibieran “categóricamente” los grandes eventos. Ni la tregua duró mucho, ni el partido comulgaba con esas palabras. Una parte consideraba que el Covid no era más que una gripe común y relativizó el peligro.

En el fondo, la AfD no sabía cómo hacer frente al alto nivel de aprobación de la política gubernamental al comienzo de la pandemia. Era difícil para su maquinaria de la ira y del odio hacer mella en ella. Intentó subir puntos, sin éxito, con declaraciones como la de que se utilizase el espacio en los aviones, ante la falta de pasajeros, para deportar a los refugiados sin derecho a asilo o que se prohibiese la entrada a más solicitantes de refugio.

No solo no tenían una estrategia, sino que la cambiaban. Se pasó de pedir medidas más duras al Gobierno, a dar un giro radical. Weidel le reprochó a Merkel, apenas unos meses después, haber causado más daño con las duras medidas que el propio virus. Desde la AfD se hablaba de la dictadura del coronavirus. Pero la población seguía apoyando la estricta política del ejecutivo. La AfD caía en las encuestas y veía alejarse su sueño de doblar su porcentaje de votos.

Ante la falta de una postura común del partido, unos respetaban las normas oficiales, otros, no. No encontraban un discurso radical, que era lo que les proporcionaba el éxito. Ni el de Höcke era lo suficientemente agresivo: "El Gobierno federal ha tomado, sobre todo, decisiones muy erróneas de las que tendrá que responder. Primero se restó importancia al asunto y después, en un giro de 180 grados, se impuso una cuarentena a todo el país"[41].

El partido sí se mostró unido en su oposición a las medidas de la Unión Europea, siguiendo sus principios. Se mostró contrario al fondo de recuperación europeo. Dijo que era un proyecto político contra "principios clave del derecho y la economía" y que introducía el "socialismo de la deuda de la UE", socavaba la soberanía nacional y "expropiaba a los ciudadanos trabajadores y ahorradores alemanes".

Entre dimes y diretes, políticos y miembros del partido habían empezado a acudir a las manifestaciones de protesta que se celebraban desde el principio de la pandemia. Todo era válido para poner en tela de juicio el sistema democrático y tratar de deslegitimarlo. A partir del otoño de 2020, la AfD se centró en alimentar el descontento con las medidas de confinamiento del Gobierno. Las protestas estaban dominadas por los movimientos antes mencionados: Querdenken, Reichsbürger y QAnon. Las inició, en Stuttgart, el fundador y director de una empresa de software, Michael Ballweg, con unas vigilias de las que surgió la iniciativa Querdenken, un movimiento no partidista, defensor de la libertad de expresión, que acabó en una amalgama de conspiranoicos, soberanistas, negacionistas, antivacunas, esotéricos de izquierda y extremistas de derecha. Se extendió por todo el país.

En las manifestaciones contra las medidas anticovid destacaban las banderas del Reich, la simbología soberanista y la de QAnon. Las protestas continuaron durante toda la pandemia. Los servicios secretos internos señalaron que "los protagonistas de Querdenken derivan su supuesta importancia y legitimidad sobre todo del hecho de que tienen un gran alcance a través de sus canales de redes sociales". Los Querdenker y compañía mantenían que vivían en una dictadura y en un régimen de emergencia que debía ser eliminado y contra el cual la resistencia era legítima. El movimiento se fue

radicalizando de forma progresiva, con la influencia de los extremistas de derecha en las protestas. Se volvían cada vez más agresivos. Hubo violentos ataques contra la policía y los periodistas y repetían eslóganes de odio. Las redes sociales, sobre todo Telegram, eran su vehículo de comunicación e información.

Se hicieron visibles también los activistas de Q (QAnon), un movimiento conspiranoico surgido en 2017 en Estados Unidos. Al calor de la pandemia global, se extendió a algunos países europeos. Fue creado por y para las redes, pero acabó saltando a las calles. Ganó adeptos durante el coronavirus. Para estos fanáticos, el presidente Trump es el elegido, el salvador, el aliado en la lucha contra el mal. Los Clinton, Obama, el inversor multimillonario George Soros, el nuevo orden mundial, son el Estado profundo, corrupto y pedófilo. La conspiración está al alcance de la mano, en la red, accesible en todo momento y lugar. Los soldados digitales de Q reciben instrucciones e información a través de los llamados drops o mensajes. Se desconoce quién o quiénes los mandan. Michael Ballweg proclamó en una manifestación el eslogan de QAnon: “Donde vamos uno, vamos todos”. Los QAnon en Alemania pedían a Trump que liberase el país. Sus narrativas soberanistas y las de una conspiración mundial para oprimir al pueblo podían vincularse con las ideas de los Reichsbürger.

El periodista estadounidense experto en esta teoría de la conspiración, Mike Rothschild, me contó: “Muchos de los elementos de Q están muy centrados en EE UU, pero también los hay universales como la desconfianza hacia el poder, los banqueros, los científicos y los expertos. La gente busca respuestas y a quién culpar de todo lo que está sucediendo y perturbando sus vidas”. Durante semanas estuve siguiendo y analizando a estos movimientos en las redes, incluso en grupos de Telegram con nombre falso y en foros de debate de Reddit. En Alemania, la televisión pública ZDF analizó distintos canales de habla alemana de Q y comprobó que se había producido un rápido aumento en el número de miembros de sus principales grupos de Telegram. En el caso de Qlobal Change, su número se había cuadruplicado en muy poco tiempo.

Su evolución y su conexión con la extrema derecha preocupaban a los expertos. “Los ideólogos de la conspiración y los extremistas de

derecha comparten dos historias importantes. Por un lado, existe una élite secreta que gobernaría el mundo en detrimento de los alemanes. Por otro, todos los medios de comunicación están controlados por esta élite y solo se puede confiar en la prensa alternativa. Están unidos en esta visión del mundo. En principio, las visiones del mundo de la extrema derecha solo funcionan con historias de conspiración. Considero que el riesgo de violencia por parte de Q es alto", advertía Miro Dittrich, entonces investigador sobre extremismo de derecha de la Fundación Amadeu Antonio.

El 29 de agosto de 2020, se traspasaron todas las líneas rojas. Tras acabar una manifestación en Berlín de unas 38.000 personas, unos 400 extremistas de derechas se dirigieron al Reichstag, la sede del Parlamento alemán. Consiguieron romper el cordón policial y llegar hasta las escalinatas, enarbolando banderas y símbolos del Reich, de QAnon y gritando: "¡Resistencia!". Había militantes de los Reichsbürger, de la AfD y de Q. La imagen producía escalofríos. Posaban como vencedores bajo la inscripción "Dem Deutschen Volke" ("Al pueblo alemán"), que preside el Reichstag, un edificio en el que en los años 30 se sentaron como diputados miembros del partido nazi, con símbolos parecidos. Luego, acabaron con la democracia y la libertad y protagonizaron el capítulo más oscuro de la historia de Alemania. Las reacciones de estupor y consternación no se hicieron esperar. Muchos políticos calificaron de vergüenza e inadmisible lo ocurrido. "Las banderas del Reich, incluso las banderas de guerra del Reich, en los escalones del Parlamento alemán libremente elegido, el corazón de nuestra democracia, no solo son despreciables, sino francamente insoportables en vista de la historia de este lugar", dijo el presidente del país, Frank-Walter Steinmeier. Unos meses después, el 6 de enero de 2021, una turba de extremistas de derecha asaltaron el Capitolio, en Washington. Entre ellos, encabezando el ataque, se pudo ver claramente a militantes de QAnon.

Los Reichsbürger y su ‘golpe de Estado’

Los ciudadanos del Reich siempre estuvieron en un segundo plano y eran poco conocidos hasta la pandemia. Fueron muy visibles durante las protestas. No reconocen la República Federal de Alemania y predican un profundo rechazo a las instituciones del Estado y al orden democrático y libre. La Oficina de Protección de la Constitución, en su último informe, calcula que cuentan con unos 25.000 seguidores, alrededor del 10% (2.500 personas) violentos. Se observa un aumento en el porcentaje de mujeres, del 23% en 2017 al 43% en 2023. Se está produciendo un rejuvenecimiento del colectivo. En su imaginación están convencidos de que Alemania está siendo gobernada por el Estado profundo (lo mismo que predica Q). Consideran que el Estado alemán sigue ocupado por las potencias occidentales de la posguerra: Estados Unidos, Reino Unido y Francia. En sus fantasías, las fronteras del imperio alemán de 1937 siguen existiendo. Están presentes sobre todo en Brandeburgo, Mecklemburgo-Pomerania Occidental, Turingia y Baviera. Se niegan a pagar impuestos y han declarado sus pequeños “territorios nacionales”, que denominan “Segundo Imperio Alemán”, “Estado Libre de Prusia” o “Principado de Germania”.

Se radicalizaron aún más durante la pandemia. Ganaron adeptos entre los Querdenker. Suelen filmar las agresiones a las autoridades para subirlas a Internet. Tienen predilección por las armas de fuego. Están preparados y dispuestos a cometer actos graves de violencia. La policía ha encontrado grandes alijos de armas y munición durante los registros en propiedades de miembros de este movimiento, entre los que hay antiguos soldados del ejército alemán. Las autoridades alemanas han retirado los permisos de armas a cientos de sus seguidores. Son revisionistas y nacionalistas, incluso nazis. También prorrusos, en parte porque esperan recibir apoyo del Kremlin. Venden artículos ficticios del Reich, como documentos de identidad, carnés de conducir, matrículas de coche, libros y otros materiales. Ofrecen seminarios, asesoramiento

jurídico y conferencias. Casi 200 Reichsbürger han sido detenidos en los últimos años, acusados de coacción, falsificación de documentos y sedición.

El 7 de diciembre de 2022, se realizó una operación policial a gran escala en todo el país en la que se detuvo a más de 25 militantes de los Reichsbürger. Lo que las investigaciones iban a poner en evidencia parecía una mala película de teóricos de la conspiración, pero era real. Habían creado un grupo variopinto y preparaban un golpe de Estado. El plan era derrocar al Gobierno y asaltar el Bundestag. Estaba prevista la participación de hasta 16 personas, principalmente antiguos miembros de unidades especiales del ejército y de la policía. Había formado un brazo militar y un consejo dirigido por el príncipe Enrique XIII Reuß, un aristócrata y empresario inmobiliario de Fráncfort, propietario de un pabellón de caza en Bad Lobenstein, en Turingia. El segundo cabecilla era Rüdiger v. P., antiguo comandante de paracaidistas. El asalto al parlamento fue ideado por Max Eder, excoronel del ejército, y por Peter Wörner, exparacaidista. Ambos pertenecían al brazo militar del grupo. Entre los detenidos había una jueza, Birgit Malsack-Winkemann, diputada por la AfD hasta 2021.

El objetivo era detener a los diputados y llevárselos esposados. Peter Wörner habría elaborado ya una lista de miembros del Gobierno federal y del Gobierno de Baviera, así como de otros políticos, periodistas y personajes públicos. La exdiputada de la AfD habría guiado a Maximilian Eder y a otro de los acusados por el edificio del Parlamento a finales del verano de 2021 para preparar el asalto. Tres semanas después, volvió al barrio gubernamental con Wörner. Este hizo varios vídeos del edificio, de los despachos de los diputados y de los accesos subterráneos a otros inmuebles del barrio gubernamental, incluida la sala de plenos del Bundestag. Según las investigaciones, Malsack-Winkemann les explicó que los miembros del Gobierno se sientan en el lado izquierdo de la tribuna.

Malsack-Winkemann iba a ser la ministra de Justicia tras el golpe de Estado. Así lo reconoció en el interrogatorio, aunque negó que estuvieran preparando un golpe terrorista y el asalto al Bundestag. Mensajes de chat la incriminan. El presunto líder le había escrito, en marzo de 2022, que “todo el Gobierno está involucrado en esta

corrupción" y que debe "ser erradicado". Otro detenido le escribió que Reuß esperaba que todo "acabara", a lo que ella respondió: "Ojalá. No soy la única que espera con impaciencia". Los investigadores también encontraron notas reveladoras en su casa. En ellas, supuestamente reflexionaba sobre una fase de transición y el cierre de los tribunales, de la administración y de los órganos legislativos, así como de los medios de comunicación. También contemplaba la prohibición de los partidos y de las fundaciones, la posible destitución de jueces y otros empleados y la creación de una jurisdicción militar y otra especial.

El policía detenido, Michael Fritsch, había elaborado una lista con los nombres de los diputados, sus circunscripciones electorales, su afiliación política y sus contactos de trabajo. Antes de su detención, estaba suspendido de empleo y sueldo por participar en manifestaciones contra el coronavirus. Otro acusado escribió en chats sobre el inicio de una guerra el 1 de agosto de 2022 en Alemania y que estaba armado y listo, e intentaba unir a todos para esta última batalla. Otro escribió que el ejército tomaría el control en septiembre de 2022. La fiscalía acusó a los presuntos conspiradores de haber planeado derrocar el orden estatal. El grupo quería reclutar miembros de las Fuerzas Armadas y de la policía. No les importaba hacer uso de medios militares y de la violencia contra representantes del Estado, ni recurrir al homicidio. Eran conscientes de que podría haber víctimas y lo aceptaban porque luchaban para lograr el cambio de sistema. El príncipe Reuß y su tropa planeaban formar un Gobierno de transición que negociaría el nuevo orden con los aliados vencedores de la Segunda Guerra Mundial. Creían en la existencia de una sociedad secreta militar internacional llamada "Alianza", que les enviaría una señal para pasar a la acción[42].

El caso plantea la pregunta de cómo personas adultas, entre ellas académicos, exoficiales del ejército, policías y hasta una jueza, pudieron caer en la trampa de una mezcla de esoterismo, ideología soberanista y revisionista y fantasías sobre limpiar la sociedad y crear tribunales militares. Los principales cargos que se les imputan son la formación de una organización terrorista y la preparación de un acto de alta traición, es decir, un golpe de Estado.

Entre los detenidos hay al menos tres miembros de la AfD: la jueza,

el tesorero de las juventudes del partido en Sajonia y otro político. Los líderes del partido, Alice Weidel y Tino Chrupalla, echaron balones fuera, se distanciaron del grupo y minimizaron el presunto plan tildándolo de “golpe infantiloide”.

Höcke y la nueva derecha

Björn Höcke es el más radical de los dirigentes de la AfD y el presidente del partido en Turingia. Sus relaciones con la ejecutiva federal son complicadas y tensas. Es el hombre fuerte de la formación y quien se ha enfrentado a él ha terminado fuera del partido. En septiembre del 2024, la AfD fue la gran vencedora de las elecciones de Turingia, con casi un 33%, un gran triunfo para Höcke. Pero tuvo que ver cómo los otros partidos ponían el cordón sanitario y formaban una coalición con Mario Voigt, de la CDU, como jefe de Gobierno, al frente de una coalición con el SPD y la izquierdista Alianza Sahra Wagenknecht.

Sociólogo e historiador, Höcke era profesor de instituto en el estado de Hesse, en el oeste, cuando entró en la AfD. Es el contacto más importante del partido con la nueva derecha. Aspira a formar una alianza de grupos ultranacionalistas para homogeneizar étnicamente Alemania y Europa. En sus declaraciones, utiliza conceptos fascistas, racistas, revisionistas o antisemitas e ideas y lenguaje propio del nacionalsocialismo. Los servicios secretos internos lo tienen clasificado como extremista de derecha y bajo vigilancia desde principios de 2020. Ha sido ya enjuiciado un par de veces por utilizar expresiones prohibidas, como “alles für Deutschland” (“todo por Alemania”), lema de las SA, punible en Alemania. Las declaraciones difundidas desde hace años por este extremista pueden considerarse en la línea del soberanismo y de la nueva derecha, una red informal de grupos, individuos y organizaciones. Van desde el conservadurismo nacional hasta la extrema derecha, buscan imponer ideas antiliberales y antidemocráticas en la sociedad y en la política a través de diferentes estrategias.

Dentro de esa red de extrema derecha, Jürgen Elsässer, amigo de Höcke, actúa como el creador de opinión a través de la empresa multimedia que tiene en Falkensee, en Brandeburgo. Publica, desde

diciembre de 2010, la revista mensual Compact. Además, cuenta con su propio sitio web, un canal de YouTube, tiene presencia en redes sociales y el formato de televisión en línea Compact.DerTag, que se emite todos los días de la semana. Difunde una visión del mundo antisemita, hostil hacia las minorías y revisionista de la historia. Además, utiliza narrativas conspirativas con fines políticos.

Elsässer ha hecho campaña a favor de la AfD desde que fue fundada. En 2024, publicó un número especial sobre el partido. Ya en 2019 había publicado discursos de Höcke. Ha convertido la revista en el órgano de los extremistas de derecha, de los fanáticos a favor de Rusia y de los conspiranoicos. “Queremos derrocar a este régimen”, anunció en una de sus portadas. Compact es también una plataforma para el ala más extrema de la AfD que lidera Höcke. Elsässer proclamó 2024 como el “Año de los Patriotas” y puso a Björn Höcke en la portada, junto a Donald Trump. Escribió que era una “figura destacada” que se había “convertido en el rostro del Este mucho más allá de Turingia” y que podía “agrupar todos los anhelos de los alemanes”. Elsässer sabe cómo combinar ideología y negocios. Entre los libros que vende para esotéricos y para partidarios de la conspiración del 11-S, incluye uno de cocina neonazi con los “88 mejores platos de carne del Reich”. 88 es el código que usan los neonazis para gritar Heil Hitler. En una aparición en Gera, se jactó de querer establecer un “Reich democrático alemán” en el Este, con Höcke como “canciller del Reich”. Odia a Estados Unidos y admira a Putin.

La ministra del Interior, Nancy Faeser, prohibió, en julio de 2024, la revista Compact, incluidos todos los canales de las redes sociales, por ir contra el orden constitucional. En agosto, el Tribunal Administrativo Federal suspendió parcialmente esa prohibición. Faeser describió Compact como el “portavoz central de la escena extremista de derecha” que agita “de una manera indescriptible contra los judíos, contra las personas con una historia de migración y contra nuestra democracia parlamentaria”[43].

La nueva derecha aspira a un cambio político fundamental a través de una revolución cultural de derechas. Su institución más importante era el Instituto de Política del Estado, que organizaba conferencias sobre cuestiones políticas y publicaba su propia revista

Sezession. En ella, se habla abiertamente de revolución y resistencia. Sus representantes son Götz Kubitschek y Ellen Kositza. Quisieron unirse a la AfD en 2015, cuando Lucke todavía controlaba el partido, pero se les negó la afiliación. Höcke y Kubitschek son amigos. El presidente de la AfD de Turingia dio conferencias en dicha institución de extrema derecha, fundada en mayo del 2000 por Kubitschek, quien era también su director. Estaba en Schnellroda, en Sajonia Anhalt. Kubitschek es, además, dueño de la editorial Antaios. En 2015, fue el orador principal en muchas manifestaciones de Pegida. Tiene amistad con el editor de la revista Compact y con el soberanista austriaco, Martin Sellner. Los actores de la nueva derecha están bien conectados entre sí y con los más extremistas de Alternativa para Alemania.

La Oficina de Protección de la Constitución clasificó el Instituto de Política del Estado como organización de extrema derecha en mayo de 2023. Estaba registrada como asociación con el nombre de Verein für Staatspolitik, pero se disolvió el 17 de abril de 2024. Ya un par de meses antes, el 28 de febrero, se había constituido la sociedad Menschenpark para heredar sus funciones, en el mismo lugar y con Kubitschek como su administrador único. Una nueva editorial, Metapolitik, continúa publicando la revista Sezession. Cambian los nombres, siguen los mismos objetivos, desaparecen de la lista de extremistas de derechas de los servicios secretos internos y evitan confiscaciones y registros, pero no dejan de estar bajo vigilancia. Esta institución se considera generadora de ideas e impulsora de la nueva derecha. Organiza de forma regular eventos y congresos de varios días de duración, denominados “academias”. Está considerada el laboratorio de ideas de la nueva derecha. Las autoridades alemanas le atribuyen una perspectiva racista y califican su orientación como contraria al orden constitucional liberal y democrático.

Dentro de la red, los actores desempeñan papeles diferentes y en parte complementarios, desde estrategas a editores o creadores de opinión, pasando por activistas, como los del movimiento identitario. El objetivo común es una revolución cultural de derechas.

Alice Weidel, la líder

polarizadora y camaleónica

"Para mí, la libertad no es solo una palabra o un sentimiento subjetivo, sino un bien que debe defenderse frente a los Gobiernos europeos, que en mi opinión han perdido toda medida y determinación. Como economista, no puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo se gestiona desde hace años la legislación vigente en Europa. La libertad es el gran ideal que mueve al ciudadano. La libertad es el motor del desarrollo económico y social, así como del desarrollo intelectual y cultural", escribe Alice Weidel en su libro Widerworte. Gedanken über Deutschland (Contraposiciones. Reflexiones sobre Alemania)[44]. Publicado en 2019, es toda una declaración de intenciones, un rechazo de lo establecido y una presentación de sus ideas sobre la Alemania que tiene en mente; es su manifiesto. Como era de esperar, no falta uno de sus temas prioritarios, la inmigración: "La inmigración ilegal incontrolada de millones de personas procedentes de culturas no europeas está cambiando el país de forma más fuerte y radical que cualquier decisión errónea anterior y no para bien. Solo un porcentaje ínfimo de los que han entrado como 'solicitantes de asilo' son realmente perseguidos y, por tanto, tienen derecho a asilo; solo una fracción podrá integrarse en el mercado laboral y en la sociedad. De hecho, no se producen deportaciones ni denegaciones. La ley vigente ha sido derogada arbitrariamente durante años y, deliberadamente, ya no se aplica"[45].

Weidel ha intentado posicionarse siempre más cerca del ala moderada que de la más radical de Höcke, con el que al final ha hecho un pacto de no agresión. Es consciente que un enfrentamiento abierto con él puede costarle el liderazgo del partido. En 2019, Tino Chrupalla, un pintor de Sajonia que creció en la antigua RDA, fue elegido como copresidente del partido junto a Jörg Meuthen. Alice Weidel se quedó como portavoz-presidenta

adjunta y esperó su momento. Chrupalla fue miembro de las juventudes de la CDU antes de entrar, en 2015, en la AfD. En mayo de 2021, el partido eligió a Chrupalla y a Weidel para encabezar la candidatura en las elecciones al Bundestag. La formación obtuvo el doble de votos en el Este que en el Oeste, pero eso no evitó que perdiese votos respecto a los comicios de 2017, en los que Weidel también había encabezado la candidatura de la AfD con Alexander Gauland.

La versátil y camaleónica Weidel ha ido sobreviviendo a todos los cambios de piel del partido y, a lo largo de su carrera política, ha demostrado una y otra vez una asombrosa capacidad de adaptación. Es una persona que polariza: para unos es esperanza, para otros, un peligro. Finalmente, en el congreso de 2022, ella y Chrupalla eran elegidos como presidentes del partido y de la fracción parlamentaria, aunque es Alice la cara visible y la líder a todos los efectos.

La ambiciosa Lille, como la llamaban de niña, nació en 1979 en Gütersloh y creció en Harsewinkel, una ciudad de Renania del Norte-Westfalia. Es la menor de tres hermanos. Su padre también milita en Alternativa para Alemania. Estudió Economía y Administración de Empresas en Bayreuth. Se graduó en 2004 como una de las mejores de su promoción. Después trabajó como analista para el banco de inversión Goldman Sachs, escribió una tesis doctoral sobre el sistema de pensiones chino, por lo que se fue a China y aprendió mandarín. Se doctoró con matrícula de honor. Trabajó en Allianz Global Investors en Fráncfort y más tarde se estableció por su cuenta como consultora de empresas. De ahí, dio el salto a la política y, en octubre de 2013, apenas medio año después de su fundación, se afilió a la AfD.

Tanto su currículum como el collar de perlas que le gusta llevar le dan un aire de burguesa. No ha sido ajena a la controversia y en ocasiones ha interrumpido una entrevista si se ha sentido ofendida. Dos semanas antes de las elecciones de septiembre de 2017, el periódico Welt am Sonntag publicó un correo electrónico que Weidel habría enviado en febrero de 2013 a una persona de su confianza. En ese momento, todavía no era miembro del partido. En ese mensaje decía: “La razón por la que estamos siendo inundados

por pueblos ajenos a nuestra cultura como los árabes, los sinti y los romaníes es la destrucción sistemática de la sociedad civil como posible contrapeso de los enemigos de la Constitución por los que estamos siendo gobernados. Estos cerdos no son más que marionetas de las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial y tienen la tarea de mantener al pueblo alemán en un estado de inferioridad mediante la inducción de guerras civiles moleculares en las zonas metropolitanas a través de la sobreinmigración". El lenguaje recuerda por momentos al de los Reichsbürger y al de los racistas, lejos de la moderación con la que ella se presentaba. Nunca ha admitido haber escrito ese correo, que muestra un radicalismo que ella intenta evitar u ocultar. En 2018, denigró en el Bundestag a refugiados y solicitantes de asilo, a los que llamó "acuchilladores subvencionados", y se refirió a las jóvenes musulmanas como "chicas con pañuelo en la cabeza". Fue reprendida públicamente por el entonces presidente del Parlamento, Wolfgang Schäuble. "La polarización es un recurso estilístico para iniciar debates", se justificó Weidel.

Con la caída de Frauke Petry, se dio cuenta de que, si quería ascender en el partido, no podía enfrentarse al ala de Höcke. En la primavera de 2017, había apoyado con Petry un procedimiento de expulsión contra él que quedó en nada. Nadie ha conseguido desacreditarla hasta ahora, ni en 2018, por unas donaciones enviadas al partido desde Suiza. La AfD tuvo que pagar 396.000 euros a la administración del Bundestag, tres veces más que la cantidad donada. Todo un escándalo por el que el partido, sin embargo, no le pidió responsabilidades.

En 2023, en su décimo aniversario, el partido se había alejado mucho de sus primeras ideas. Cuando la migración pasó a un primer plano, su antiguo vicepresidente Hans Olaf Henkel dijo: "Hemos creado un verdadero monstruo". Los padres fundadores que habían abandonado el partido se expresaron de forma similar. Cuanto más radical, más éxito. Desde la salida de Meuthen y desde la convención del partido en Riesa, en junio de 2022, no ha habido grandes disputas, principalmente porque la parte más extrema se ha impuesto en cuanto al contenido, lejos del centro que representaba Weidel al principio.

En el congreso del partido de Magdeburgo, en julio de 2023, empezaba ya a hacerse con el liderazgo en el partido. En su discurso de apertura, de cara a las elecciones regionales en Alemania Oriental, exclamó: “Solo tenemos que derribar un muro de contención, y es el muro de contención de la CDU en el Este. Es antidemocrático”. Calificó a la Unión Europea de antidemocrática y dijo que había que detener la migración desbordante. Se comprometió a fortalecer los Estados nacionales y a construir una Europa-fortaleza para proteger la patria.

En estos últimos años, en entrevistas y en debates, se la ha visto tranquila, serena y reflexiva, pero también le gusta provocar. Es ultraderechista a la vez que globalista y cosmopolita. Sueña con seguir los pasos de su modelo político, Margaret Thatcher. “Me impresiona su biografía, [su forma de] nadar a contracorriente, incluso cuando resulta incómodo”, dijo la líder de la AfD en una ocasión. Vive de forma diferente a como le gustaría a su partido. Su vida privada difícilmente encaja con las ideas que defiende como política. Lejos de la familia tradicional que pregona, es lesbiana y vive, como pareja de hecho, con Sarah Bossard, una productora y directora de cine suiza, nacida y de origen esrilanqués y adoptada de niña por un matrimonio suizo. Juntas crían a dos niños adoptados. En 2018, la AfD, con Weidel como jefa del grupo parlamentario, exigió la abolición de los matrimonios homosexuales. Su pareja, sin embargo, dijo que iba a votar a favor del matrimonio para todos en el referéndum en Suiza, en 2021. En su cuenta de Instagram, publicó un vídeo en el que ella y Weidel se mueven al ritmo de Kylie Minogue en el coche. Pregona el control y cierre de fronteras y ella vive entre dos países, Alemania y Suiza (donde residen su mujer y sus hijos). Su vida familiar es más liberal que la que dicta la línea del partido que, con ella al frente, quiere parecer más suave, más profesional, menos burgués. Pero detrás de esa fachada se esconde una mayoría de extremistas de derecha.

El encuentro de Potsdam y la ‘remigración’

El 10 de enero de 2024, el grupo Correctiv publicó una investigación sobre un encuentro secreto de políticos de la AfD, neonazis, empresarios y miembros de la nueva derecha. Se habían reunido a finales de noviembre de 2023 en el hotel Landhaus Adlon de Potsdam[46]. Allí, el soberanista e identitario austriaco, Martin Sellner, propagó su concepto de remigración: la deportación masiva de migrantes, incluidos aquellos ciudadanos que no se hubiesen asimilado y tuviesen origen migrante, es decir, ciudadanos con nacionalidad alemana incluidos. Iba bastante más allá de la deportación de refugiados cuya solicitud de asilo hubiese sido rechazada. El escándalo no se hizo esperar. A muchos nos vino a la mente la Conferencia de Wannsee de 1942, en la que altos funcionarios nazis pusieron en marcha la “solución final”.

La dirección de la AfD intentó distanciarse de la reunión de Potsdam, pero era un objetivo complicado ya que el asesor y mano derecha de Weidel, Roland Hartwig, había estado en esa reunión. Para salir del paso, en un principio alegaron que se trataba de un encuentro privado, que Hartwig no había acudido como representante de la AfD. Sin embargo, la coartada no era creíble y Weidel tuvo que cesar a Hartwig. Los dirigentes del partido pasaron al ataque, dijeron que las acusaciones de Correctiv eran falsas y denunciaron una campaña dirigida y organizada contra ellos por el Estado y los “partidos sistémicos”.

Se presentaron como víctimas de una “campaña sucia”, compararon la investigación con “métodos de la Stasi”, es decir, con la vigilancia sistemática del Estado a través del sistema de espionaje generalizado de la antigua RDA. Decían que era uno de los mayores escándalos de la historia de Alemania e incluso llegaron a intentar desviar la atención del asunto diciendo que las fotos de la reunión eran falsas. Aunque los obstáculos para prohibir a la AfD siguen siendo muy altos en Alemania, el debate volvió a la primera fila. Se

barajó incluso bloquear las fuentes de financiación del partido, sin embargo los grandes partidos se mantuvieron cautelosos. Los ideólogos de la extrema derecha nunca ocultaron sus planes. Björn Höcke ya dijo en una manifestación de Pegida: “Ya no hablo de integración, solo hablo de remigración”. Su objetivo es expulsar de Alemania a 200.000 personas al año, a las que califica de inmigrantes ilegales.

La oleada de protestas contra el extremismo de derechas se extendió por todo el país. De repente, el peligro pareció muy real para muchos. Tres millones de personas salieron a la calle en más de 1.100 manifestaciones. Las protestas fueron de las más concurridas de la historia de la posguerra alemana. No solo en las grandes ciudades, sino también en poblaciones medias y pequeñas. También en el Este del país, donde las amenazas de la extrema derecha llevan a muchos a quedarse en casa y callar.

Es difícil saber si esta resistencia contra la extrema derecha será duradera. Los manifestantes temen que el oscuro pasado pueda repetirse, que desaparezca la sociedad liberal y abierta en la que viven. Parece que la revelación sobre la reunión conspirativa de Potsdam ha hecho que se tome conciencia de ello, incluido el presidente de la CDU, Friedrich Merz, quien declaró que “la mayoría silenciosa alza la voz y muestra que quiere vivir en un país abierto y libre”.

Las manifestaciones en Alemania Oriental sí preocupan a los dirigentes de la AfD en el Este porque pueden poner en cuestión su pretensión hegemónica y su alto apoyo electoral. Durante años, en algunas de esas ciudades se fue asentando un ruido de fondo antidemocrático que se intensificaba los lunes, cuando había manifestaciones contra los refugiados, contra la política de contención del coronavirus y en general contra “los de arriba”. Siempre hubo poca resistencia porque declararse abiertamente contra la AfD puede suponer una condena al ostracismo social, a las amenazas o incluso a las agresiones físicas. Además, el cambio demográfico y la emigración de personas comprometidas con la democracia y con un buen nivel de formación, así como la debilidad estructural de los partidos, sindicatos, iglesias y federaciones deportivas dejaron un vacío que se extendió hasta el ámbito

político. Hoy día, ese vacío lo ocupa la extrema derecha.

La denuncia de Correctiv también tuvo consecuencias internacionales para el partido. Alice Weidel estuvo en París, en febrero de 2024, con Marine Le Pen. Esta ya había mostrado su indignación por el planteamiento que hacía la AfD de la remigración, un término utilizado también en Francia por el ultraderechista Éric Zemmour. Para Le Pen era ir demasiado lejos y pidió a Weidel un compromiso por escrito de que no se incluiría en el programa electoral del partido. Al final, se produjo un distanciamiento entre las dos formaciones y se puso fin a su cooperación en el Parlamento Europeo. Antes estaban en el mismo grupo: el populista de derechas Identidad y Democracia. Ahora, la AfD está en el de las Naciones Soberanas y la Agrupación Nacional de Le Pen en Patriotas por Europa.

Capítulo 6

Los muros de contención se tambalean

La AfD muestra cada vez más abiertamente su radicalismo y, sin embargo, sigue su auge. Los moderados ya no tienen nada que decir en el partido. Las diversas crisis que ha vivido y vive el país le han beneficiado. La incertidumbre y la inestabilidad, especialmente la económica, juegan a favor de partidos como este. La confianza en la política y en los políticos ha disminuido. La formación ultraderechista ha dejado de ser un fenómeno solo del Este y ha adquirido fuerza también allí donde surgió, en el Oeste, donde se socializaron la mayoría de sus dirigentes. La aparición y ascenso de la AfD suponen un enorme desafío para los partidos tradicionales, los Kanzlerparteien (los partidos a los que pertenecen los cancilleres) y los de centro, que han formado parte de las diferentes coaliciones a lo largo de la historia de la RFA.

El final del tripartito

Tras el final de la era Merkel se formó, el 7 de diciembre de 2021, una coalición inédita hasta ese momento a nivel federal: la Coalición Semáforo, por los colores de los partidos que la componían —el rojo de los socialdemócratas, que habían ganado las elecciones del 26 septiembre de 2021; el verde de Los Verdes, y el amarillo de los liberales del FDP—. El canciller era Olaf Scholz. No se preveía que la travesía fuera a ser fácil porque discrepaban en muchos temas básicos y se tenía poca confianza en ese tripartito que se presentó como una alianza progresista. Además, el país necesitaba un plan modernizador y de desarrollo. La canciller Merkel había proporcionado estabilidad y seguridad durante 16 años, pero había dejado muchos retos pendientes.

Sus protagonistas, Olaf Scholz, el vicecanciller Robert Habeck y el ministro de Finanzas, Christian Lindner, estuvieron enfrentados de forma constante. Cuando comenzó la coalición, Scholz hizo todo lo posible por tratar especialmente bien al FDP. Entendió que en una coalición con dos partidos de izquierdas que ya habían formado alianza antes, el partido liberal podría sentirse como un extraño. Hizo concesiones, tantas y tan amplias, que Los Verdes acabaron exasperados y se quejaron de que el canciller mimaba constantemente al FDP. Poco más de dos meses después, la invasión rusa de Ucrania situó a Alemania en unas condiciones completamente diferentes ante el cambio del marco geopolítico y económico. Se vio con problemas financieros y gastos en gas, petróleo y defensa imprevistos.

El fracaso de la coalición se fue fraguando sobre todo por el dinero. El 15 de noviembre de 2023, se tambaleó tanto que ya no fue posible estabilizarla por completo. Ese día, el Tribunal Constitucional declaró parcialmente inconstitucional la política presupuestaria del Gobierno. Rechazó que se utilizaran, para financiar la política climática y energética, los 60.000 millones de

euros que habían sobrado de créditos para combatir los efectos del Covid. La sentencia del tribunal abrió un agujero. El ejecutivo ya no podía contar con ese dinero y se vio obligado a realizar recortes presupuestarios. Se había pensado utilizar ese fondo especial, que no era parte del presupuesto federal, para superar las diferencias entre los liberales, quienes querían sanear el presupuesto, y los socialdemócratas y verdes, quienes requerían fondos para su política social y climática.

Los dos partidos de izquierdas defendían un rol fuerte del Estado, con suficientes fondos para sus políticas. Los liberales priorizaban el libre mercado y un planteamiento fiscalmente conservador. Unos abogaban por más Estado, el otro por menos. En momentos de poco dinero disponible, no se ponían de acuerdo sobre las prioridades. El SPD y Los Verdes se resistían a mantener el freno a un nuevo endeudamiento, necesario por la guerra de Ucrania, para la ayuda financiera y militar a Kiev, la acogida de refugiados y la urgencia de reequipar al ejército alemán. Lindner adoptó una posición que lo definiría en los próximos meses: el freno a la deuda, la ley que rige la cantidad de deuda nueva que el Gobierno puede asumir, debía cumplirse a toda costa. Sabía que no podía ceder en eso si no quería perder el apoyo de su partido y votantes.

En los meses siguientes, todos los conflictos de la coalición siguieron el mismo patrón: el SPD y Los Verdes exigían más dinero, insistiendo en que se suavizara el freno de la deuda para impulsar las inversiones y tapar los agujeros presupuestarios. En el origen de la última trifulca estuvo, como en otras ocasiones, el dinero disponible y en qué partidas gastarlo. Lindner exigía un cambio económico completo. Abogaba por la reducción de las medidas de protección climática, recortes en el bienestar, menos regulación y la eliminación del recargo de solidaridad. Casi ninguna de sus demandas recibió el apoyo del SPD ni de Los Verdes. Scholz quería introducir nuevas subvenciones para disminuir los costes energéticos de las empresas. El plan del canciller preveía un rescate para la industria automovilística alemana y declarar una situación de emergencia para suspender el freno a la deuda. Al final, la cuerda se rompió de tantos tiras y aflojas que habían impedido llevar a cabo reformas de calado para luchar contra la crisis.

Cuando el líder liberal se hartó le dijo al canciller que, si no estaba preparado para hacer cambios, juntos deberían allanar el camino para nuevas elecciones. Y Scholz le tomó la palabra, pero sin contar con él para allanar el camino. “Ya no quiero que seas miembro de mi gabinete e informaré al presidente federal de que estás despedido”, le dijo Olaf Scholz a Christian Lindner, el 6 de noviembre de 2024, durante la reunión que celebraban con su otro socio de coalición sobre temas presupuestarios. Se hizo el silencio. Lindner parecía conmocionado, pero respondió: “De acuerdo”. El encuentro convocado para intentar salvar el Gobierno y llegar a un compromiso acababa de forma abrupta. Y ese fracaso era también el final del Gobierno.

La última vez que un Gobierno se derrumbó en Alemania fue hace más de cuatro décadas. En 1982, los liberales del FDP cambiaron de bando, abandonaron al SPD en el gobierno y se fueron con la CDU. Se pasó de Helmut Schmidt a Helmut Kohl. Resulta excepcional que caiga un Gobierno en la historia de esta república, y más en medio de una crisis y con la extrema derecha en auge. Los alemanes siempre se han sentido orgullosos de la estabilidad de sus ejecutivos, que han sido coaliciones, salvo en una ocasión con Konrad Adenauer de canciller.

Pero el tripartito nació lastrado por las personalidades de Scholz y Lindner, y la guerra de Ucrania lo cambió todo. “Con demasiada frecuencia, el ministro Lindner bloqueó el progreso. Con demasiada frecuencia, se involucró en tácticas partidistas mezquinas. Con demasiada frecuencia, traicionó mi confianza”, aseguró Scholz. Poco después, Lindner dijo de Scholz: “Su declaración demuestra que Olaf Scholz ya no está interesado en un compromiso que todos pudieran apoyar, sino en la fractura calculada de esta coalición”. Dos hombres, cuyo destino era mantener funcionando el Gobierno en momentos convulsos, no ocultaban su animadversión. La coalición acabó igual que llevó a cabo sus asuntos durante tanto tiempo: con acusaciones, insinuaciones y sospechas. Ahora, todos los esfuerzos se iban a centrar en situarse en la mejor posición de salida para la corta y dura campaña que se avecinaba. No eran los líderes más queridos ni los más populares.

Desde la barrera, la oposición cristianodemócrata había esperado el

batacazo y había ido subiendo en intención de voto conforme los problemas aumentaban en la coalición. También la extrema derecha de la AfD salía beneficiada de todo lo que fuera inestabilidad e inseguridad. Tras el bache electoral postpandemia, las urnas empezaron a sonreírles. En las elecciones europeas de mayo de 2024 quedaron en segundo lugar, por detrás de los cristianodemócratas. En septiembre, siguieron en la misma línea en los comicios en tres estados del Este. Ganaron en Turingia, pero no gobiernan por el cordón sanitario. Y quedaron en segundo lugar, a muy poca distancia, de la CDU en Sajonia y del SPD en Brandeburgo. Nunca los partidos gobernantes a nivel federal obtuvieron tan malos resultados. Solo en Brandeburgo, el SPD logró recuperarse un poco. Los liberales fueron pulverizados en los tres. Tras los comicios, cada partido trató de ganar un perfil propio.

El 16 de diciembre de 2024, Olaf Scholz perdía la cuestión de confianza que había presentado en el Bundestag, lo que abría el camino a nuevas elecciones. El líder de la oposición y candidato cristianodemócrata a la cancillería, Friedrich Merz, le acusó de dejar al país en una de las mayores crisis económicas de la historia de la posguerra y advirtió sobre nuevos aumentos de impuestos y un debilitamiento del freno de la deuda. Además, pidió una política orientada al crecimiento, basada en la motivación y la competitividad.

Tampoco escatimó en críticas al Gobierno la candidata de la AfD, Alice Weidel, que aseguró que el daño causado por el tripartito sería una carga para Alemania durante las próximas décadas. Señaló el declive de las industrias automotriz y de ingeniería, así como el éxodo de la industria química debido al “aumento vertiginoso de los costes de la energía”. Como no podía faltar en un discurso de la extrema derecha una mención a la política migratoria, dijo que los refugiados sirios debían “regresar inmediatamente a casa”.

Las elecciones de 2025 se iban a celebrar en medio de una grave crisis, a la que iba a tener que hacer frente la coalición salida de las urnas el 23 de febrero porque ningún partido iba a conseguir mayoría suficiente para gobernar en solitario. Todos se comprometieron a aplicar el cordón sanitario a la extrema derecha. El país hacía aguas en muchos sectores, política y económicamente.

La economía más fuerte de la Unión Europea tenía ante sí numerosos retos y estaba en recesión. “La economía alemana lleva tiempo estancada”, aseguraba Michael Hüther, director del Instituto Económico Alemán. La Coalición Semáforo se había resquebrajado en un momento en que, además, el estado de ánimo de la población ya estaba, de por sí, a la baja. Muchas personas se sentían inseguras. Los radicales de derechas estaban preparados para adelantar a todos los partidos que pudiesen en la carrera por los escaños del Bundestag.

La conversión del populismo pardo

en extrema derecha

Alternativa para Alemania se dio a conocer como un partido burgués, conservador y serio, que reconocía la Constitución y el Estado de derecho. Aseguraba que había espacio para un partido democrático de derechas en el espectro político pero, si se analiza su recorrido, se constata un alejamiento de sus ideas originales y un giro cada vez más al extremo. Los moderados abandonaron el partido o se adaptaron al cambio mientras que los radicales fueron adquiriendo cada vez más importancia. “Como resultado, la AfD se alejó de una visión democrática de derechas y se orientó hacia la extrema derecha. Esto no solo se encuentra en los márgenes del partido, sino también en su núcleo: La negación de los derechos individuales, las manifestaciones de posiciones racistas, la deslegitimación del Gobierno electo, las exigencias de un cambio de sistema, la etnicización y la pretensión de monopolio sobre la comprensión del pueblo, la negación de la libertad religiosa en igualdad de condiciones, la tendencia a las ideas conspirativas, las generalizaciones a través de estereotipos xenófobos y la relativización del antisemitismo y del pasado nazi”, resume el politólogo y sociólogo Armin Pfahl-Traughber[47]. Se ha convertido en un partido de extrema derecha, aunque su grado de extremismo sea menor que el del NPD o el de la escena neonazi.

Ha sabido también utilizar eslóganes como “¡Nuestro país, primero!”, inspirado en el “America, first!” del presidente Trump o, en la campaña electoral de 2025, “Zeit für Deutschland” (“tiempo para Alemania”). Sus dirigentes han conseguido, sobre todo gracias a las redes sociales, hacer más aceptables los discursos conspirativos. Propagan alegremente que la República Federal es prácticamente una dictadura y que se necesita un cambio. Alemania del Este es su bastión. A los ojos de muchos alemanes orientales, la etiqueta de extrema derecha ha dejado obviamente de ser un

estigma y el partido se ha situado en el centro de la sociedad. Durante mucho tiempo, los éxitos de la formación parecieron limitados al Este, pero ya triunfa también en el Oeste en lo que se convierte en un hito para su líder y copresidenta, Alice Weidel. Tras conseguir ser la segunda fuerza más votada en las elecciones en Hesse, en octubre de 2023, dijo: “Estamos en el camino correcto”.

Los errores de la coalición tripartita no son los únicos que han jugado a favor del ascenso de la formación ultraderechista. Se ha convertido también en un portaaviones del descontento y de la rabia por la situación de crisis, incluso vital, que viven el país y sus ciudadanos. Muchos de sus votantes lo son por convicción y el partido ha conseguido hacerse con un electorado fiel al que consigue movilizar a través de las redes sociales, utilizando incluso, y mejor que los demás, bulos y desinformación.

Su orientación soberanista queda patente en sus programas electorales. No pretende salir de la UE, sino disolver la Unión para crear una “confederación de naciones europeas”, aspira a una “Europa de las patrias” o a una “unión de naciones europeas” con Estados nacionales soberanos y democráticos. Quiere la salida de Alemania del euro y critica el que Alemania se haga responsable de la deuda de otros. Apuesta por aumentar la capacidad de defensa de las Fuerzas Armadas alemanas como “piedra angular de la soberanía”.

Ha contribuido a que temas como la migración y la integración estén cada vez más en el centro del debate político, y ahí ha pillado a los grandes partidos que entran a su juego. Al hacerlo, ha profundizado la división de la sociedad y ha endurecido el discurso público. Utiliza a menudo términos muy drásticos y emotivos para difundir sus mensajes, como la palabra Überfremdung (invasión extranjera), que sugiere que Alemania está siendo invadida y su cultura alemana desplazada por personas extranjeras. Otra es Umvolkung (reemplazo de la población), que es un término nazi que la AfD usa para difundir la idea de que la población alemana está siendo sustituida deliberadamente por inmigrantes. Habla de peligros, amenazas y pérdidas. Este tipo de lenguaje acaba provocando sentimientos de miedo, rabia o inseguridad.

Para los ultraderechistas, la inmigración es una cuestión existencial

y debe ser Alemania quien decida quién puede entrar en el país. Los controles y las consiguientes deportaciones en la frontera deben entenderse como un derecho natural de los Estados soberanos. La AfD prevé iniciar un claro cambio de rumbo en la política migratoria actual y volver a controlar las fronteras estatales. Su catálogo de medidas en materia de política migratoria es lo que se llama remigración (concepto incluido en el programa electoral en 2025, pero también en otros anteriores). En un claro desafío, tras el escándalo de la reunión de Potsdam, Alice Weidel utilizó abiertamente el término remigración en el congreso del partido que se celebró en Riesa el 11 y 12 de enero de 2025. “Debo decirles con toda sinceridad que, si eso se va a llamar remigración, entonces se llamará remigración”, dijo. En el programa electoral, se contemplan medidas como:

La expulsión de forma sistemática de las personas con obligación de salida del país y eliminación de los incentivos existentes. Ampliación de incentivos para el retorno voluntario.

Si desaparece el motivo de la huida —como ocurre actualmente en Siria—, finaliza el derecho de protección, que es temporal y no da derecho en ningún caso a una inmigración permanente.

Devolución prioritaria de los extranjeros peligrosos, extremistas y delincuentes graves.

No seguir observando, sin hacer nada, la importación de conflictos extranjeros a suelo alemán. Esto se aplica tanto a la proclamación del califato como al antisemitismo musulmán. En este contexto, también se facilitará considerablemente la repatriación de delincuentes extranjeros.

Faltaría el punto que más indignación causó tras conocerse el contubernio de Potsdam: la deportación masiva de ciudadanos, incluso nacionalizados, que no se hayan integrado o adaptado. Así parecen separarse del contubernio de Potsdam, pero algunos

dirigentes de la formación si que han utilizado el término remigración en ese sentido. Para la AfD, Alemania tiene que dejar de ser un paraíso de asilo. Los procedimientos de asilo y las solicitudes de protección subsidiaria se presentarán y tramitarán en el futuro fuera de Alemania, solo con identidad y nacionalidad demostradas. Ni contingentes de inmigración ni cuotas de redistribución, ya sea en el marco nacional, europeo o extraeuropeo. Las prestaciones sociales para los solicitantes de asilo se proporcionarán en especie siempre que sea posible o, de lo contrario, mediante una tarjeta de pago, y para las personas obligadas a salir del país se reducirán a un mínimo de subsistencia digno. Y así, un suma y sigue. La inmigración de trabajadores cualificados, siempre que puedan contribuir al éxito del país y al fortalecimiento de Alemania como centro económico, es aceptable. Pero no la procedente de civilizaciones extranjeras que no resuelve ningún problema económico de Alemania, sino que crea problemas adicionales.

En relación con Estados Unidos, resulta evidente su buena sintonía con la nueva administración Trump. La ven como un socio fuerte en la lucha por la libertad de expresión y contra la censura en Internet. En la campaña electoral, irrumpió el multimillonario estadounidense Elon Musk, hombre fuerte y confidente del presidente de Estados Unidos. Apostó de forma descarada por la AfD y por Alice Weidel, con la que incluso mantuvo una conversación —entrevista durante una hora y cuarto en streaming y en abierto—. El propietario de X habló de una Alemania “al borde del colapso económico y cultural” y criticó la inmigración, la economía regulada y las energías renovables. La AfD es “la última chispa de esperanza para este país. Solo ella puede salvarlo”, publicó. Los post en apoyo del partido de extrema derecha alemán y de su candidata fueron constantes. Esta clara injerencia en la política interna del país causó indignación y fue criticada por el Gobierno y otros políticos. “No recuerdo un caso comparable de intromisión en la campaña electoral de un país amigo en la historia de las democracias occidentales”, dijo Friedrich Merz. Por si X no fuera suficiente, Elon Musk publicó también un artículo de opinión en el periódico Welt am Sonntag en apoyo de la AfD. La decisión del diario de publicar el artículo provocó protestas por parte de su redacción, lo que llevó a la dimisión de un editor. También el

vicepresidente estadounidense J. D. Vance respaldó a la ultraderecha, criticó el cordón sanitario y se reunió con Weidel tras su intervención en la Conferencia de Seguridad de Múnich.

Alternativa para Alemania tampoco esconde sus diferencias con los grandes partidos respecto a la política hacia Rusia. Defiende el restablecimiento del comercio con ese país, levantar las sanciones económicas y reparar las tuberías del Nord Stream. El futuro de Ucrania, dice, es el de un Estado neutral fuera de la OTAN y la UE. Apuesta por dejar de armar a Ucrania y establecer negociaciones con el Kremlin. Su cercanía con Putin desempeña un papel relevante en esa estrategia, que seduce a una parte del electorado. Desde hace tiempo, se conocen los intentos de injerencia del Kremlin en la campaña electoral y en la política alemanas. Las declaraciones del copresidente de la AfD, Tino Chrupalla, son reveladoras. De Putin dice que "no es un criminal de guerra" y que no le corresponde a él juzgarlo, que eso lo harán los tribunales competentes tras de la guerra. Después, llamó "criminales de guerra" a un número indeterminado de presidentes estadounidenses. "Debemos recuperar nuestra soberanía", dijo el copresidente de la formación ultraderechista y añadió: "Quien vote a Merz está votando a favor de la guerra". Un eslogan que recordaba al del Partido Comunista en las elecciones presidenciales del Reich de 1932 —las últimas antes de la dictadura nazi— que rezaba: "Quien vota a Hindenburg, vota a Hitler. Quien vota a Hitler, vota a la guerra". La modificación de la cita por parte de Chrupalla es un descarrilamiento absolutamente inaceptable y condenable, con el que pretendía acercar la política exterior de Merz a la de Hitler, en uno de los múltiples juegos con las palabras y los términos de la extrema derecha.

En diciembre de 2024, Chrupalla, declaró también que Rusia había ganado la guerra en Ucrania y que Alemania debía retirarse de la OTAN si la alianza no estaba dispuesta a aceptar los intereses de Moscú. Björn Höcke abogó por una alianza económica con Rusia en la conferencia del partido, celebrada en Arnstadt en diciembre de 2024, y dijo: "Rusia se ve a sí misma como un contraproyecto a la hegemonía universalista de la potencia mundial no europea que es EE UU. La paz en Europa depende de la buena relación de Alemania y Europa con Rusia".

Desde la AfD no se oye una condena a la invasión rusa de Ucrania, que es una violación del derecho internacional. Se acusa a la AfD de adoptar una postura prorrusa en el conflicto desde el comienzo de la guerra. Incluso antes, políticos de la formación viajaron a Rusia o a la península ucraniana ocupada de Crimea, lo que se interpretó como apoyo al régimen autoritario. El presidente ruso ya dijo en una ocasión que no veía signos de neonazismo en las acciones de la AfD y se cree que algunos miembros del partido podrían estar en contacto con el Kremlin.

Hay sospechas y denuncias sobre campañas de desinformación provenientes de Rusia y del Kremlin con el fin de desestabilizar la situación en el país y, desde la convocatoria de elecciones, con el objetivo de influir en los comicios. Se especula también con la verdadera relación del partido con otro régimen autoritario: China, toda vez que Alice Weidel vivió un tiempo en el país asiático, una etapa de su vida sobre la que no suele hablar. Pero, en China, es una estrella de Internet y la favorita de los medios de comunicación. Su imagen de la nacionalista “dama de hierro” es muy popular entre los chinos conservadores.

La crisis no resuelta

Ejército, educación, burocracia, ferrocarriles y agricultores son algunas de las palabras que describen el sentimiento de la crisis alemana. El desarrollo del Estado, de la sociedad y de la economía no va en buena dirección desde hace tiempo. Esto no significa que Alemania vaya a hundirse, pero su situación puede afectar a su posición en Europa y en el mundo. Atraviesa tiempos convulsos en la economía, en la sociedad y en la política. Lleva varias décadas encadenando una crisis tras otra de distinto tipo. Sus indicadores económicos muestran debilidad y amenazan el "Made in Germany", símbolo de la tecnología más puntera y confiable. El país ha perdido competitividad en los últimos 15 años. Ha dejado de ser el campeón mundial de las exportaciones y las sanciones contra Rusia le afectan directamente; el gas ruso abastecía de combustible barato a su industria y eso cambió con la invasión rusa de Ucrania.

El controvertido economista y escritor Thilo Sarrazin describe así la situación y dibuja un panorama bastante preocupante: "Alemania continúa siendo un país fuerte en medio de Europa, pero se encuentra desde hace años en un declive relativo. El bajo número de nacimientos se mantiene, el rendimiento educativo baja, la investigación retrocede, las fuerzas de crecimiento se debilitan. Trabajar ya no merece la pena para muchos. Millones de inmigrantes de otras culturas inundan los sistemas de la Seguridad Social. La explosión de los gastos sociales supera los presupuestos públicos. El Estado está sobrepasado. Una reforma de la política de asilo y de inmigración no es posible desde hace años. La burocracia sigue subiendo. La digitalización se para, el sistema de impuestos es enemigo del rendimiento. Un cambio climático utópico pone en peligro las bases del bienestar"[48].

Por todo ello, hace falta aumentar significativamente las inversiones y el poder innovador, pero el freno a la deuda establece un marco financiero estricto para el Estado. Los impuestos corporativos

demasiado altos, la recesión, el lento avance de la ampliación de la red eléctrica, el retraso en digitalización o la escasez de trabajadores cualificados muestran la difícil situación que viven su economía y su sociedad. El aumento de los costes de personal, el encarecimiento de la energía y la excesiva burocracia debilitan también la competitividad de sus empresas.

El político socialdemócrata Thomas Mirow, en su libro Die Deutschen. Wer wir sind. Wer wir sein wollen (Los alemanes. Quiénes somos, quiénes queremos ser), tampoco ahorra críticas a la situación actual de su país. "El modelo alemán, que se ha renovado con éxito una y otra vez, incluso después de la reunificación, parece agotado hoy día", advierte, y se pregunta: "Faltan perspectivas de futuro alentadoras y creíbles por parte de la política y la economía. ¿Dónde están, se preguntan con preocupación, los nuevos motores de crecimiento que aseguren nuestra prosperidad y que podrían sustituir a lo que parece definitivamente perdido: la energía barata de Rusia, el libre comercio liberalizado en todo el mundo, la demanda de productos industriales de alta calidad por parte de China que, durante mucho tiempo, ha sido difícil de satisfacer, la excelencia en la ingeniería de maquinaria y motores?"[49].

En esta fase de cambios tan radicales, los pilares de estabilidad que han sido fiables durante décadas, como los partidos, los sindicatos, las iglesias y los medios de comunicación públicos han perdido fuerza y cada vez son menos capaces de mantener unidos a amplios sectores de la población. Esto, sin duda, contribuye a la emergencia de partidos extremistas que ofrecen soluciones fáciles a problemas complejos y que no tienen problemas en hacer uso de la desinformación o los bulos.

El semanario británico The Economist, en 2023, volvió a llamar a Alemania el "hombre enfermo" de Europa, como ya hizo a finales del siglo pasado. Thomas Mirow critica esa descripción y dice que no aporta pruebas. "En el ámbito de la investigación y en muchos de los logros de nuestras escuelas superiores y universidades, Alemania puede competir perfectamente con Estados Unidos", señala. "Somos el país europeo que registra más patentes y, además de realizar una excelente investigación básica, nuestra investigación aplicada es igualmente buena. Contamos con personas con una

formación excelente, nuestro sistema de formación dual es líder mundial y en todo el país se convocan concursos para la creación de empresas emergentes. Los ingenieros alemanes procedentes del sector del automóvil trabajan hoy día en parte en el sector de la tecnología espacial y son muy codiciados a nivel mundial", concluye[50].

Indica también que hay suficiente capital en el país, siete billones y medio de euros de capital privado y 300.000 millones de euros que las aseguradoras invierten cada año. Pero parece que no se ha invertido ni se está invirtiendo de forma adecuada porque se echa en falta en innovación. El mayor y más conocido sector industrial del país, el automovilístico, lucha contra las débiles cifras de ventas y los elevados costes del cambio a la producción de coches eléctricos. Alemania debe reinventarse una vez más para seguir desempeñando un papel clave en un mundo competitivo. Ha sido superada por algunos competidores. Volkswagen (VW) se está convirtiendo en el símbolo de la debilidad de su economía, con amenazas de huelgas y despidos masivos.

Está vendiendo productos que ya no están en la vanguardia de la tecnología. En términos de revolución digital, anda perdida.
El envejecimiento poblacional también influye en esta crisis estructural, sobre todo en la falta de mano de obra cualificada. El sistema educativo tampoco se ha adaptado a los nuevos tiempos y, en la formación profesional, cuyo modelo ha sido fundamental, aumentan las plazas que no se cubren. Los costes en Alemania son demasiado elevados para las empresas y los precios han subido para los consumidores. Los economistas hablan de pérdida de liderazgo de Alemania en sectores que siempre dominó. Se ha resquebrajado el modelo que funcionaba pero que dependía de buenas relaciones con Rusia para la energía barata, de China, ahora competidor más que cliente, para asegurarse un gran mercado y de Estados Unidos, que ahora pide más dinero en defensa, para la seguridad.

El crecimiento orientado a la exportación se convierte en una carga en tiempos de debilidad de la actividad mundial, de incertidumbre geopolítica y de las necesidades de deslocalización. El respeto férreo al freno de la deuda, motivado también por los temores alemanes a la inflación, limita la capacidad del Estado para fomentar el

crecimiento económico y se necesitan grandes inversiones en infraestructuras que han sufrido un considerable abandono, desde carreteras y autopistas hasta vías férreas, canales y puentes, y colegios. No se hicieron los deberes ni durante la era Merkel ni con el tripartito. La economía alemana debe su competitividad y su interconexión global a su enorme capacidad de innovación, ahora renqueante, a la potencia de su industria y a su tradicional mirada hacia la exportación. El país está considerado líder europeo en invenciones. Tanto los grandes grupos como las pequeñas y medianas empresas han estado siempre abiertos al exterior, dispuestos a establecer lazos fuera del país.

El reparto de la riqueza se ha hecho más desigual y se ha abierto todavía más la brecha entre ricos y pobres. Ha aumentado la pobreza y no falta la exclusión social. El paro es la razón principal para el aumento de la pobreza. Aunque el paro es bajo, afecta sobre todo a los inmigrantes, a las mujeres y a los trabajadores con baja cualificación.

Un dato muy positivo es que la economía de Alemania Oriental crecerá más que la de Alemania en su conjunto. Con Tesla, Intel y TSMC, los actores globales se están estableciendo en el Este. El Instituto ifo (Information und Forschung/Información e Investigación) ha publicado que se espera que la economía de Alemania Oriental crezca por encima de la media de la economía de Alemania en su conjunto en los próximos años. Pero habrá que esperar a ver si ese crecimiento se convierte en estable y duradero, y si se sale de la recesión. Estas empresas se instalan en esa zona porque reciben miles de millones en subvenciones del Estado alemán.

El caldo de cultivo

Agobiados por la pandemia, asustados por la guerra, desorientados por los debates sobre el cambio climático o amenazados en su existencia por el aumento de los precios. El sociólogo Wilhelm Heitmeyer llama "apatía llena de ira" al estado de ánimo de los grupos de población que se sienten ignorados y menospreciados por la política. La AfD sabe cómo aprovechar ese sentimiento con sus falsas recetas y bulos. Sus votantes se encuentran ya en toda Alemania, aunque el porcentaje sea mayor en el Este. Cuenta también con una parte importante del voto de los jóvenes. La violencia racista y de derechas tras la caída del Muro se trivializó y no se tomaron medidas a tiempo. No se hizo una revisión histórica de ninguna de las dos dictaduras, la nazi y la comunista, que habían dominado el Este del país. Hay un sentimiento extendido de no ser tomados en consideración por los políticos y un cansancio general por los cambios. El ascenso de la AfD entre los jóvenes es sintomático de la crisis actual.

La estrategia de la extrema derecha funciona mejor donde los ciudadanos se sienten abandonados. Franziska Schreiber ya advertía hace unos años que el Este estaba recuperando su autoestima con la AfD: "Sin vergüenza ni consideración por la corrección política, se enfrenta al sistema prepotente y arrogante y a los medios de comunicación controlados por él. La AfD y sus votantes, unidos en una profunda desconfianza hacia las élites, no solo no temen un nuevo levantamiento, sino que lo ven explícitamente como una opción política. La atención prestada a la AfD es en el Este un grito de protesta de aquellos que no están de acuerdo con lo ocurrido en los últimos 28 años, una llamada de auxilio"[51].

El aumento de extranjeros en la población también beneficia a la AfD porque lleva años defendiendo posturas contra la inmigración. En tiempos de escasez de recursos, como la falta de viviendas, esta evolución se instrumentaliza políticamente. Existe, además, una

predisposición a actitudes racistas. “Me preocupa que los ataques contra los refugiados hayan vuelto a aumentar drásticamente. Es aborrecible atacar a personas que buscan protección de la guerra y el terrorismo”, denuncia la ministra del Interior.

A esto se suma la creciente debilidad de los partidos tradicionales, especialmente en las zonas rurales. A veces no se encuentran candidatos democráticos para los puestos de alcalde o concejal. De esta forma, en los últimos años han surgido espacios vacíos en la política que ha ido llenando la extrema derecha. Las perspectivas de los alemanes del Este no se tienen en cuenta lo suficiente en el debate público. Hay muy pocos germanoorientales en puestos de liderazgo. En todos los niveles directivos, ya sea en medios de comunicación, en economía o en jurisprudencia, hay una proporción de alemanes occidentales muy superior a la media. Los alemanes del Este representan casi el 20% de la población alemana. Solo el 8% de los directivos de los principales medios de comunicación y solo el 4% de los líderes empresariales han nacido en Alemania del Este. Una de las principales razones de este desequilibrio persistente es que muchas autoridades federales siguen teniendo su sede principal en Alemania Occidental. Carsten Schneider, comisionado del Gobierno para el Este, explica que “incluso 35 años después de la caída del Muro, existen grandes diferencias entre el Este y el Oeste en cuanto a ingresos, esperanza de vida o riqueza, que siguen siendo menores”.

Las actitudes populistas están más extendidas en el Este (30% de los encuestados) que en el Oeste (20%). La AfD llega a muchos jóvenes con su discurso de odio a través de las redes sociales y alcanza a grupos de derechas en todo el país. Amenazan a cualquiera que no encaje en su visión del mundo. En un suma y sigue, a principios de mayo de 2024, el político socialdemócrata Matthias Ecke fue agredido por jóvenes ultras mientras pegaba carteles electorales en Dresde. En diciembre de ese mismo año, varios extremistas de derechas atacaron en Görlitz a una política municipal de La Izquierda, Samara Schrenk.

El partido también ha creado portales digitales en varios lugares que los estudiantes pueden utilizar para denunciar a profesores supuestamente “de izquierdas, verdes y sucios”. La AfD se centra en

desgastar a los adversarios políticos. El nuevo fascismo no se manifiesta en marchas uniformadas al estilo de los años treinta y la gente se está acostumbrando cada vez más a posiciones nacionalistas radicales. La AfD combina esta estrategia con la deslegitimación de las críticas, calificándolas como "antidemocráticas". La socióloga de Basilea, Franziska Schutzbach, resume así esta retórica: "La vieja derecha dice: 'Extranjeros fuera'. La nueva derecha añade: 'Si ya no se nos permite decir eso, la democracia está en peligro'".

A diferencia de los alemanes occidentales, los alemanes orientales no tuvieron ninguna experiencia colectiva de democracia y libertad hasta 1990. La eliminación de los tabúes de los debates públicos a partir del otoño de 1989 fue un gran logro. Pero no había autoridades sociales y políticas que pudieran haber actuado como corrector y mostrar los límites de la libertad de expresión, es decir, cuando el lenguaje se convierte en violencia o cuando el propio lenguaje se vuelve violento.

La globalización ha producido muchos ganadores y muchos perdedores. Hay personas que ven amenazados su estatus y su identidad. No se trata tanto de si son realmente perdedores o de si se ven amenazados. Lo más importante es que se sienten amenazados y perdedores, y que se definen como consecuencia de ello. Aunque se tache de puramente emocional, son emociones reales y deben tomarse en serio.

La hostilidad de la AfD hacia las élites es también una hostilidad hacia Occidente, aunque sea un partido occidental que tiene sus mayores éxitos en el Este hasta la fecha. En los últimos 15 o 20 años, a la pregunta de cómo se encuentran personalmente en términos sociales y materiales, entre dos tercios y tres cuartas partes de los alemanes orientales responden que bien o muy bien. Si luego se les pregunta cómo le va a Alemania Oriental desde el punto de vista social y material, entre dos tercios y tres cuartos responden que mal. Esta evidente contradicción indica que no basta con buscar las razones sociales de la tendencia al autoritarismo y al extremismo, explica el historiador Ilko-Sascha Kowalczuk[52].

En las fiestas, los jóvenes gritan "extranjeros fuera". Los directores de colegios de toda Alemania denuncian incidentes de extrema

derecha. Los padres lamentan su impotencia ante las provocaciones ultraderechistas de sus hijos. Klaus Hurrelmann, uno de los investigadores sobre la juventud más conocidos de Alemania, lleva décadas estudiando estas actitudes de los jóvenes. En abril de 2024, durante la presentación de Jugend in Deutschland 2024, el estudio de tendencias sobre la juventud en Alemania, aseguró: “Tenemos una fuerte tendencia de la generación más joven hacia posiciones de derecha y extrema derecha”, afirma. Entre los encuestados, la AfD era el partido más votado. Ante afirmaciones como que “el Estado se preocupa más por los refugiados que por los alemanes necesitados de ayuda” o que “no se puede decir nada malo sobre los países extranjeros sin ser tachado inmediatamente de racista”, más de la mitad estaban de acuerdo con ellas. Hurrelmann lo atribuye sobre todo a la inseguridad, a las amenazas a la prosperidad y a los temores sobre el futuro. “Se trata de una mezcla de sentimientos que no remite”, concluye.

Esto incluye la impresión de haber perdido el control sobre su propia situación vital, lo que convierte a la gente en más asequible para las consignas de la derecha. Los jóvenes con escasas perspectivas económicas se ven especialmente afectados. El éxito de la AfD en este grupo sería también difícil de explicar sin TikTok. La extrema derecha reconoció pronto las ventajas de las redes sociales; el contenido populista emociona. Ninguno de los principales partidos tiene tanto éxito en las redes sociales y no saben cómo contrarrestar el dominio de la extrema derecha en TikTok. Muchas escuelas lo han intentado con educación, con lecciones sobre el Holocausto o una exposición sobre la época nazi. Las juventudes nacionalistas y extremistas han creado un mundo paralelo para los jóvenes: música rap, cómics, libros y podcasts.

Las estructuras de los “años del bate de béisbol” en los 90, en los que la violencia de extrema derecha se intensificó, han sobrevivido. Los neonazis de entonces son ahora padres y sus hijos siguen sus pasos. Han aprendido esa ideología en casa. Se encuentran con ella todo el tiempo, en su entorno, con amigos. Reciben vídeos en los que se demoniza a los refugiados y a las personas queer. Escuchan las promesas de los políticos de extrema derecha para resolver los grandes problemas de nuestro tiempo. Y muchas escuelas y padres carecen de los conocimientos y la capacidad para contrarrestarlo.

El sociólogo Alexander Yendell explica cómo se desarrollan las actitudes de extrema derecha en los jóvenes: “Las investigaciones han demostrado que los niños son más propensos a desarrollar rasgos autoritarios y narcisistas si experimentan frialdad, abandono o incluso violencia en casa. Estos rasgos, a su vez, conducen a una mayor apertura a creencias conspirativas y extremistas”. Pero no hay un solo factor que conduzca a esto, sino que tienen que confluir varias cosas. A esta edad los amigos, profesores o entrenadores también ejercen una gran influencia. Las crisis generan miedo. Para algunos, este miedo se transforma en agresividad hacia todo lo extranjero.

El enfado con el Gobierno tripartito es también evidente. Desde la invasión rusa de Ucrania, la valoración del Gobierno alemán descendió. Esto alimenta a la ultraderecha, que es considerada como la única oposición verdadera al poder y a la clase dominante. Hay un alto grado de incertidumbre, insatisfacción y pesimismo sobre el futuro si se piensa en la guerra, la inflación o la escasez de energía y la falta de soluciones claras. Sus votantes ven a la AfD como el único partido porque, sencillamente, está contra el Gobierno.

La frustración y el miedo a ser perdedores están presentes en el Este y son, por tanto, caldo de cultivo de actitudes xenófobas, autoritarias y nacionalistas exageradas. La democracia solo tiene allí 35 años y los debates democráticos están menos desarrolladas que en el Oeste. La AfD ha sabido aprovechar muy bien estas circunstancias y sentimientos y ha hecho de la hostilidad hacia los migrantes uno de sus asuntos prioritarios. Así, se ha expandido y ha llegado al Oeste, donde los sentimientos y los miedos sobre los que pueden crecer son similares.

Tabúes rotos

El 29 de enero de 2025, dos días después de cumplirse el 80 aniversario de la liberación del campo de exterminio nazi de Auschwitz, pasará a la historia de la política alemana, algunos dicen que como un día de la vergüenza. En el Parlamento cundió el estupor y la consternación. Estalló el escándalo. Friedrich Merz, presidente de la cristianodemócrata CDU y candidato a la cancillería, sacó adelante, por un estrecho margen, una moción no vinculante sobre un endurecimiento de la política migratoria gracias a que la AfD votó a favor. Se produjo una fisura en el muro de contención, el cortafuegos que aislaba a la extrema derecha. Se rompía un tabú. El fantasma pardo paseaba por el Reichstag.

Merz ya había advertido que iba a presentar la moción y que la votase quien quisiese. No hubo pacto con la extrema derecha pero tampoco parecían importarle las consecuencias de su decisión. El atentado de Aschaffenburg del 22 de enero de 2025 en el que un niño de dos años y un adulto murieron acuchillados a manos de un solicitante de asilo afgano fue la gota que colmó el vaso tras otros atentados en Solingen y Mannheim, cometidos también por solicitantes de asilo islamistas. En plena campaña electoral, el candidato cristianodemócrata quería dejar claro que con él en el poder se endurecerían las medidas antiinmigración. Quizás no fue del todo consciente de la bola de nieve que se iba a formar.

Por mucho que repitiese que jamás pactaría una coalición de gobierno con la extrema derecha ni ninguna otra cosa, el mal ya estaba hecho. Los diputados de la AfD, eufóricos, se hacían selfis en sus escaños en señal de victoria: habían conseguido romper un tabú. Decenas de miles de personas salieron esos días a la calle en diversas ciudades del país, en protesta por lo ocurrido en el Parlamento y contra la extrema derecha. Incluso hubo ataques a sedes de la CDU en algunas localidades.

Las críticas a Merz le llovieron por todos lados, hasta de la

excanciller Angela Merkel. Merkel abandonó su habitual discreción y criticó sin paliativos a Merz por dejarse apoyar por la AfD. Es algo excepcional y nada al uso que un o una excanciller se pronuncie sobre política interna en medio de una campaña electoral. “Considero incorrecto que haya permitido, por primera vez, que una votación del Parlamento alemán prospere con los votos de la AfD”, dijo Merkel en un comunicado. Merz fue durante muchos años rival de Merkel, quien le condenó al ostracismo. Fue uno de los cadáveres políticos de la excanciller. Pero dos días después, el viernes 31 de enero, volvió de nuevo a la carga con la presentación de un proyecto de ley similar a la moción y este sí, vinculante. Pocas veces recuerdo haber visto a los diputados alemanes tan encrespados y con discursos tan broncos como en ese debate, en un Parlamento donde se suelen guardar las formas entre los que se ven como colegas más que como enemigos. No parecía ser el caso esa jornada, aunque el temple y las formas retornarían a los debates de la campaña electoral. Entre las medidas propuestas, expertos jurídicos coindicen en que la exigencia de controles permanentes en todas las fronteras exteriores alemanas contraviene el derecho de la UE y en que la devolución en bloque de todas las personas que desean entrar en Alemania sin permiso de entrada supone una violación del derecho de asilo consagrado en la Constitución alemana.

Merz pactó con los liberales la aprobación del plan de cinco puntos, pero no consiguió el acuerdo ni de socialdemócratas ni de Los Verdes. En plena campaña electoral, cada uno usaba sus cartas en una partida en la que cualquier mala jugada podía suponer un disgusto. Se votó de forma nominal. 692 diputados emitieron su voto: 338 votos a favor, 349 votos en contra y 5 abstenciones. Votaron en contra el SPD, Los Verdes y La Izquierda, y a favor la CDU/CSU, el FDP, la AfD y el BSW, aunque en el FDP hubo dos votos en contra. En los grupos parlamentarios de la CDU y del FDP, algunos diputados no participaron en la votación. El proyecto de ley no salió adelante, pero el cortafuegos, de nuevo, se tambaleó. Merz repitió una y otra vez que no iba a negociar con la AfD una coalición de gobierno y que el cordón sanitario seguía firme.

Guste o no, es cierto que se ha producido una cierta normalización de la AfD desde que entró en 2017 en el Bundestag, y tiene

representación también en los Parlamentos de la mayoría de los Länder; en alguno incluso es el partido más votado. También es cierto que la formación se ha radicalizado cada vez más, está vigilada por la Oficina de Protección de la Constitución e incluso amenazada con ser prohibida. No se puede ignorar que hay un acuerdo de los partidos constitucionalistas para mantener el cordón sanitario —la AfD, en cualquier caso, siempre ha dicho que acata la Ley Fundamental, aunque algunos de sus miembros son soberanistas e identitarios y no lo hacen—. Bien es cierto también que ese cortafuegos estuvo en vigor durante años para el PDS —ahora Die Linke—, herederos del antiguo partido comunista de la RDA, y el muro de contención acabó cayendo.

Hace ya tiempo que algunos miembros de la CDU se pronunciaron a favor de ir abriendo al menos el resquicio de la puerta para una posible cooperación directa o indirecta con los ultras a nivel local. Incluso Merz no lo descartaba del todo. La AfD ya cuenta con un par de cargos públicos y, si sigue su ascenso, logrará más. El primero lo consiguió en el distrito de Sonneberg, en el sur de Turingia, en el feudo de Höcke. Ganó los comicios y su candidato, Robert Sesselmann, se convirtió en administrador del distrito a pesar de que el resto de partidos había pedido el voto para el candidato de la CDU. Días después, el partido ultraderechista también logró, con Hannes Roth, la alcaldía del pequeño pueblo de Raguhn-Jeßnitz, en Sajonia-Anhalt, en el este. Estos éxitos electorales a nivel local, de alguna manera, van aceptando a un partido que cada vez más gente ve como “normal” y elegible.

Si hace unos años la AfD estaba todavía aislada, “cada vez más sectores de la política y de la sociedad parecen resignarse a sus posiciones racistas, sexistas y antidemocráticas. El partido de extrema derecha se está preparando para asumir responsabilidades gubernamentales. Si lo consigue, pondrá rápidamente en práctica su plan: abolir la democracia y remodelar Alemania desde dentro”, advierte el filósofo y activista Philipp Ruch en su libro Es ist 5 vor 1933. Was die AfD vorhat und wie wir sie stoppen (Son las 5 antes de 1933. Lo que planea la AfD y cómo detenerla)[53]. Y añade que lo que difunde la AfD es el horror de un mundo hitleriano.

La fisura del muro de contención por parte de Merz es síntoma de

una evolución mucho más importante en el panorama político alemán. Hay similitudes entre la CDU y la AfD, que están de acuerdo en cuestiones de migración y de política social. Ya se vio en la convención de la CDU en Berlín, en la primavera de 2024. Allí se acordaron posiciones migratorias y sociopolíticas que apenas se diferencian de las de la AfD. Las votaciones del miércoles y del viernes acabaron con la ilusión de un centro democrático estable formado por Los Verdes, el SPD, el FDP y la CDU. Durante mucho tiempo, este centro solo ha sido una construcción artificial que se ha mantenido viva gracias al tabú del muro de contención. Pero la división podría caracterizar la política en el futuro más que el modelo del gran centro democrático.

Ambos partidos se aferran a la suposición de que la limitación de la inmigración proporcionará más seguridad al país: “Debemos controlar la inmigración, pero debe ser conforme a la Constitución y al derecho de la UE”, dijo Katja Mast, del SPD. Aquí es donde reside también algo de culpa de los socialdemócratas y Los Verdes en el resquebrajamiento del muro de contención. En lugar de cuestionar el debate impulsado por la CDU y la AfD, que sugiere que la migración es el problema más importante y que la limitación de la migración y las deportaciones son la solución, participaron en él y lo legitimaron.

La CDU ya tuvo un problema con el cordón sanitario cuando Merkel era la canciller y que le costó la carrera a su delfina. En Turingia, el primer ministro, Bodo Ramelow, no obtuvo los votos suficientes en las dos primeras rondas de votación para permanecer en el cargo. Su partido, Die Linke, había ganado las elecciones con un 31%, pero luego no encontró a compañeros de coalición. En la tercera vuelta, la CDU no presentó a ningún candidato propio contra Ramelow, por lo que el liberal Thomas Kemmerich se presentó. La mayoría de los diputados de la CDU y del FDP le votaron y también lo hicieron los diputados de la AfD que, a diferencia de las votaciones anteriores, no apostaron por su candidato. El representante del FDP ganó a Ramelow por 45 votos contra 44 y Alemania se vio sacudida por un terremoto político. Tras la elección, Höcke felicitó al nuevo ministro presidente con un apretón de manos. En su discurso inaugural, interrumpido por abucheos de la izquierda, Kemmerich afirmó que los muros de contención contra los extremistas de derechas

permanecerían en pie. Se habló de un pacto con los fascistas. Precisamente en Turingia fue donde el NSDAP pudo entrar por primera vez en un Gobierno en 1930.

La entonces presidenta de la CDU, Annegret Kramp-Karrenbauer, llamada a suceder a Merkel, lamentó que la CDU de Turingia hubiera actuado en contra de las recomendaciones, exigencias y peticiones del partido federal. Cinco días después del desastre de Turingia, Kramp-Karrenbauer anunció que no se presentaría como candidata a la cancillería y que dejaría la presidencia del partido de la Unión. El líder de la CDU en Turingia también tuvo que asumir las consecuencias y renunció a la presidencia del partido y del grupo parlamentario en ese Estado. Kemmerich dimitió de su cargo. La AfD había intentado dañar la democracia con un truco perverso, dijo, después de una reunión con el líder de su partido, Christian Lindner. La reputación de Höcke en el partido aumentó con esta jugada.

La AfD ya ha conseguido llevar los límites de lo que se puede decir cada vez más a la derecha. En las redes sociales, el odio y la incitación al mismo han aumentado, se han roto las inhibiciones y se han alimentado las fantasías de violencia. Su ascenso coincide con una década de pronunciada agresividad de derechas. Se han atacado centros de refugiados. Decenas de personas han muerto en ataques de la extrema derecha. Muchas de las manifestaciones de Alternativa para Alemania son anticonstitucionales. Sajonia y Turingia son sus bastiones. Como todo populismo, el pardo también vive de los miedos de los ciudadanos.

Epílogo

Los alemanes acudieron a las urnas el 23 de febrero de 2025 con sus crisis y sus miedos, con la esperanza de un Gobierno que trajese seguridad, estabilidad y un futuro mejor. La noche electoral fue la más larga y abierta de las que recuerdo, y son unas cuantas ya desde las primeras elecciones unificadas hace casi 35 años. La posible entrada en el Parlamento de la populista de izquierdas Alianza Sahra Wagenknecht, que hubiese obligado a una complicada coalición a tres, se hizo esperar hasta casi el recuento del último voto en la madrugada. Al final, no entró. Se abría la puerta a una gran coalición. Los resultados fueron los esperados, aunque los porcentajes de cada partido no coincidieron en todo con las encuestas previas. Ganó la CDU, pero se quedó en un 28,5%, sin llegar al 30% o más que perseguía. La ganadora indiscutible fue la ultraderechista AfD, con un 20,8%. Duplicó el porcentaje de 2021. Los socialdemócratas sufrieron un terrible batacazo. Pagaron el fracaso de la Coalición Semáforo y cosecharon el peor resultado de su historia, con un 16,4%. De los otros dos socios del tripartito, Los Verdes perdieron tres puntos, pero se mantuvieron, y los liberales se quedaron fuera del Parlamento al no superar el 5%. La sorpresa fueron los populistas de izquierdas Die Linke. Casi consiguieron un 9%, cuando unos meses antes incluso se descartaba su entrada en el Bundestag.

Lo más significativo de la lectura de los resultados es el triunfo absoluto de Alternativa para Alemania en su feudo, el Este, con 34,5%, casi el doble que en el Oeste. Si le sumamos los obtenidos por los otros dos partidos típicos del Este, los de izquierdas de Alianza Sahra Wagenknecht y La Izquierda, sería en total un 57%. Casi dos tercios de votantes en el Este optan por partidos que no son los llamados de centro. Mientras, en el Oeste, esas formaciones solo superan por muy poco el 30%. Resulta claro que la división del país a la hora de votar continúa. También que la extrema derecha se ha instalado en el Oeste, con un porcentaje que es casi la mitad que en el Este. Su ascenso es una seria llamada de atención a los partidos

tradicionales. Ya no es un fenómeno limitado al Este, ha saltado al otro lado y se ha extendido por todo el país.

Además del cordón sanitario, las instituciones garantizan que las formaciones extremistas se mantengan en el marco constitucional. Los servicios secretos internos tienen bajo vigilancia a partes de la AfD y está calificada de extrema derecha. Varias veces el Gobierno y los partidos se han planteado la posibilidad de pedir su prohibición al Tribunal Constitucional.

Es un desafío, sin duda, para la democracia y los partidos de centro, que tienen que recuperar la confianza de la población. Como en su primera legislatura en el Bundestag, la AfD se convertirá en líder de la oposición. Esto le permitirá responder directamente al canciller tras las declaraciones de Gobierno. Es un punto de inflexión en la historia de la República Federal. Un partido a la derecha de los conservadores se ha convertido en salonfähig (aceptable socialmente), aunque se mantiene el cordón sanitario y no se forma Gobierno con él. Un objetivo de la AfD era presentarse como un partido completamente normal para ser elegible. Su candidata a canciller fue invitada a programas de televisión y a debates como y con el resto de candidatos, un signo más de normalización. Merz repitió por activa y por pasiva, a pesar de la advertencia de Alice Weidel de que fracasará y pagará cara su decisión, que no se coaligará con ella.

La extrema derecha supo convertir la migración en su principal baza electoral y los demás cometieron el error de entrar en su juego. Supo manipular las emociones de los ciudadanos a su favor. La campaña dio un giro para centrarse en la migración, sobre todo a partir del 20 de diciembre de 2024. Un vehículo arrolló ese día a los visitantes del mercado navideño de Magdeburgo, la capital de Sajonia-Anhalt, en el este. El autor del atentado fue un refugiado de origen saudí. La líder de AfD, Alice Weidel, acudió al lugar. “Deportad, deportad, deportad”, corearon sus seguidores. En el ataque murieron 6 personas y casi 300 resultaron heridas. Durante el discurso de Weidel, algunos gritaron; “¡Alice para Alemania!”, en referencia a un eslogan prohibido del nazismo.

Los alemanes votaron a favor de un cambio de rumbo, de un cambio de política especialmente en materia de migración y de

economía. Los jóvenes de entre 18 y 34 años votaron sobre todo a La Izquierda y a la AfD. El país no solo está dividido en el voto entre Oeste y Este, sino también entre jóvenes y mayores y entre zonas urbanas y rurales. El panorama de los partidos alemanes se ha diversificado cada vez más desde la reunificación. La desafección y el descontento con los partidos tradicionales hicieron que una parte busque desde hace unos años una alternativa y la haya encontrado, valga la redundancia, en Alternativa para Alemania. Este partido populista con tintes pardos ha sabido leer las preocupaciones y miedos de la gente y darles la medicina que buscaban, soluciones fáciles a problemas complicados. No son viables, ni la solución, pero sirven de placebo momentáneo. Al fin y al cabo, a la ultraderecha le importa poco, porque no van a gobernar ni tienen que gestionar realmente esos retos.

Lo que le interesa es que haya que contar con ellos, tener presencia en las instituciones y en la sociedad e ir permeando con su ideología a la población y el ambiente. Así dificultan la gestión de Gobierno y, si se produce un colapso, se hacen con el poder. Lo que les interesa es horadar desde dentro el sistema. Lo que ocurre en Alemania es especialmente grave por su oscuro pasado, pero es también un aviso a navegantes. Ahora más que nunca es hora de entender por qué cada vez más personas optan por una formación que fomenta el odio contra el diferente y que recuerda demasiado a la parte más oscura de la historia del país. Los extremistas ya no son una existencia marginal en la sociedad.

Para los servicios secretos internos, “el extremismo de derechas sigue siendo la mayor amenaza para nuestro orden básico libre y democrático en Alemania, tanto para la seguridad como, en particular, para la democracia”. Los ataques contra los refugiados han aumentado, pero también lo han hecho los de los yihadistas, lo que beneficia el discurso de la extrema derecha. En la recta final de la campaña, el 13 de febrero, un atentado islamista en Múnich causó la muerte de una niña de dos años y de su madre, y heridas a una treintena de personas. Un solicitante de asilo afgano arrolló con un coche a centenares de personas que participaban en una manifestación. Y dos días antes de las elecciones, en Berlín, en el memorial del Holocausto, un demandante de asilo sirio de 19 años atacó con un cuchillo a un turista español, hiriéndole de gravedad.

Alemania tiene mecanismos para mantener a raya a la AfD pero es imposible saber cuánto aguantarán. Hay que prestar especial atención a la educación y formación de niños y jóvenes para detener la cadena de transmisión, ofrecer ilusión y perspectivas de futuro, Los partidos tradicionales han de volver a escuchar y atender los sentimientos de miedo, pero también de frustración y rabia de una parte de su población y dejar de vivir en una urna de cristal. Alemania lo va a tener que hacer con el fantasma de su pasado en el espejo. Tendrá que enfrentarse a sus propios demonios: descubrir cómo mantener el cordón sanitario a un partido cada vez más fuerte al que votan millones de alemanes, cómo volver a la estabilidad y seguridad, tan importantes para los alemanes para vivir en paz y tranquilidad, cómo aunar el miedo a los atentados con la convivencia con los refugiados e inmigrantes y mantener el derecho al asilo consagrado en la constitución y cómo compaginar una migración controlada y la necesidad de trabajadores en una población que envejece.

El nuevo Gobierno no puede dar la espalda a esa realidad. El 82,5% de participación, la más alta desde la reunificación, fue el reflejo también de que los votantes no están apáticos, no se han quedado en casa, se han movilizado para lanzar un grito en las urnas para que los partidos reaccionen, miren hacia delante y gestionen. Si no se les escucha, cada vez más ciudadanos se sentirán abandonados y caerán en los brazos de los cantos de sirenas de extremistas y populistas, de sus mentiras y falacias, que van a seguir medrando en el caldo de cultivo de los miedos, la desesperación y la ira.

Alice Weidel quiere ser ahora aún más dura. La AfD es más fuerte que nunca, pero no está satisfecha. El partido quiere presionar sobre todo a la CDU. “Les perseguiremos”, dijo Weidel, y trajo a la mente de todos el recuerdo de otra noche electoral, la de 2017, cuando el partido entró por primera vez en el Bundestag. Entonces, el presidente honorífico Alexander Gauland amenazó al Gobierno de Merkel con un “les perseguiremos”. Es un tono nada al uso en la política de ese país. La palabra utilizada en alemán es jagen que lleva implícito el sentido de cazar. La noche electoral fue una noche triste también; ningún partido extremo, a la derecha de los conservadores, había cosechado tanto éxito desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Este giro a la derecha será visible en el

nuevo Bundestag. Quisieron “reducir a la mitad” a la extrema derecha, como en su día dijo Friedrich Merz, pero ocurrió todo lo contrario.

Hoy, unos adoquines recuerdan el trazado del Muro. A alguien ajeno le resulta imposible distinguir físicamente el Este del Oeste. Para los más jóvenes y ya no tan jóvenes, el Muro ya es solo algo que aprenden en un libro de historia o que les han contado sus padres. Lo mismo ocurre con el nazismo y el Holocausto. El filósofo Karl Popper aconsejaba que “en nombre de la tolerancia, deberíamos reivindicar el derecho a no tolerar a los intolerantes” y “afirmar que cualquier movimiento que predique la intolerancia está fuera de la ley”. Sería más que necesario para acabar con la polarización y el discurso del odio de los extremistas de cualquier color, escuchar esas palabras y las de quienes fueron víctimas del mayor horror.

Charlotte Knobloch, superviviente del Holocausto y presidenta de la Comunidad Judía de Múnich, ya dijo en 2021 a quienes pretenden volver al pasado: “Seguiréis luchando por vuestra Alemania. Y nosotros seguiremos luchando por nuestra Alemania. Os lo digo: ¡perdisteis vuestra lucha hace 76 años!”.

Al hilo de estas palabras de Charlotte Knobloch me viene el recuerdo de una anciana alemana de 80 años que envió una carta a los jóvenes de Neustadt que luchaban contra los neonazis en su pueblo. Era principios de siglo y les escribía en señal de respeto y admiración por su coraje: “Es mi edad la que me permite reconocer lo peligroso y lo importante que es su trabajo. Les deseo de corazón todo lo mejor”.

Agradecimientos

A la editorial Los Libros de la Catarata por haber confiado en mi propuesta desde el primer momento, en especial a Pablo Sanz, por sus sugerencias y correcciones que han contribuido a mejorar el texto. Y por sus palabras de ánimo durante todo el proceso de escritura.

A todas las víctimas del odio, el racismo y la intolerancia, por sus lecciones de vida y por mostrarme el camino para seguir luchando por un mundo mejor.

A mi casa de toda la vida, TVE, por confiarme la corresponsalía de Berlín y muchas coberturas en ese país. Sin ellas, no hubiese conocido muchas de las historias y de los personajes que recojo en el libro. A los compañeros y compañeras que me acompañaron.

A mi familia y amigos por todas las horas de estar juntos que la pasión por mi trabajo nos ha robado. A José Ramón Nadal, in memoriam, el amigo, el maestro, el colega, el jefe que confió en mí cuando solo era una becaria.

A Marta, porque siempre estará conmigo, aunque se fue demasiado pronto.

A mis padres, in memoriam, por llevarme a un colegio en el que aprendí a ser libre.

A mi amiga del alma, Adela, por estar siempre ahí, por su amistad y confianza sin fisuras.

A Jose, mi compañero de vida desde la adolescencia, por su apoyo incondicional.

El libro va dedicado a la persona que más quiero, a mi hija Luna, por ser como es y hacerme mejor.

Bibliografía

B

undesministerium des Inners (16 de julio de 2024): “Harter Schlag gegen die rechtsextremistische Szene: Bundesinnenministerin Nancy Faeser verbietet die ‘COMPACT-Magazin GmbH’ [Comunicado de prensa], Berlín, https://lc.cx/i6be22.

— (27 de noviembre de 2024): “Erinnerungsort und Dokumentationszentrum für die Opfer des Terrors des NSU entsteht in Berlin” [Comunicado de prensa], Berlín, https://lc.cx/MB_zIn.

Bundesamt für Verfassungsschutz, (2024): “Verfassungsbericht 2023”, Berlín, https://lc.cx/VrdvdL.

Correctiv (10 de enero de 2024): “Geheimplan gegen Deutschland”, Essen, https://lc.cx/dIfkM6.

Flade, F. y Lutz, M. (9 de diciembre de 2012): “‘Die Rechte’ – Eine neue NPD steht schon bereit, Die Welt, https://lc.cx/1yDNix.

Kapust, W. (29 de noviembre de 2008): “Geschichte aktuell: Schönhubers Rechtspopulisten”, Archiv Deutschlandfunk, https://lc.cx/iV8fVJ.

Kienholz, E. (2024): Eine kurze Geschichte der AfD, Hamburgo, Rowohlt E-Book.

Klarmann, M. (4 de agosto de 2017): “Kameradschaften als Strategieelement”, Bundeszentrale für Politische Bildung, Bonn, https://lc.cx/xkUuhm.

Kowalczuk, I. (2024): Freiheitsschock: Eine andere Geschichte Ostdeutschlands von 1989 bis heute, Múnich, C. H. Beck.

Kraske, M. y Laabs, D. (2024): Angriff auf Deutschland: Die

schleichende Machtergreifung der AfD, Múnich, C. H. Beck.

Latzo, A. (2017): Wehret den Anfängen!, Berolina.

Lindner, N. et al. (28 de abril de 2020): “AfD in der Koronakrise”, Deutschlandfunk, https://lc.cx/FGkWew.

Merkel, A. (2024): Baumann, Beate. Freiheit. Erinnerungen (1954-2021), Colonia, Kiepenheuer & Witsch.

Mirow, T. (ed.) (2024): Die Deutschen. Wer wir sind. Wer wir sein wollen: Berichte zur Lage der Nation 2024, Múnich, Murmann Publishers.

Nix, G. (2 de julio de 2020): “Die Erfurter Resolution [La resolución de Erfurt]”, Nopegida, https://lc.cx/qLsUB3.

Oschmann, D. (2024): Der Osten: eine westdeutsche Erfindung, Berlín, Ullstein.

Paul, G. (1989): Die Republikaner. Profile einer neuen Partei, Bonn, Berlin, https://lc.cx/j0SXht.

Pfahl-Traughber, A. (2019): Die AfD und der Rechtsextremismus: Eine Analyse aus politikwissenschaftlicher Perspektive, Wiesbaden, Springer Fachmedien Wiesbaden GmbH.

Requena, P. (guion) (27 de mayo de 2001): “Los cachorros del nazismo”, En Portada, TVE, https://lc.cx/eBmqMW.

— (2017): La Potencia Reticente, Barcelona, Debate.

— (2021): Angela Merkel, la canciller eterna, Barcelona, Flash.

Röbel, S. y Wiedmann-Schmidt, W. (16 de diciembre de 2023): “Die bizarre Wahnwelt der Reichsbürger Putschisten”, Der Spiegel, (51), https://lc.cx/JqyIwG.

Ruch, P. (2024): Es ist 5 vor 1933. Was die AfD vorhat und wie wir sie stoppen, Múnich, Ludwig.

Sarrazin, T. (2024): Deutschland auf der schiefen Bahn, Múnich,

Langen Müller Verlag.

Schedler, J. (2021): “(Extrem)rechte Parteien”, Bundeszentrale der Politischen Bildung, Bonn, https://lc.cx/7Fp9hQ.

Schnetzer, S., Hurrelmann, K. y Hampel, K. (2024): Jugend in Deutschland 2024, Trendstudie, Digistore24, Hildesheim.

Schreiber, F. (2018): Inside AfD: Der Bericht einer Aussteigerin, Múnich, Europa Verlag.

Statistisches Bundesamt (2024): “Bevölkerungsentwicklung in Ost- und Westdeutschland zwischen 1990 und 2023”, Statistisches Bundesamt, Wiesbaden, https://lc.cx/SJIHuN.

Weidel, A. (2019): Widerworte: Gedanken über Deutschland, Kulmbach, Plassen Verlag.

Weizsäcker, B. (2010): Die Unvollendete: Deutschland zwischen Einheit und Zweiheit, Colonia, Bastei Lübbe.

Winter S. (19 de octubre de 2024): “Proteste enden nach zehn Jahren”, Der Spiegel, https://lc.cx/4Zj9-c.

NOTAS

1 . Véase Requena (2001).

2 . Véase Merkel (2024: 63).

3 . Véase Kowalczuk (2024: 54).

4 . Véase Requena (2017: 44).

5 . Véase Requena (2017:46).

6 . Véase Oschmann (2024: 21).

7 . Véase Kowalczuk (2024: 56).

8 . Idem.

9 . Véase Kowalczuk (2024: 79).

10 . Véase Kowalczuk (2024: 86).

11 . Véase Kowalczuk (2024: 8).

12 . Véase Kowalczuk (2024: 8-9).

13 . Véase Oficina Federal de Estadística (2024).

14 . Véase Kowalczuk (2024: 94).

15 . Véase Weizsäcker (2024: 187).

16 . Véase Schedler (2021).

17 . Véase Flade y Lutz (2012).

18 . Véase Kapust (2018).

19 . Véase Paul (1989).

20 . Véase Latzo (2017).

21 . Véase Merkel (2024: 436).

22 . Veáse Kienholz (2024: 14).

23 . Veáse Kienholz (2024: 20).

24 . Véase Nix (2020).

25 . Véase Schreiber (2018: 11)

26 . Véase Kraske (2024: 149).

27 . Véase Winter (2024).

28 . Véase Merkel (2024: 508).

29 . Véase Merkel (2024: 519).

30 . Véase Merkel (2024: 530-531).

31 . Véase Requena (2021: 51-52).

32 . Véase Requena (2021: 53-54).

33 . Véase Merkel (2024: 663).

34 . Véase Schreiber (2018: 13).

35 . Véase Kienholz (2024: 52-53).

36 . Véase Kienholz (2024: 53-54).

37 . Véase Klarmann (2017).

38 . Véase Bundesministerium des Inners (2024).

39 . Véase Merkel (2024: 549-550).

40 . Véase Bundesamt für Verfassungsschutz (2024).

41 . Véase Lindner et al. (2020).

42 . Véase Röbel y Wiedmann-Schmidt (2023).

43 . Véase Bundesministerium des Inners (2024).

44 . Véase Weidel (2019: 53).

45 . Véase Weidel (2019: 217).

46 . Véase Correctiv (2024).

47 . Véase Pfahl-Traughber (2019: 41-42).

48 . Véase Sarrazin (2024: 7-9).

49 . Véase Mirow (2024: 6-7).

50 . Véase Mirow (2024: 117).

51 . Véase Schreiber (2018: 27).

52 . Véase Kowalczuk (2024: 162-163).

53 . Véase Ruch (2024: 6).